posiciones de la benevolencia, á pesar de las frases estudiadas con que la quería disimular. Hizo además un razonamiento que demuestra la agudeza genial que en ciertos momentos adquiría, momentos de verdadero estro en que sabía conocer ó adivinar por arte de inspiración los secretos del alma de sus semejantes. El razonamiento fué este: "Mi tía se ablanda; mi tía se da á partido. Y como Fortunata no le debe dinero, ni se lo deberá nunca, porque estoy yo para impedirlo, ha de llegar día en que sean amigas."

V

Porque doña Lupe era tal y como su sobrino la pintaba en aquella breve consideración; era buena, tolerante, razonable, se hacía cargo de todo, miraba con ojos benévolos las flaquezas humanas, y sabía perdonar las ofensas y hasta las injurias; pero lo que es una deuda no la perdonaba nunca. Había en ella dos personas distintas, la mujer y la prestamista. El que quisiera estar bien con ella y gozar de su amistad, tuviese mucho cuidado de que los dos caracteres ó personalidades no se confundieran nunca. Un simple pagaré, extendido y firmado de la manera más cordial del mundo, bastaba á convertir la amiga en basilisco, la mujer cristiana en inquisidora. Muchos que la trataron algún tiempo sin tener con ella relaciones de intereses, en cuanto las tuvieron, se pasmaban de tan atroz mudanza.

La doble naturaleza de esta señora tenía un signo externo en su cuerpo, una representación fatal, obra de la cirujía, que en este punto fué una ciencia justiciera y acusadora. A doña Lupe le faltaba un pecho, por amputación á consecuencia de [illegible] que padeció en vida de su marido. Como presumía de buen cuerpo y usaba corsé dentro de casa, aquella parte que le faltaba la suplió con una bien construída pelota de algodón en rama. A la vista, después de vestida, ofrecía un admirable conjunto; pero tras de la ropa sólo la mitad de su seno era de carne; la otra mitad era insensible y bien se le podía meter un puñal sin que le doliera. Lo mismo era su corazón; la mitad de carne, la mitad de algodón. La naturaleza de las relaciones que con las personas tuviese determinaba el predominio de tal ó cual mitad. No mediando ningún pagaré, daba gusto de tratar con aquella señora; mas como las circunstancias la [illegible], ya estaba fresco el que se metiese con ella.

Y no había sido así en vida de su marido. Verdad que en aquel tiempo doña Lupe no manejaba más dinero que el que Jáuregui le daba para el gasto de la casa. Después de viuda, viéndose con cuatro cachivaches y cinco mil reales, imaginó fundar una casa de huéspedes; pero Torquemada se lo quitó de la cabeza, ofreciéndose á colocarle sus dineros con buen crédito y toda la seguridad posible. El éxito y las ganancias engolosinaron á doña Lupe, que adquirió gradual y rápidamente todas las cualidades del perfecto usurero, y echó el medio pecho de algodón, haciéndose insensible, implacable y fiera cuando de la cobranza puntual de sus créditos se trataba. Los primeros años de esta vida pasó doña Lupe grandes apuros, porque los réditos, aun con ser tan crecidos, no le bastaban al sostenimiento de su casa. Pero á fuerza de orden y economía fué saliendo adelante, y aun hizo verdaderos milagros atendiendo á las medicinas que Maximiliano necesitaba y á los considerables gastos de su carrera. Quería mucho á su sobrino y se afanaba porque nada le faltara. Este mérito grande no se le podía negar. Lo que dijo del garbanzo que tenía el valor de una perla, era muy cierto. Pero no lo era que hubiese practicado la usura por el solo interés de dar carrera á Maximiliano. Esto se lo decía doña Lupe á sí misma en sus soliloquios; pero era uno de esos sofismas con que quiere honestarse y disculparse el egoismo humano. Doña Lupe *trabajaba en préstamos* por pura afición que le infundió Torquemada, y sin sobrino y sin necesidades habría hecho lo propio. Es forzoso hacer esta aclaración para que no tomen un barniz sentimental los vicios usurarios de esta señora, y es tanto más necesaria la aclaración, cuanto que ella misma intentaba engañarse respecto á los móviles de su trabajo.

Cuando vinieron los años bonancibles, los capitales de doña Lupe, admirablemente manejados por Torquemada, ascendieron á dos mil duros, se inició un período de buena suerte que debía ser pronto increible prosperidad. Cayó en las combinadas redes de los dos prestamistas un pobre señor, más desgraciado que perverso, que había sido director general y vivía con gran lujo á pesar de estar completamente arruinado, y no quiero decir cómo le pusieron. Los dos mil duros de doña Lupe cre-

cieron como la espuma en el término de tres años, renovando pagarés, acumulando intereses y aumentando estos cada año desde dos por ciento mensual que era el tipo primitivo, á cuatro. A la pobre víctima le sacó Torquemada mucho más, porque se adjudicó unos muebles riquísimos por un pedazo de pan; pero el tal se lo tenía muy bien merecido. Después se rehizo con un destino en la administración de Cuba; volvió á perder, tornó á rehacerse en Filipinas, y ahora está por cuarta vez en poder de los vampiros. Como ya no hay dinero en las colonias, parece difícil que este desgraciado haga la quinta pella. Dicen que América para los americanos. ¡Vaya una tontería! América para los usureros de Madrid.

En la fecha en que nuestra narración coge á doña Lupe, tenía ya un capitalito de diez mil duros, parte asegurado en acciones del Banco y parte en préstamos con pagaré legalizado, figurando mucha mayor cantidad de la percibida por el deudor. Torquemada era enemigo del materialismo de las hipotecas con seguridad legal y rédito moderado. Los préstamos arriesgados con premio muy subido eran su delicia y su arte predilecto, porque aun cuando alguno no se cobrase hasta la víspera del juicio final, la mayor parte de las víctimas caían atontadas por miedo al escándalo, y se doblaba el dinero en poco tiempo. Tenía un olfato seguro para conocer á las personas pundonorosas, de esas que entregan el pellejo antes que permitir andar en lenguas de la fama, y con estas se metía hasta el fondo, se *atracaba de deudor*.

Poco á poco fué transmitiendo su manera de ser, de obrar y de sentir á doña Lupe, como se pasa la imagen de un papel á otro por medio del calco ó el estarcido. Diez años de trabajos comunes dieron á doña Lupe la facultad de asimilarse las ideas y los procederes de aquel experimentado maestro. Cada vez que Torquemada le llevaba dinero cobrado, un problema de usura resuelto y finiquitado, se alegraba tanto doña Lupe, que se le abrían los poros y por aquellas vías se le entraba el carácter de Torquemada á posesionarse del suyo é informarlo de nuevo.

Doña Silvia, la esposa de Torquemada, estaba hecha tan á semejanza de éste, que doña Lupe la oía y la trataba como al propio don Francisco. Y con el trato ~~[illegible]~~ que las dos señoras tenían, doña Silvia llegó también á ejercer gran influencia sobre su amiga, imprimiendo en ésta algunos rasgos de fisonomía moral. ~~Doña Silvia era hembra varonil~~, descarada y ~~fue~~ cuando se ponía en jarras hacía temblar á medio mundo. Más de una vez aguardó en la calle á un acreedor, con acecho de asesino apostado, para insultarle sin piedad delante de la gente que pasaba. A esto no llegó ni podía llegar ~~doña Lupe~~ porque tenía ciertas delicadezas de índole y de educación que se sobreponían á sus enconos de usurera. Pero sí fueron juntas alguna vez á la casa de una infeliz señora viuda que les debía dinero, y después de apremiarla inútilmente para que les pagara, echaron miradas codiciosas hacia los muebles. ~~Doña Silvia y doña Lupe~~ cambiaron algunas palabras frente á la víctima, que por poco se muere del susto. "A usted le conviene esta copa-brasero—dijo doña Silvia,—y á mí aquella cómoda.„ Hicieron subir á los mozos de cordel y se llevaron los citados objetos, después de quitarle á la cómoda la ropa y á la copa el fuego. La deudora se avino á todo por ~~quitarse de delante~~ á las dos mujerotas que tanto pavor le causaban.

M.C.D.2020

La copa aquella estaba en la sala de doña Lupe; mas no se encendía nunca. Maximiliano sabía su procedencia, así como la de un bonito vargueño que doña Lupe tenía en su alcoba. La mesa en que Maximiliano escribía entró en la casa de la misma manera, y la vajilla buena que se usaba en ciertos días había sido adquirida por la quinta parte de su valor, en pago de un pico que le debía una amiga íntima. Doña Silvia había hecho el negocio, que doña Lupe no se atrevía á tanto. Un salero de plata, dos bandejas del mismo metal y una tetera que doña Lupe mostraba con orgullo los días de recepción, habían ido á la casa empeñadas también por una amiga íntima y allí se quedaron por insolvencia. Alhajas, también las había buenas, algunas de parientes alcanzados; pero estas rara vez salían de los estuches, ni éstos de la cómoda situada en la alcoba. Maximiliano se había enterado de muchos pormenores concernientes al oficio ó profesión de su tía. Las alhajas y mantones de Manila que habían pasado á ser suyos, tras largo cautiverio, vendíanlos por conducto de una corredera que llamaban Mauricia la Dura. Esta iba á la casa con frecuencia en otros tiempos; pero ya apenas corría, y doña Lupe la echaba muy de menos, porque aunque era muy alborotada y disoluta, cumplía siempre muy bien. También había podido observar Maximiliano en su propia casa lo implacable que era su tía con los deudores y la crueldad con que los desplumaba, y de este conocimiento vino el inspirado juicio que formuló de esta manera: "Si me caso con Fortunata y si la suerte nos trae escaseces, antes pediremos limosna por las calles que pedir á mi tía un préstamo de dos pesetas... Mientras más amigos, más claros."

IV

Nicolás y Juan Pablo Rubín.—Propónense nuevas artes y medios de redención.

I

Hallábase doña Lupe en el fondo de su alma inclinada á la transacción lenta que imponían las circunstancias; mas no quiso dar su brazo á torcer ni dejar de mostrar una inflexibilidad prudente, hasta tanto que viniese Juan Pablo y hablaran tía y sobrino de la estupenda novedad que había en la familia. Una mañana, cuando Maximiliano estaba aún en la cama no

bien dormido ni despierto, sintió ruido en la escalera y en los pasillos. Oyó patadas y gritos de mozos que subían baules. Después percibió claramente la voz de su hermano Juan Pablo, y lo mismo fué oirla, que sentir renovado en su alma aquel miedo que antes tuviera en presencia de doña Lupe.

No tenía malditas ganas de levantarse. Oyó á su tía regateando con los mozos por si eran tres ó eran dos y medio. Después, le pareció que Juan Pablo y su tía hablaban en el comedor. ¡Si le estaría contando aquello!... Probablemente, porque su tía era muy novelera, y no gustaba de que ciertas cosas se le enranciaran dentro del cuerpo. Oyó luégo que su hermano se lavaba en el cuarto inmediato al que él ocupaba, y cuando doña Lupe entró á llevarle toallas, cuchichearon largo rato. Maximiliano calculó que lo más probable era que estuvieran hablando de la herencia; pero esta presunción no le quitaba el miedo. Trataba de darse ánimos considerando que su hermano era el más simpático de la familia, el de más talento y el que mejor se hacía cargo de las cosas. No temía Maxi la oposición por sí misma, ni porque pudiera torcer su recta é inflexible inclinación, sino por los altercados y disgustos que traería.

Levantóse al fin de mala gana. Ya lavado y vestido, vacilaba en salir, y se estuvo un ratito con la mano en el picaporte. Doña Lupe tocó á la puerta, y entonces ya no hubo más remedio que salir. Estaba pálido y daba lástima verle. Abrazó á su hermano, y en el mirar de éste, en el tono de sus palabras, conoció al punto Maximiliano que sabía la grande, increible historia. No tenía ganas el joven de explicaciones ni disputas á aquella hora, y como era un poco tarde se apresuró á irse á la clase. Mas no tuvo sosiego en ella, ni cesó de pensar en lo que su hermano diría y haría. Esta perplejidad le arrancaba suspiros. El miedo, el pánico miedo, la cortedad era su enemigo. Conveníale, pues, quitarse pronto la máscara, por que hasta quitársela no se reintegraría en el uso de su voluntad. Si Juan Pablo salía por la tremenda, quizás era mejor, porque así no estaba Maximiliano en el caso de guardarle consideraciones; pero si se ponía en un pié de astucias diplomáticas, fingiendo ceder para re-

sistir con la inercia, entonces... Maximiliano temía más que nada, porque conocía los procedimientos amables de Juan Pablo, su convincente labia, y el ascendiente que por estas cualidades tenía sobre toda la familia.

Pronto había de salir de dudas. Cuando Maximiliano entró á almorzar, ya estaba Juan Pablo sentado á la mesa. A poco entró doña Lupe con una bandeja de huevos fritos y tiras de jamón. Gozosa estaba aquel día la señora, porque Papitos se portaba bien, como siempre que había aumento de trabajo. "Es tan noviera, decía doña Lupe,—que cuando tenemos mucho que hacer parece que se multiplica. Lo que ella quiere es lucirse, y siempre que hay ocasiones de lucimiento es un oro. Cuando menos hay que hacer es cuando la pega. Me la trajo á casa hecha una salvajita, y poco á poco le he ido quitando mañas. Era golosa, y siempre que iba á la tienda por algo, lo había de probar. ¿Creerás que se comía los fideos crudos?... La recogí de un basurero de Cuatro Caminos, donde vivía cubierta de andrajos. Salía á pedir y por eso tenía todos los malos hábitos que son propios de la vagancia. Pero con mi sistema la he ido enderezando. Porrazo va, porrazo viene, la verdad es que voy sacando de ella una mujer en toda la extensión de la palabra."

—Está tan malo el servicio en Madrid—observó Juan Pablo,—que no debe usted mirarle mucho los defectos.

Todo el almuerzo se lo llevaron hablando del servicio, y á cada cosa que decían miraban á Maximiliano como impetrando su asentimiento. El joven observó que su hermano estaba serio con él, pero aquella seriedad indicaba que le reconocía hombre. Juan Pablo le había tratado siempre como un niño. Maximiliano esperaba burlas, que era lo que más temía, ó una reprimenda paternal. Ni una cosa ni otra se apuntaba en el lenguaje serio é indiferente de Juan Pablo. Este, después de almorzar, sintióse amagado de la jaqueca y se echó de muy mal humor en su cama. Toda la tarde y parte de la noche estuvo entre las garras de aquella desazón más molesta que grave. No eran sus ataques tan penosos como los de Maximiliano, y generalmente le era fácil anegar el dolor emicráneo en la onda del sueño. Ya sabía que el cansancio de los viajes consecutivos le producía el ataque; también sabía que éste se pasaba de la noche á la mañana; mas no por esto lo llevaba con paciencia. Renegando de su suerte estuvo hasta muy tarde, y al fin descansó con sosegado y reparador sueño.

En tanto doña Lupe hacía mil consideraciones sobre el apático desdén con que había recibido la noticia de aquello. Juan Pablo había fruncido el ceño; después había dicho que su hermano era loco, y por fin, alzando los hombros, había dicho: "¿Yo qué tengo que ver? Es mayor de edad. Allá se las haya."

Lo mismo doña Lupe que Maximiliano habían notado que Juan Pablo estaba triste. Primero lo atribuyeron á cansancio; pero vieron luégo que después de las veinte horas de sueño reparador, estaba más triste aún. No sostenía ninguna conversación. Parecía que nada le interesaba, ni aun la herencia, de la que hablaba poco, aunque siempre en términos precisos.

"¿Sabes que tu hermano lo ha tomado con calma?—dijo doña Lupe á Maxi una noche.

—¿Qué?

—El asunto tuyo. Dos veces le he hablado. ¿Y sabes lo que hace? Alzar los hombros, sacudir la ceniza del cigarro con el dedo meñique, y decir que ahí se las den todas.

Maximiliano oía con júbilo estas palabras, que eran para él un gran consuelo. Indudablemente Juan Pablo observaba la prudente regla de respetar los sentimientos y propósitos ajenos para que le respetaran los suyos. Hablaba tan poco, que doña Lupe tenía que sacarle las palabras con cuchara. "O está también enamorado—decía doña Lupe,—ó le pasa algo. Estoy yo divertida con mis sobrinos. Todos están con murria. Al menos Maximiliano es franco y dice lo que quiere."

Hubiera rogado doña Lupe á su sobrino mayor para que le revelase la causa de su tristeza; pero como presumía fuese cosa de política, no quiso tocar este punto delicado para no armar camorra con Juan Pablo, que era ó había sido carlista, al paso que doña Lupe era liberal, cosa extraña, liberal en toda la extensión de la palabra. Después de servir á D. Carlos en una posición militar administrativa, había sido expulsado del Cuartel Real. Sus íntimos amigos le habían oído hablar de calumnias y de celadas que le tendieron para perderle en el ánimo de su majestad facciosa, pero nada se sabía concretamente. Dejaba escapar de su pecho exclamaciones de ira, juramentos de venganza y apóstrofes de despecho contra sí mismo. "¡Bien merecido lo tengo por meterme con esa gente!" Cuando llegó á Madrid, expulsado del Cuartel Real, fué á casa de su tía, según costumbre antigua; pero apenas paraba en la casa. Dormía fuera, comía también fuera, casi siempre en los cafés ó en casa de algún amigo, y doña Lupe se desazonaba juzgando con razón que la vida que su sobrino llevaba no se ajustaba á las buenas prácticas económicas. Pero no se metería ella en apartarle de tal vida, ni aún en aconsejarle, porque Juan Pablo era hombre y no se le podía tratar como al mocoso de Maximiliano. De repente, el Rubín mayor volvió al Norte, diciendo que regresaría pronto, y mientras estuvo fuera se supo la muerte de Melitona Llorente. La primera noticia que de la herencia tuvo Juan Pablo se la dió su tía Lupe por una carta que le dirigió á Bayona. Preparábase á volver á España, y la carta aquella con la noticia que llevaba aceleró su vuelta. Entró

por Santander, se fué á Zaragoza por Miranda y de allí á Molina de Aragón. Diez días estuvo en esta villa, donde ninguna dificultad de importancia le ofreció la toma de posesión del caudal heredado ~~por los tres hermanos~~. Este ascendía á unos treinta mil duros entre inmuebles, dinero dado á redito sobre fincas y descontadas las mandas y los derechos de traslación de dominio, quedaban unos veintisiete mil duros. Cada hermano cobraría ~~poco menos de~~ nueve mil. Juan Pablo, al llegar á Madrid, escribió á Nicolás para que también viniese, con objeto de estar reunidos los tres hermanos y tratar de la partición.

He dicho que doña Lupe rehuía el hablar de política con Juan Pablo. En realidad, ella no entendía jota de política, y si era liberal, éralo por sentimiento, como un tributo á la memoria de Jáuregui y por respeto al uniforme de miliciano nacional que éste tan gallardamente ostentaba en su retrato. Pero si le hubieran dicho á doña Lupe que explicara los puntos esenciales del dogma liberal, se habría visto muy apurada para responder. No sabía más sino que aquellos malditos *carcas* eran unos indecentes que nos querían traer la Inquisición y las *cadenas*. Doña Lupe había respirado aires tan progresistas durante su niñéz y en los ~~dichosos~~ y gloriosos veinte años de su unión con Jáuregui, que no quería ni oir hablar de absolutismo. No comprendía cómo su sobrino, un muchacho tan ~~despabilado~~, había ~~caído en la mala tentación~~ de hacerse súbdito de aquel zagalón de D. Carlos, que según pública voz, era un perdido, un zafiote y ~~había de gobernar, si triunfaba, con una barraca~~.

En la cuestión religiosa, las ideas de doña Lupe se adaptaban al criterio de su difunto esposo, que era el más juicioso de los hombres y sabía dar *á Dios lo que es de Dios*, y *al César*, etc... Este estribillo lo repetía muy orgullosamente doña Lupe siempre que saltaba una oportunidad, añadiendo que creía cuanto la Santa Madre Iglesia manda creer; pero que mientras menos trato tuviera con curas, mejor. Oía su misa los domingos y confesaba muy de tarde en tarde; pero de este paso regular no la sacaba nadie.

M.C.D.2020

Desde un día en que disputando con su sobrino sobre este tema, se alborotaron los dos y por poco se tiran los trastos á la cabeza, no quiso doña Lupe volver á mentar á los *carcas* delante de Juan Pablo. Si él quería ser *carcunda*, con su pan se lo comiera. "Basta de matemáticas; ni él me ha de convencer á mí, ni yo á él. Si ha de haber paz en la casa, punto en boca.„

Así cuando le vió venir del Cuartel Real, corrido, apabullado y con el rabo entre piernas, tuvo la señora una alegría tal que con dificultad podía disimularla. Se acordaba de su Jáuregui y de las cosas oportunas y sapientísimas que éste decía sobre todo desgraciado que se metía con curas, pues era lo mismo que acostarse con niños. "Y no aprenderá—pensaba doña Lupe;—todavía es capáz de volver á las andadas, y de ir allá á quitarle motas al zángano de Carlos *Siete*, y á hacerle la manola á algún curón de trabuco y cartana.„

II

Durmióse Maxi aquella noche arrullado por plácida esperanza. Síntoma feliz de próxima conciliación era que su tía no le hablaba ya con ira, ni aun con desabrimiento, y aun parecía tenerle en verdadero concepto de hombre ó de varón. A veces, hasta parecía que la insigne señora le tenía cierto respeto. ¡Si no hay como mostrarse duro y decidido para que le respeten á uno...! Por lo demás, doña Lupe había vuelto á cuidarle con su acostumbrado esmero. Le preparaba lo que había de comer, fijándose los platos de su gusto, y en su cuarto nada faltaba para su regalo y comodidad. En fin, que el pobre chico estaba satisfecho; sentía que el terreno se solidificaba bajo sus plantas, y se reconocía más árbitro de su destino, y casi triunfante en la grande y desigual batalla que estaba dando á su familia.

En cuanto á Juan Pablo, no había nada que temer. Los dos hermanos no tenían ocasiones de hablar mucho, porque [illegible], después de almorzar, se marchaba á uno de los cafés de la Puerta del Sol y allí se estaba todo el santo día. Por la noche ó venía muy tarde ó no venía. La idea de que su hermano andaba de picos pardos regocijaba á Maximiliano, porque "ahora se verá —decía,—quién es más [illegible], quién cumple mejor las leyes de la moral. Que no venga aquí echándosela de plancheta con su *neismo*.„

En suma, que mi hombre se veía más respetado y considerado desde que se las tuvo tie-

sus con su tía aquella mañana. La única persona que no participaba ni poco ni mucho de este respeto era Papitos, que cada día le trataba con familiaridad más chocarrera. "Feo, cara de pito, memo en polvo—decíale sacando un trozo de lengua tal que casi parecía inverosímil.—Valiente mico está usted... Verá cómo no le dejan casar... Sí, para usted estaba. Bobo, más que bobo. Si no se puede tener en pie.„ Maximiliano la despreciaba y se lo decía: "Lárgate de aquí, sinvergüenza, ó te quito todas las muelas de una bofetada.—Usted... usted... já, já. Si le cojo... del primer bofeo va á parar al tejado.„

Más valía no hacerle caso. Era una inocente que no sabía lo que se decía. Estaba Papitos arreglando el cuarto de Maximiliano donde se había puesto la cama para el cura, que debía de llegar al día siguiente por la mañana. No veía Maximiliano con buenos ojos este arreglo, porque siempre que su hermano Nicolás venía á Madrid y dormía en aquel cuarto le espantaba el sueño con sus ronquidos. Eran sus fauces y conducto nasal trompeta insufrible con diferentes registros á cual peor. Maxi se ponía tan nervioso que á veces tenía que salirse de la cama y del cuarto. Lo que más le incomodaba era que á la mañana siguiente el cura sostenía que no había dormido nada.

Indicó á doña Lupe que le librara de los malos ratos que iba á pasar poniendo á Nicolás en otra habitación. ¿Pero dónde, si no había más aposentos en la casa? Doña Lupe, atenta á la comodidad del más querido de sus sobrinos, le prometió ponerle la cama en su propia alcoba de día si el cura roncaba mucho la primera noche. "Pero ahora que me acuerdo, yo también ronco... En fin, ya se arreglará. Aunque sea en la sala te podrás quedar.„

Llegó Nicolás Rubín á la mañana siguiente y Maximiliano le vió entrar como un enemigo más con quien tenía que batirse. El carácter sacerdotal de su hermano le impuso, porque por mucho que su tía y él hablaran contra el *neismo*, un cura siempre es una autoridad en cualquier familia. A este hermano le quería Maxi menos que á Juan Pablo, sin duda por haber vivido ausente de él durante la mayor parte de su vida. Apenas tenía confianza con él, este respeto y las ropas negras, impresionaban la imaginación del pobre chico, poniéndole otra vez el peso y tirantéz en la boca del estómago.

Los dos hermanos mayores almorzaron juntos muy cordialmente, mas no hablaron ni palabra de política, por no chocar con doña Lupe. Precisamente Nicolás, á quien había metido á Juan Pablo por el aro carlista, prometiéndole villas y castillos, había dado recomendación para elevadas personas del Cuartel Real y para unos clérigos que residían en Bayona. Pero nada se habló en la mesa por consideración á doña Lupe. No se les ocultaba que su tía sabía guardar y hacer guardar los respetos que se debían á la entidad de Jáuregui, presente siempre en la casa por ficción mental de que era símbolo el feo retrato que en el gabinete estaba, y ni alusión siquiera hicieron á la guerra ni á la desdichada campaña militar-administrativa que Juan Pablo había hecho en las provincias. Hablaban del tiempo, de lo mal que se vivía en Toledo, de que el viento se había llevado toda la flor del albaricoque, y de otras zarandajas, honrando el propio tiempo el buen almuerzo que doña Lupe les puso.

De sobremesa, Juan Pablo propuso, puesto que estaban todos reunidos, tratar algunos puntos de la herencia, que debían ponerse en claro. Él no quería inmuebles, y si sus dos hermanos no se oponían, recibiría su parte en metálico é hipotecas. Otras hipotecas y las tierras serían para Nicolás y Maximiliano. Estos se conformaron con lo que su hermano proponía, y á doña Lupe se le pasaron ganas de tomar cartas en el asunto; pero cómo atreverse á intervenir en un negocio que no le incumbía! No tuvo más remedio que tragar saliva y callarse. Después le dijo á Maximiliano: "Habeis sido unos tontos. Tu hermano quiere su parte en metálico para gastarla en cuatro días. Es una mano rota. A mí qué me va ni me viene; pero más te habría valido reclamar tu parte en dinero contante, que bien colocada por mí, te habría dado una rentita con que vivir. Y si no, lo has de ver. Yo quiero saber cómo te las vas tú á gobernar con tanto olivo, tanto parral y ese pedazo de monte bajo que dicen que te toca. Lo mismo que el mijagranzas de Nicolás; á todo decía que sí. Por de pronto tendréis que tomar un administrador que os robará los ojos, y os hará cada cuenta que Dios tirita. ¡Qué par de zopencos sois! Yo te miraba y te quería comer con los ojos, dán-

M.C.D.2020

dote á entender que te resistieras; pero tú, hecho un marmolillo, ni siquiera me veías. Y luégo quieres echártela de hombre y de tener carácter. Bonito camino, sí señor, bonito camino tomas.„

Otra cosa había propuesto también Juan Pablo, á la que accedieron gustosos los otros dos hermanos. Cuando murió D. Nicolás Rubín, todos los acreedores cobraron con las existencias de la tienda, á excepción de uno, que había sido el mejor y más fiel amigo del difunto en sus días buenos y malos. Este acreedor era Samaniego, el boticario de la calle del Ave María, y su crédito ascendía con el interés módico de seis por ciento á sesenta y tantos mil reales. Propuso Juan Pablo pagarlo como un homenaje á la justicia y á la buena memoria de su querido padre, y se votó afirmativamente por unanimidad. La misma doña Lupe aprobó este acuerdo, que recortaba un poco el capital de la herencia, pero que era un acto de lealtad y como una consagración póstuma de la honradéz de su infelíz hermano. Samaniego no había reclamado nunca el pago de su deuda, y esta delicadeza pesaba más en el ánimo de los Rubín para pagarle. Doña Lupe y la familia de Samaniego se visitaban á menudo, tratándose con la mayor cordialidad, y aun se llegó á decir que Juan Pablo no miraba con malos ojos á la mayor de las hijas del boticario, llamada Aurora y de cuyas virtudes, talento y aptitud para el trabajo se hacía toda lenguas doña Lupe.

Aprobada la partición propuesta por Juan Pablo.

Aprobada la cancelación del pagaré de Samaniego.

Maximiliano, con estas cosas, se sentía cada vez más hombre. Había tomado acuerdos en consejo de familia, luégo era hombre. Si tenía la personalidad legal, ¿cómo no tener la otra? Figurábase que algo crecía y se robustecía dentro de él, y hasta llegaba á imaginar que si le pusieran en una báscula había de pesar más que antes de aquellas determinaciones. Sin duda tenía también más fuerza física, más dureza de músculos, más plenitud de pulmones. No obstante, estaba sobre ascuas hasta que su hermano el clerguito no se explicase. Podría suceder muy bien que cuando todo iba como una seda, saliese el cura con ciertas moralidades propias de su oficio, sacando el Cristo de debajo de la sotana y alborotando el cotarro.

La noche del mismo día en que se trató de la herencia, supo Nicolás lo que pasaba, y no lo tomó con tanta calma como Juan Pablo. Su primer arranque fué de indignación. Pero dejó de caer en la cuenta de que [illegible] iban bien con los hábitos las demostraciones coléricas, y que le cuadraba más tomar una actitud consternada y al mismo tiempo digna, haciendo el papel de hombre entero, á quien no asustan las dificultades y que tiene á gala el presentarles la cara. Las relaciones entre Nicolás y doña Lupe, que habían sido frías hasta un par de años antes de los sucesos referidos, eran en la fecha de éstos muy cordiales, y no porque tía y sobrino tuviesen conformidad de genio, sino por cierta coincidencia en procederes económicos que atenuaba la gran disparidad entre los caracteres. Doña Lupe no había simpatizado nunca con Nicolás; primero, porque las sotanas en general le hacían poca gracia; segundo, porque aquel sobrino suyo no se dejaba querer. No tenía las seducciones personales de Juan Pablo, ni la humildad de Maximiliano. Su fisonomía no era agradable, distinguiéndose por lo peluda, como antes se [illegible]. Bien decía doña Lupe que así como Juan Pablo se había llevado todos los talentos de la familia, Nicolás se había adjudicado todos los pelos de ella. Se afeitaba hoy, y mañana tenía toda la cara negra. Recién afeitado, sus mandíbulas eran de color de pizarra. El vello le crecía en las manos y brazos como la yerba en un fértil campo, y por las orejas y narices le asomaban verdaderos mechones. Parecía que eran las ideas que, cansadas de la oscuridad del cerebro, se asomaban por las ventanas de la nariz y de las orejas á ver lo que pasaba en el mundo. Mas no era esta riqueza pilosa lo que le enagenaba la voluntad de doña Lupe, sino sus pretensiones sermonarias y cierta grosería entremezclada con la soberbia clerical. Las relaciones entre tío y sobrino eran puramente de fórmula, hasta que á Nicolás, en uno de los viajes que hizo á Madrid, se le ocurrió entregar á doña Lupe sus ahorros para que se los colocara, y véase aquí cómo se estableció entre estas dos personas una corriente de simpatía convencional que había de producir la concordia. Era como dos países separados por esenciales diferencias de raza y antagonismos de costumbres, y unidos luégo por

16

un tratado de comercio. Lo contrario pasó entre Juan Pablo y doña Lupe. Esta le tenía mucho cariño y apreciaba los grandes atractivos que tenía en el genio y en la conversación, su delicadeza y aquel don de meterse por los ojos y en el corazón de los que le trataban. Era además tan bien parecido, como mal encarados sus dos hermanos. Pues con todas estas ventajas, doña Lupe le iba dando de lado en sus afectos. No le perdonaba que hubiera cometido la torpeza de hacerse carlista; le perdonaba menos sus hábitos de despilfarro y el poco aprecio que hacía del dinero gastándole tan sin sustancia. Ni una sola vez, ni una, le había dado un pico para que se lo colocase á rédito. Siempre estaba á la cuarta pregunta, y como pudiera sacarle á su tía alguna cantidad por medio de combinaciones dignas del mejor hacendista, no dejaba de hacerlo, y á doña Lupe se le requemaba la sangre con esto. Véase, pues, cómo doña Lupe se entendía mejor con el más antipático de sus sobrinos que con el más simpático.

III

Conocedor Nicolás de la tremenda noticia, le faltó tiempo para pegar la hebra de su soporífero sermón, sólo interrumpido cuando Papitos trajo la ensalada. Porque Nicolás Rubín no podía dormir si no le ponían delante á punto de las once una ensalada de lechuga ó escarola, según el tiempo, bien aliñada, bien meneada, con el indispensable ajito frotado en la ensaladera, y la golosina de apio en su tiempo. Había comido muy bien el dichoso cura, circunstancia que no debe notarse, pues no hay memoria de que dejara de hacerlo cumplidamente ningún día del año. Pero su estómago era un verdadero molino, y á las tres horas de haberse llenado, había que echarle lastre otra vez. "Esto no es más que debilidad—decía él poniendo una cara grave y á veces consternada, —y no hay idea de los esfuerzos que he hecho por corregirla. El médico me ha dicho que coma poco y á menudo." Decíalo con resignación, como un hombre que se siente víctima de las prescripciones de una ciencia no muy clara.

Cayó sobre aquel forraje de la ensalada, é inclinaba la cara sobre ella como el bruto sobre la cavidad del pesebre lleno de yerba.

"Le diré á usted, tía—murmuraba con el

gruñido que la masticación le permitía.—Yo no soy de mucho comer, aunque lo parezca.

—Podías serlo más. Come, hijo, que el comer no es pecado gordo.

—Le diré á usted, tía...

No le dijo nada, porque la operación aquella de mascar los jugosos tallos de la escarola absorbía toda su atención. Los gruesos labios le relucían con la pringue, y ésta se le escurría por las decomisuras de la boca formando un hilo corriente, que hubiera descendido hasta la garganta, si los pelos que nacían con tanta lozanía en aquel barbecho no lo detuvieran. Tenía puesto un gorro negro de lana con una borla que le caía por delante, al inclinar la cabeza, y se retiraba hacia atrás cuando la alzaba. A doña Lupe (no lo podía remediar) le daba asco el modo de comer de su sobrino, y consideraba que más le valía saber algo menos de cosas teológicas y un poquito más de arte de urbanidad. [illegible] bromas sobre aquello de comer poco y á menudo; pero él se apresuró á variar la conversación, llevándola al asunto de Maximiliano, que era...

"Una cosa muy seria, tía, ~~una cosa~~ muy seria.

—Sí que lo es; pero creo muy difícil quitárselo de la cabeza.

—Eso corre de mi cuenta... ¡Oh! Si no tuviera yo otras montañas que levantar en vilo...—dijo el clérigo apartando de sí la ensaladera, en la cual no quedaba ni una hebra.—Verá usted... verá usted ~~cómo~~ le vuelvo yo del revés como un calcetín. Para esas cosas me pinto...

No pudo concluir la frase, porque le vino de lo hondo del cuerpo á la boca una tan voluminosa cantidad de gases, que las palabras tuvieron que echarse á un lado para darle salida. Fué tan sonada la regurgitación, que doña Lupe tuvo que apartar la cara, aunque Nicolás se puso la palma de la mano delante de la boca á guisa de ~~pantalla~~. Este movimiento ~~de precaución~~ era una de las pocas cosas relativamente finas que sabía. ~~Lo aprendió en el Seminario.~~

"...me pinto solo—~~dijo~~ cuando ya los fluídos se habían difundido por el comedor.—Verá usted, en cuanto llegue le echo el toro... ¡Oh! es mi fuerte. Me parece que ya está ahí.

~~Sonó~~ la campanilla, y la misma doña Lupe abrió á su sobrino. ~~Desde que éste entró en el comedor~~ conoció en la cara impertinente de su hermano que ya sabía *aquello*... No le dió Nicolás tiempo á prepararse, porque de buenas á primeras le embocó de este modo:

"Siéntese usted aquí, caballerito, que tenemos que hablar. Vaya, que me ha dejado frío lo que ~~la tía me acaba~~ de decir... Estamos bien. Con que...

La mano tiesa volvió á ponerse delante de la boca, á punto que se ~~cortaban~~ las palabras, sufriendo la cabeza ~~toda~~ como una trepidación.

"Con que aquí hace cada cual lo que le da la gana, sin tener en cuenta las leyes divinas ni humanas, y haciendo mangas y capirotes de la religión, de la dignidad de la familia...

Maximiliano, que al principiar el réspice, ~~si~~

19

Enrique

~~había sentido muy cobarde~~, se rehizo de súbito, ~~sintiendo que~~ todas las fuerzas de su espíritu se ~~sublevaban~~ con ~~temerario y~~ varonil arranque. Tal era el síntoma característico del *hombre nuevo* que en él había ~~nacido~~. Roto el hielo de la cortedad ~~y vencido el fenómeno nervioso~~, desde el momento en que la ~~temida~~ cuestión salía á *vista pública*, le brotaban del fondo del alma aquellos alientos grandes para su defensa. Discutir, eso no; pero lo que es obrar, sí, ó al menos demostrar con palabras breves y enfáticas su firme propósito de independencia...

"¡Bah! — exclamó apartando la vista de su hermano con un movimiento ~~semicircular~~ de la cabeza.—No quiero oir sermones. Yo sé bien lo que debo hacer.

Dijo, y levantándose se marchó á su cuarto.

—Bien, muy bien—~~[illegible]~~ el cura quedándose corrido ~~y~~ mirando á doña Lupe y á Pa~~pitos, que se pasmaba de verse tan mirada por [illegible] como si [illegible] la consultara~~.—Y qué mal educadito y qué rabiosito se ha vuelto. Bien, muy bien; pero muy...

Un metro cúbico de gas se precipitó á la boca con tanta violencia, que Nicolás tuvo que ponerse tieso para darle salida franca, y á pesar de lo furioso que estaba, supo cuidar de que la mano desempeñara su obligación ~~atajando la violenta salida de la tromba~~. Doña Lupe también parecía indignada, aunque si se hubiera ido á examinar bien el interior de la digna señora, se habría visto que en medio del enojo que su dignidad le imponía, nacía tímido ~~y travieso~~ un sentimiento extraño de regocijo por aquella misma independencia de su sobrino. ¡Si sería efectivamente un hombre, un carácter entero...! Siempre ~~había tenido~~ ella el pesar de verle tan encogido y para poco. ¿Por qué no se había de alegrar de ver en él un rasgo siquiera de personalidad ~~independiente y~~ árbitra de sí misma? ~~Este sentimiento de orgullo era aún tan tímido, que no se atrevía á confesárselo á sí mismo~~. "Hay que ver por dónde sale este demonches de chico—pensaba—~~[illegible] se le debe jugar de ligero... y es preciso también conocer á esa novia que tiene~~.

y pronunciaron

surg

tremenda

desdeñoso

murmuró

ó

pitos, la cual se pasmaba de aquel mirar que parecía una consulta.

lamente

turo

con ese geniazo que va sacando.

con cierta travesura.—

"Pero muy bien, perfectamente bien—dijo el cura apoyando las manos en los brazos del sillón, ~~los codos en alto y haciendo fuerza sobre ellos~~ para enderezar el cuerpo.—Verás ahora, grandísimo piruétano, cómo te pongo yo las peras á cuarto. Tía, buenas noches. Ahora va á ser la gorda. Acostados los dos, hablaremos.

Encerróse Nicolás en su alcoba, que era la de su hermano, y ambos se metieron en la cama. Doña Lupe se ~~apostó~~ fuera ~~[illegible]~~. Al principio no oyó más que el ~~rechinar~~ de los hierros de la cama ~~[illegible]~~, que era muy mala y endeble y en cuanto se movía el desgraciado ocupador de ella, ~~se volvía~~ toda una pura música, la que unida al ruido de los muelles del colchón veterano, hubiera quitado el sueño á todo hombre que no fuera Nicolás Rubín. Después oyó doña Lupe la voz de Maxi ~~miliano~~, entera ~~sonora y vibrante, á ratos conmovida, á ratos airada~~. Nicolás no le dejaba meter baza; pero el otro ~~no se callaba. Era un~~ sermón ~~batiéndose con la expresión clara y~~ sincera de los afectos. Ponía singular atención doña Lupe á la voz ~~[illegible]~~, y se hubiera alegrado de oir algo estupendo, ~~firme~~, categórico, ~~algo~~ que se saliera de lo común; pero no podía distinguir bien los conceptos, porque la voz de Maxi era muy apagada y parecía salir de la cavidad de una botella. En cambio los gritos del cura se oían claramente desde el pasillo. "Miren por donde sale ahora este...—pensó doña Lupe volviendo la cara con desdén.—¡Qué tendrá que ver Santo Tomás ni el padre Sánchez con...! ~~[illegible]~~ Al fin dejó de oirse la voz cavernosa del sacerdote y en cambio ~~se oyó~~ un silbido rítmico, al que siguieron pronto mugidos como los del aire filtrándose por los huecos de una ~~[illegible]~~ ~~á que los sones fueron poco á poco acentuándose y de pronto un trompetazo~~.

"Ya está roncando ese...—dijo doña Lupe retirándose á su alcoba.—¡Qué noche va á pasar el otro pobre!

Serían las nueve de la mañana siguiente, cuando Nicolás pidió á Papitos su chocolate. Salió del cuarto con la cara ~~[illegible]~~ mal lavada, ~~que~~ había partes de ella ~~que~~ parecían no haber visto agua ~~después de~~ la del bautismo. ~~Sentado junto á la mesa del comedor, con los codos en ella, le halló doña Lupe leyendo el breviario, que dejó á un lado al ver á su tía.~~

"¿Ese chocolate?—preguntó resobándose las manos una con otra, como si quisiera sacar fuego de ellas.

—Ahora mismo.

El chocolate había de ser con canela, hecho con leche, por supuesto, y en ración de dos onzas. Le habían de acompañar un bollo de tahona, varios bizcochitos y agua con azucarillo. Y aún decía Nicolás que tomaba chocolate no por tomarl~~o~~, sino nada más que por poder fumarse un cigarrillo encima. ~~Eso sí, del cigarrillo confesaba que era un verdadero placer.~~

—¿Y que resultó ~~de lo que hablábais~~ anoche? —preguntó doña Lupe al ponerle delante todo aquel cargamento.

—Pues nada, que no hay quien le apee—respondió el clérigo, sumergiendo el primer bizcochito en el espeso líquido.—Lo que usted decía, no es posible quitárselo de la cabeza. Una de dos, ó matarle ó dejarle, y como no le hemos de matar... Al fin convenimos en que yo vería hoy á esa... ~~á esa señora.~~

—No me parece mal.

—Y según la impresión que me haga, determinarémos.

—¿Vais juntos?

—No, yo solo, quiero i[redacted] Además él está hoy con jaqueca.

—Con jaqueca ¡Pobrecito!

Doña Lupe corrió á ver á Maximiliano, que después de empezar á vestirse, había tenido que echarse otra vez en la cama. Provocad~~a~~ sin duda por las emociones de aquellos días, por el largo debate con su hermano Nicolás, y quizás ~~mayormente por la perversa noche que los~~ ronquidos de éste ~~le hicieron pasar~~, apareció ~~la~~ temid~~a~~ ~~é incurable enfermedad constitutiva~~. Desde media noche ~~la vió venir él, porque sentía~~ un entorpecimiento particular dentro de la cabeza, acompañado del presagio del mal. La atonía siguió con el deseo de sueño no satisfecho y luégo una punzada detrás del ojo izquierdo, la cual se aliviaba con la compresión bajo la ceja. ~~Maximiliano~~ daba vueltas en la cama buscando posturas, ~~y parecía que se metía los dedos en los ojos para sacárselos~~. ~~Y~~ la punzada ~~[illegible]~~ dolor gravativo, extendiéndose ~~en~~ cerco de hierro por todo el cráneo. El trastorno ~~de todo el cuerpo~~ no se hacía esperar, ansiedad, náuseas, ganas de moverse, á l~~o~~s que seguían inmediatamente ganas más vivas aún de estarse quieto. Esto no podía ser, y por fin le entraba aquella desazón epiléptica, aquel maldito hormigueo por todo el cuerpo. Cuando trató de levantarse parecíale que la cabeza se le abría en dos ó tres cascos, como se había abierto la hucha á los golpes de la mano del almiréz. Sintió entrar á su tía; ~~mas no la vió porque tenía los ojos cerrados, apretando mucho los párpados.~~ Doña Lupe conocía tan bien la enfermedad, que no tenía más que verle para co~~n~~ocer el período de ella en que estaba.

"¿Tienes ya el clavo?—le preguntó en voz muy baja.—Te pondré láudano.

El clavo había aparecido, que era la sensación de una baquetilla de hierro caliente atravesada desde el ojo izquierdo á la coronilla. Después pasaba este suplicio al ojo derecho, algo atenuado ya. Doña Lupe, tan cariñosa como siempre, le puso láudano, arregló la cama, cerró bien las maderas y le dejó para ir á hacer una taza de té, porque era preciso que tomase algo. Cuando tomaba el té, Maximiliano dijo á su tía que si venía Olmedo á buscarle para ir á clase, le dejase pasar, pues quería hacerle un encargo. Fué Olmedo y Maximiliano le rogó corriese á avisar á Fortunata la visita del clérigo, para que estuviese prevenida. "Oye, adviértele que tenga mucho cuidado con lo que dice; que hable sin miedo y con sinceridad para que forme de ella la idea ventajosa que debe formar. Díle cómo estoy, y que no la podré ver hasta mañana.

IV

El aviso, puntualmente transmitido por Olmedo de la visita del cura [redacted], puso á Fortunata en gran confusión [redacted]. Parecióle al pronto un honor [redacted] grande, luégo [redacted] compromiso, porque la visita de persona tan respetable indicaba que la cosa iba de veras. No se conceptuaba, además, con bastante finura para recibir á sujetos de tanta autoridad. "¡Un señor eclesiástico!... ¡qué vergüenza voy á pasar! Porque de seguro me preguntará cosas como cuando una se va á confesar... ¿Y cómo me pondré? ¿Me vestiré con los trapitos de cristianar, ó de cualquier manera?... Quizás sea mejor ponerme hecha un pingo, á lo pobre, para que no crea... No, no es [redacted]. Me vestiré decente y modestita." Despachados los más urgentes quehaceres del día, se puso su vestido negro, las botas nuevas; púsose también la pulsera de oro, única alhaja que conservaba, pero después se la quitó. Parecióle decente ponerse un pañuelo de crespón [redacted] sujeto con un imperdible de metal blanco que representaba una golondrina. Antes de arreglarse había almorzado precipitadamente, con poca gana, porque no le gustaban visitas tan serias, ni sabía lo que en ellas había de decir. La idea de soltar alguna barbaridad ó de no responder derechamente á lo que se le preguntara, le quitó el

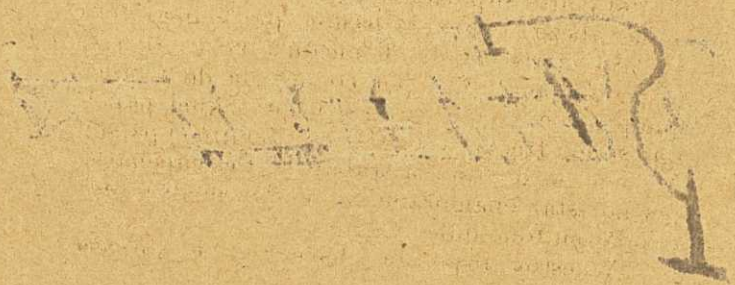
apetito... Y bien mirado, ¿qué necesidad tenía ella de visitas de curas? Pero no tuvo tiempo de pensar mucho en esto, porque de repente... tilín. [redacted] próximamente la una y media.

Fortunata abrió la puerta. El corazón le saltaba en el pecho. La figura negra avanzó por el pasillo para entrar en la salita. Fortunata estaba tan turbada que no acertó á decirle que se sentara [redacted] dejara la canaleja. [redacted] Maximiliano, que al hablar de la familia se dejaba guiar más por el amor propio que por la sinceridad, le había hecho mil cuentos hiperbólicos de [redacted], pintándole como [redacted] persona de mucha virtud y talento. [redacted] se desilusionó algo al ver aquella figura tosca de cura de pueblo, aquellas barbas mal rapadas y la abundancia de vello negro que parecía cultivado para formar cosecha. La cara era desagradable, la boca grande y muy separada de la naríz, curva y chica; la frente espaciosa, pero sin nobleza; el cuerpo fornido, las manos largas, negras y poco familiarizadas con el jabón; la tez morena, áspera y aceitosa. El ropaje negro del cura revelaba desaseo, y este detalle bien observado por Fortunata la ilusionó otra vez respecto á la santidad del sujeto, porque en su ignorancia suponía la limpieza [redacted] reñida con la virtud. Poco después, notando que su futuro hermano político olía [redacted], se confirmó en aquella idea.

"Parece que está usted como asustada—dijo Nicolás con [redacted] sonrisa [redacted].—No me tenga usted miedo. No me como la gente. ¿Se figura usted á lo que vengo?

—Sí, señor... no... digo, me figuro. Maximiliano...

—Maximiliano es un tarambana—afirmó el clérigo con la seguridad burlesca del que se siente frente á un interlocutor demasiado débil,—y usted lo debe conocer como lo conozco yo. Ahora ha dado en la [redacted] de casarse con usted... No, si no me enfado. No crea usted que la voy á reñir. Yo soy moro de paz, amiga mía, y vengo aquí á tratar la cosa por buenas. Mi idea es esta; ver si es usted una persona jui-



M.C.D.2020

ciosa, y si como persona juiciosa comprende que esta idea del casorio es una botaratada; ni más ni menos... Ahora lo comprenda así, mi plan es que usted misma sea quien se lo quite de la cabeza... ni menos, ni más.

Fortunata conocía *La Dama de las Camelias*, por haberla oído leer. Recordaba la escena aquella del padre suplicando á la *dama* que le quite de la cabeza al chico la pasión que le degrada, y sintió cierto orgullo de encontrarse en situación semejante. Más por coquetería de virtud que por convicción sincera, aceptó aquel papel que se le ofrecía, ¡y vaya si era bonito el papel! Como no le costaba trabajo desempeñarlo por no estar enamorada ni mucho menos, respondió en tono dulce y grave:

"Yo estoy dispuesta á hacer todo lo que usted me mande.

—Bien, muy bien, perfectamente bien—dijo Nicolás, orgulloso de lo que creía un triunfo de su personalidad que se imponía sólo con mostrarse.—Así me gusta á mí la gente. ¿Y si le mando que no vuelva á ver más á mi hermano, que se escape esta noche para que cuando él vuelva mañana no la encuentre?

Al oir esto, Fortunata vaciló. Ya no le parecía tan bonito el papel. Porque si ella abandonaba aquel partido, ¿á dónde demonios iría? ¿A la calle otra vez, á andar de mano en mano?

"Lo haré, sí, señor — dijo al fin, cuidando luégo de buscar inconvenientes al plan del cura — ¿Pero á dónde iré yo que él no venga tras de mí? Al último rincón de la tierra ha de ir á buscarme. Porque usted no sabe lo desatinado que está por mí...

—¡Oh! lo sé, lo sé... A buena parte viene. De modo que usted cree que no adelantamos nada con que usted le dé un buen esquinazo...

—Nada, señor, pero nada—dijo Fortunata ya disgustada del papel de *Dama de las Camelias*, porque si el casarse con Maximiliano era una solución poco grata á su alma, la vida pública la aterraba en tales términos, que todo le parecía bien antes que volver á ella.

—Bien, perfectamente bien—afirmó Nicolás dándose aires de persona que medita mucho las cosas y razona á lo matemático.—Ya tenemos un punto de partida, que es la buena disposición de usted. Respóndame ahora. ¿No tiene usted quien la ampare si rompe con mi hermano?

—No, señor.

—¿No tiene usted familia?

—No, señor.

—Pues está usted aviada... De forma y manera—dijo cruzando los brazos y echando el cuerpo atrás,—que si usted se zafa de mi hermano no tiene más remedio que... que echarse á la buena vida... al amor libre... á... ya usted me entiende.

—Sí, señor, entiendo... pues así es no tengo más camino—manifestó Fortunata con humildad.

—¡Tremenda responsabilidad para mí!—exclamó el clérigo moviendo la cabeza y mirando al suelo, y lo repitió hasta unas cinco veces en tono de púlpito.

En aquel instante le vinieron al pensamiento ideas distintas de las que había tenido á la vista, ideas más conformes que aquellas con su soberbia clerical y con su amor propio de pastor de gentes. Vislumbró el propósito de romper aquellos lazos, si la novia de su hermano se prestaba medianamente á ello; pero cuando la vió tan humilde, tan resignada á su triste suerte, entróle apetito de componendas y de mostrar sus habilidades de zurcidor moral. "Hé aquí una ocasión de lucirme—pensó.—Si consigo este triunfo, será el más grande y cristiano de que puede vanagloriarse un sacerdote. Porque figúrense ustedes que consigo hacer de esta mujer perdida una señora ejemplar y tan católica como la primera... figúrenselo ustedes...„ Al pensar esto, Nicolás creía estar hablando con sus colegas. Tomaba en serio su oficio de pescador de gentes, y la verdad, nunca se le había presentado un pez como aquél. Si lo sacaba de las aguas de la corrupción, ¡qué victoria, señores, pero qué pesca! En otros casos semejantes, aunque no de tanta importancia, en los cuales él había mangoneado con todas sus armas apostólicas, alcanzó éxitos brillantes que le hicieron objeto de envidia entre el clero toledano. Sí; él había reconciliado dos

matrimonios que andaban á la greña, había sacado á una niña bonita de la prostitución, había obligado á casarse á tres seductores con sus respectivas seducidas; todo con la fuerza persuasiva de la dialéctica religiosa... "Soy de encargo para estas cosas.„ Fué lo último que pensó, hinchado de orgullo y alegría como caudillo valeroso que ve delante de sí una gran batalla. Después se frotó mucho las manos, diciendo: "Bien, bien.„ Era el movimiento inicial del obrero que se aligera las manos antes de empezar una ruda faena, ó del cavador que se las escupe antes de coger la azada. Después dijo bruscamente y sonriendo:

"¿Me permite usted echar un cigarrillo?

—Sí, señor, pues no faltaba más...—replicó Fortunata, que esperaba el resultado de aquel meditar y del frotar de las manos.

—Pues sí—dijo gravemente Nicolás, chupando su cigarrillo,—me falta valor para lanzarla á usted al mundo malo; mejor dicho, la caridad y el ministerio que profeso me vedan hacerlo. Cuando un náufrago quiere salvarse, ¿es humano darle una patada desde la cubierta? No; lo humano es alargarle una mano ó echarle un palo para que se agarre...

—Sí, señor—dijo Fortunata agradecida,—porque yo soy una pobre nau...

Iba á decir *naufraga;* pero temiendo no pronunciar bien palabra tan difícil, la guardó para otra ocasión, diciendo para sí: "No metamos la pata sin necesidad.„

"Pues lo que yo necesito ahora—dijo Rubín terciándose el manteo sobre las piernas, y accionando como un hombre que necesita tener los brazos libres para una gran faena,—es ver en usted señales claras de arrepentimiento y deseo de una vida regular y honrada; lo que yo necesito ahora es leer en su interior, en su corazón de usted. Vamos allá. ¿Hace mucho tiempo que no se confiesa usted?

Fortunata se puso colorada, porque le daba vergüenza de decir que hacía lo menos diez ó doce años que no se había confesado. Por fin lo declaró.

"Perfectamente—dijo Nicolás, acercando su sillón al sofá en que Fortunata estaba.—Le advierto á usted que tengo mucha experiencia de esto. Hace cinco años que practico el confesonario, y que las cazo al vuelo. Quiero decir,

que á mí no hay mujer que me engañe porque las calo en seguida, les calo...

Fortunata tuvo miedo y Nicolás acercó más el sillón. Aunque estaban solos, ciertas cosas debían decirse en voz baja.

"Vamos á ver, ¿quién fué el primero?—preguntó Nicolás llevándose la mano tiesa á la boca, porque con la pregunta querían salir también ciertos gases.

Fortunata contó lo de Juanito Santa Cruz, pasando no poca vergüenza, y dando á conocer todos los detalles de su triste historia de una manera incoherente.

"Abrevie usted. Hay muchos pormenores que ya me los sé, como me sé el Catecismo... Que le dió á usted palabra de casamiento y que usted fué tan boba que se lo creyó. Que un día la cogió descuidada y sola... Bah, bah... lo de siempre. Después habrá usted conocido á otros muchos hombres, ¿á cuántos próximamente?

Fortunata miró al techo, haciendo un cálculo numérico.

"Es difícil decir... Lo que es conocer...

El sacerdote se sonrió. "Quiero decir tratar con intimidad; hombres con quienes ha vivido usted en relaciones de un mes, de dos. No me refiero á los conocimientos de un instante, que eso vendrá después.

"Pues serán...—dijo Fortunata con un nudo en la garganta.

—Vamos, no se asuste usted del número—dijo Rubín animándola y acercando más su sillón.

—Pues podrán ser... como unos ocho... deje usted que me acuerde bien...

—Basta ya; lo mismo da ocho que doce ó que ochocientos doce. ¿Le repugna á usted la memoria de esas relaciones?

—¡Oh! sí, señor... Crea usted que...

—Que no los puede ver ni pintados. Lo creo. Sin embargo, dígame usted. ¿No volvería á tener amistad con alguno de ellos, si la solicitara?

—Con ninguno...—dijo Fortunata.

—¿De veras? Piénselo usted bien.

Fortunata lo pensó, y al cabo de un ratito, la lealtad y sinceridad con que se confesaba mostráronse en esta declaración:

"Con uno sí... pero no puedo ser.

—Déjese usted de que pueda ó no pueda ser. Ese uno, esa excepción de su hastío es el primero, el D. Juanito [illegible]. No necesita usted confirmarlo. Me sé estas historias al dedillo. ¿No ve usted, hija mía, que he sido confesor de las Arrepentidas de Toledo durante cinco años largos?

M.C.D.2020

—Pero no puede ser. Está casado, es muy feliz, y ~~por ese lado no hemos de poner~~...

—A saber, á saber... Pero en fin, usted ~~[illegible]~~ que es el único ~~hombre~~ á quien de veras quiere, el único por quien de veras siente apetito de amores y esa cosa, esa tontería que ustedes las mujeres...

—El único.

—Y á los demás ~~nada~~.

—~~Nada~~.

—¿Y á mi hermano?

Lo brusco de la pregunta aturdió á la penitente. No la esperaba, ni se acordaba para nada en aquel momento del pobre Maxi~~miliano~~. Como era tan sincera no pensó ni por un momento en alterar la verdad. Las cosas claras. Además, el clérigo aquel parecíale ~~á ella~~ muy listo, y si se le decía una cosa por otra ~~al punto~~ conocería el embuste.

"Pues á su hermano de usted tampoco.

—Perfectamente—dijo ~~Rubín~~ acercando su sillón todo lo más que acercarse podía.

V

Para que ningún malicioso interprete mal las bruscas aproximaciones del sillón de ~~Nicolás~~ Rubín al asiento de su interlocutora, conviene hacer constar de una vez que era hombre de temple fortísimo, ó más propiamente hablando, frigidísimo. La belleza femenina no le conmovía ó le conmovía muy poco, razón por la cual ~~la~~ castidad ~~tenía poco~~ mérito. La carne que á él le tentaba era otra, la de ternera por ejemplo, y la de cerdo más, en buenas magras ~~y~~ chuletas riñonadas ó solomillo bien puesto con guisantes. Más pronto se le iban los ojos detrás de un jamón que de una cadera, por suculenta que ésta fuese, y la mejor *falda* para él era la que da nombre al guisado. Jactábase de su inapetencia ~~[illegible]~~ haciendo de ella una estupenda virtud; pero no necesitaba ~~[illegible]~~ con el demonio para ~~permanecer indiferente ante una belleza mesdana como la que en aquella ocasión tenía [illegible] próxima~~. Las embestidas del sillón eran simplemente un hábito de confianza ~~y secreteo~~, adquirido con el uso ~~de la amonestación~~ penitenciaria ~~durante algunos años~~.

"Lo que se llama querer...—dijo Fortunata haciendo esfuerzos para expresarse claramente, —querer, entiende usted, no; pero aprecio, estimación, sí.

—¿De modo que no hay lo que llaman ilusión?...

—No, señor.

—Pero hay esa afición tranquila, que puede ser principio de una amistad constante, de ese afecto puro y reposado que hace la felicidad de los matrimonios.

Fortunata no se atrevió á responder afirmativamente. Le parecía mucho lo que el clérigo proponía. Recortándolo algo se podía aceptar.

—Puedo llegar á quererle con el trato... ¿Qué duda tiene?

—Perfectamente... Porque es preciso que usted se fije bien en una cosa: eso de la ilusión es pura monserga, eso es para bobas. Ilusionarse con un caballero porque tenga los ojos así ó asado, porque lleve el bigotito de esta manera, el cuerpo derecho y el habla dengosa, es propio de mujeres sin seso. Amar de ese modo no es amar, es capricho, es vicio, hija mía. El verdadero amor es el espiritual, y la única manera de amar es enamorarse de la persona por las prendas del alma... Las mujeres de estos tiempos se dejan pervertir por las novelas y por las ideas falsas que otras mujeres les imbuyen acerca del amor. ¡Patraña y propaganda indecente que hace Satanás por mediación de los poetas, novelistas y otros holgazanes! Diránle á usted que el amor y la hermosura física son hermanos, y le hablarán á usted de Grecia y del naturalismo pagano. No haga usted caso de patrañas, hija mía, no crea usted en otro amor que en el espiritual, ó sea en las simpatías de alma con alma...

Fortunata adivinaba más que entendía esto, que era contrario á sus sentimientos; pero como lo decía un sacerdote, un sabio, no había más remedio que contestar á todo que sí. Viendo que él hacía indicaciones afirmativas con la cabeza, Nicolás Rubín se animaba, añadiendo con énfasis:

"Sostener otra cosa es renegar del catolicismo y volver al paganismo y á la mitología...

—Claro—dijo Fortunata, pero en su interior se preguntaba qué quería decir aquello de la mitología... porque de seguro no sería cosa de mitones.

Aquel clérigo, arreglador de conciencias, que se creía médico de corazones dañados de amor, era quizás la persona más inepta para el

oficio á que se dedicaba, á causa de su propia virtud, estéril y [redacted], [redacted] negativa, que si le apartaba [redacted] peligro, cerraba sus ojos á [redacted] del alma humana. Practicaba su apostolado por fórmulas [redacted] ó [redacted] de libros escritos por santos á la manera de él, y había hecho inmensos daños á la humanidad arrastrando á doncellas incautas á la soledad de un convento, tramando casamientos entre personas que no se querían, y desgobernando, en fin, la máquina admirable de las pasiones. Era como los médicos que han estudiado el cuerpo humano en un atlas de Anatomía. Tenía recetas charlatánicas para todo, y las aplicaba [redacted], haciendo estragos por donde quiera que pasaba.

"De esta manera, hija mía—añadió lleno de fatuidad,—puede darse el caso de que una mujer hermosa llegue á amar [redacted]mente á un hombre feo. El verdadero amor, fíjese usted en esto y [redacted] en su memoria, es el de alma por alma. Todo lo demás es [redacted] de la imaginación, la loca de la casa.

Fortunata se sonrió con esta [redacted].

"¿Quién hace caso de la imaginación?—prosiguió él, oyéndose, y muy satisfecho del efecto que creía causar.—Cuando la loca le alborote á usted, no [redacted], hija [redacted]. ¿[redacted] usted caso de una persona que pasara ahora por la calle diciendo disparates? Pues lo mismo es, exactamente lo mismo. A la imaginación se la mira con desprecio, y se hace lo [redacted] comprendo que usted por la vida [redacted] que ha llevado y por no haber tenido á su lado buenos ejemplos, no podrá durante algún tiempo [redacted] la loca de la casa; pero aquí estamos para enseñarla. Aquí [redacted] [redacted] digna de casarse con un hombre honrado, [redacted] que vuelva los ojos á la religión, empezando por edificarse interiormente, ¿me entiende usted?

—Sí señor—respondió humildemente Fortunata, que entendía lo de la religión; pero no lo de la edificación. Para ella edificar era lo mismo que hacer casas.

—Bien. ¿Está usted dispuesta á ponerse bajo mi dirección y á hacer todo lo que yo le mande?—El cura con la hinchazón de vanidad que le daba aquel papel sublime de [illegible] de las almas.

—Sí señor.

—Perfectamente... ¿Y cómo estamos de doctrina cristiana?

Dijo esto con un tonillo de superioridad impertinente, lo mismo que dicen algunos médicos: "á ver la lengua."

—Yo... la doctrina—replicó Fortunata temblando,—muy mal. No sé nada.

El cura no hizo aspavientos. Al contrario, le gustaba que sus catecúmenos no supieran nada, para poder él enseñárselo todo. "Tanto mejor, bien, bien, no importa. De eso trataremos después." El cura meditó un rato con las manos cruzadas y dando vuelta á los pulgares uno sobre otro. Fortunata le miraba en silencio. No podía dudar de que era un hombre muy sabedor de cosas del mundo y de las flaquezas humanas, y pensó que le convenía ponerse bajo su dirección. En aquel momento hallábase bajo la influencia de ideas supersticiosas adquiridas en su infancia. De niña le habían enseñado á respetar á los curas, y cuando jugaba con otras chiquillas en la Plaza, acechaba á los clérigos que pasaban para correr á besarles la mano. Ya mujercita oyó hablar muy mal de las personas de sotana y le contaron muchos cuentos acerca de ellas. Pero había indudablemente de todo. Los curas malos eran los que enamoraban á las mujeres y no sabían guardar la virtud de la castidad; los buenos eran aquellos para quienes una mujer y un tronco de encina eran lo mismo. Las ideas religiosas de Fortunata eran escasas y se reducían á dos ó tres nociones mentales, el Cielo y el Infierno, padecer aquí para gozar allá, ó lo contrario. Su moral era

puramente personal, intuitiva y no tenía nada que ver con lo poco que recordaba de la doctrina cristiana. [illegible] formó buen concepto, porque se lavaba poco y [illegible] sabía mucho y no reñía á las pecadoras, sino que las trataba con dulzura, ofreciéndoles la salvación y hablándoles del alma y otras cosas muy bonitas.

"Todo depende de usted —dijo Nicolás saliendo de su abstracción.— [illegible] será mi protección. Ya sabe usted lo que le dijo Jesús á la samaritana cuando habló con ella en el pozo, en una situación parecida á la que ahora tenemos usted y yo.

Fortunata se sonrió, afectando entender la cita; pero se había quedado á oscuras [illegible].

Si usted quiere mejorar de vida y edificarse interiormente para adquirir la fuerza necesaria, aquí [illegible]. Cuando yo considere segura la reforma de usted, quizás no [illegible] con mi hermano. El pobre tía Lupiana está loco por usted; me dijo anoche que si no se casa con usted se muere! Mi tía quiere quitárselo de la cabeza; mas yo dije: "Calma, calma, las cosas hay que verlas despacio" y por eso me vine aquí. Me comprometo á [illegible] usted esa enfermedad de la imaginación que consiste en tener cariño al hombre indigno que la perdió. Conseguido esto, amará usted al que ha de ser su marido, y lo amará con ilusión espiritual, no de los sentidos. [illegible] ¡Oh, he alcanzado yo tantos triunfos de estos; he salvado á tanta gente que se creía dañada para siempre! Convénzase usted, en esto, como en [illegible] cosas, todo es ponerse á ello, todo es empezar... Imagínese usted lo bien que estará cuando se reforme; vivirá feliz y considerada, tendrá un nombre respetable, y habrá quien la adore, no por sus gracias personales, sino por las espirituales, que es lo que importa. Al principio tendrá usted que hacer algunos esfuerzos; será preciso que se olvide de que es hermosa; esto es quizás lo más difícil; pero [illegible] la cuenta de que la única hermosura verdad es la del alma, hija mía, porque de la del cuerpo dan cuenta los gusanos... [illegible]

a Ramón

Esto le pareció muy bien á Fortunata, y decía que sí con la cabeza.

"Pues vamos á cuentas. Usted quiere que yo le diga á mi hermano "¿puedes casarte con esa mujer, porque es digna de ti?"

—Sí, señor—respondió Fortunata con cierto miedo, espantada aún por aquello de los gusanos.

—Pues es preciso que se someta usted á la prueba.

—¿Qué prueba?

—Es la siguiente—dijo [illegible], tapándose un bostezo, porque eran ya las cuatro y no [illegible] tenido inconveniente en tomar una friolera.—Hay en Madrid una institución religiosa de las más útiles, porque tiene por objeto recoger á las muchachas extraviadas y convertirlas á la verdad, por medio de la oración, del trabajo y del recogimiento. Unas, desengañadas [illegible], se quedan allí para siempre; otras, salen ya *edificadas*, bien para casarse, bien para servir en casas de personas respetabilísimas. Son muy pocas las que salen para volver á la perdición. También entran allí señoras decentes á expiar sus pecados, esposas ligeras de cascos que han hecho alguna trastada á sus maridos, y otras que buscan en la soledad la [illegible] que no tuvieron en el bullicio del mundo.

Fortunata seguía dando cabezadas. Había oído hablar de aquella casa, que era el convento de las Micaelas.

"Perfectamente; así se llama. Bueno, usted va allá y la tenemos encerradita durante dos, tres, cuatro meses. El capellán de la casa es tan amigo mío, que es como si fuera yo mismo. El la dirigirá á usted espiritualmente, puesto que yo no puedo hacerlo, porque tengo que volverme á Toledo. Pero siempre que venga á Madrid, he de ir á verla y á tomarle el pulso á ver cómo [illegible] esa educación, sin perjuicio de que antes de entrar en el convento, le he de dar á usted una buena [illegible] de doctrina cristiana para que no vaya [illegible] allá enteramente cerril. Si pasado [illegible] plazo [illegible] prudente, me resulta usted en tal disposición de espíritu que yo la crea digna de ser mi hermana política, [illegible] llegar á serlo. Yo le respondo á usted de que, como [illegible] dé el pase, [illegible] toda la familia.

Enrique 34

Estas palabras fueron dichas con sencillez y dulzura. Eran una de sus mejores y más estudiadas recetas, y tenía para ello un tono [redacted] convicción que hacía efecto grande en las [redacted] inexpertas personas á quienes se dirigían.

En Fortunata fué tan grande el efecto, que casi casi se le saltaban las lágrimas. Indudablemente era muy de agradecer el interés que aquel bondadoso apóstol de Cristo se tomaba por ella. Y todo sin regaños, sin [redacted], tratándola como un buen pastor trataría á la más querida de sus ovejas. A pesar de esta excelente disposición de su ánimo, [redacted] vacilaba un poco. De una parte la seducía la vida recogida, silenciosa y cristiana del cláustro. Bien pudiera ser que allí se cerrara por completo la herida de su corazón. Había que probarlo al menos. De otra parte la aterraba lo desconocido, las monjas... ¿cómo serían las monjas? ¿cómo la tratarían? Pero Nicolás se adelantó á sus temores, diciéndole que las monjas eran las señoras más buenas y más indulgentes y cariñosas que se podían ver. A [redacted] se le aguaron los ojos, y pensó en lo que sería ella [redacted] convertida de [redacted] en señora, [redacted] la imaginación limpia de aquella maleza que la perdía, la conciencia [redacted], el entendimiento iluminado por mil cosas que aprendería. La misma imaginación, [redacted] quien [redacted], fué la que le encendió fuegos de entusiasmo en su alma, haciéndole ver su reforma é infundiéndole el orgullo de ser otra mujer distinta de lo que era.

"Pues sí, pues sí... [redacted] entrar en las Micaelas—[redacted] con arranque.

—Pues nada, [redacted], á la casa de purificación. ¿Ve usted cómo nos hemos entendido?—dijo el clérigo con alegría, levantándose.—[redacted] le dije á mi hermano. Si tu pasión es tan fuerte

illo
de
ron
manotadas
la infeliz
se
la samaritana
chica
hecha de nuevo,
á
el maestro
quiero
bonitas
había puesto que no había por donde cogerla,
afirmó
cansado ya de tanto discutir, yo

que no la puedes combatir, pon el pleito en mis manos, tonto, que yo te lo arreglaré. Si es mi oficio; si para eso estamos; si no sé hacer otra cosa... ¿Para qué serviría yo si no sirviera para esto?

El orgullo se le rezumía por todos los poros como si fuera sudor; los ojos le brillaban. Cogió la canaleja, diciendo:

"Volveré por aquí. Hablaré á mi hermano y á mi tía. Tenemos ya una gran base de arreglo, que es su conformidad de usted con todo lo que le mande este sacerdote.

Fortunata al darle la mano se la besó.

Las últimas palabras de la visita fueron referentes al mal tiempo que hacía, á que él (colas) no podía estar en Madrid sino poco tiempo, y por fin á la jaqueca que tenía Maximiliano aquel día.

"Es mal de familia. Yo también las padezco. Pero lo que principalmente me trae trastornado ahora, es un pícaro mal de estómago... debilidad, dicen que es debilidad... Tengo que comer muy á menudo y muy poca cantidad... pero muy poca.

Fortunata no comprendió la indirecta, y no dijo otras palabras que las de compasión propias al caso.

—Es efecto del excesivo trabajo... ¡qué le vamos á hacer! Y es cosa que atormenta. Al llegar esta hora —dijo señalando su estómago— se pone aquí un perrito... lo mismo que un perrito que me estuviera mordiendo. Y como no le eche algo al [illegible], me da muy mal rato.

—Si quiere usted... aguarde usted... yo...— dijo Fortunata pasando revista mental á su pobre despensa.

—Quite usted allá, criatura... No faltaba más... Piensa que no me puedo pasar. Lo único, lo único que me sienta bien á esta hora, es una copita de Jeréz con bizcochos.

—¡Ah! Eso sí que no tengo—exclamó Fortunata con pena muy viva.

—Ni hay para qué... No es que yo lo apetezca, lo tomo hasta con asco; pero me sienta bien, conozco que me sienta bien.

—Si quiere usted lo traeré.

M.C.D.2020

—Quite usted allá... no me lo diga ni en broma... Vaya, abur, abur... Y cuidarse, cuidarse mucho, ¿eh? que andan pulmonías.

El clérigo salió y fué á casa de un amigo donde le solían dar, en aquella crítica hora, el remedio de su debilidad de estómago.

VI

Esperaba con ansia Fortunata la visita de Maximiliano para hablar con él de la del cura y de lo que de ella resultara. Por la noche, cuando la jaqueca se le calmó, pudo enterarse el joven de que su hermano había ido á la calle de Pelayo, y que sus impresiones "no habían sido malas,„ según declaración del propio cura. Nicolás daba mucha importancia á su apostolado, y cuando tenía entre manos uno de aquellos negocios de conquista espiritual, exageraba los peligros y dificultades para dar más valor á su victoria. Fortunata se abrasaba en impaciencia; mas no conseguía obtener de Nicolás sino medias palabras. "Allá verémos... estas no son cosas de juego... Ya tengo las manos en la masa... no es mala masa; pero hay que trabajarla... He de volver allá... Es preciso que tengas paciencia... ¿pues tú qué te crees?„ El pobre chico no veía las santas horas de que llegase el día para saber por ella pormenores de la conferencia. Fortunata le vió entrar sobre las diez, pálido como la cera, convaleciente de la jaqueca, que le dejaba mareos, aturdimiento y una fatiga general. Se echó en el sofá, cubrióle Fortunata la mitad del cuerpo con una manta, púsole almohadas para que recostase la cabeza, y á medida que esto hacía, le aplacaba la curiosidad contándole precipitadamente todo.

Aquella idea de llevarla al convento como á una casa de purificación, parecióle á Maxi prueba estupenda del gran talento apostólico de su hermano. A él se le había ocurrido vagamente algo semejante; mas no había sabido formularlo. ¡Qué insigne hombre era Nicolás! ¡Ocurrírsele aquello!... Tamizada por la religión, Fortunata volvería á la sociedad limpia de toda inmundicia, y entonces ¿quién osaría dudar de su honorabilidad? El espíritu revuelto desde el fondo á la superficie por la pasión, como un mar

6477, 15

37

do por furioso, se corría, digámoslo así, de una parte á otra, explayándose en toda idea que se le pusiese delante. Así, lo mismo fué presentársele la idea religiosa, se tendió hacia ella y la cubrió toda con impetuosa onda. ¡La religión, qué cosa tan buena!... ¡Y él, tan torpe, que no había caído en ello! No era torpeza, sino distracción. Es que andaba muy distraído. Y su novia ó prometida se le apareció entonces con aureola [illegible] que el amor que le inspiraba se iba á depurar aún más, haciéndose sutil como aquél que dicen le tenía á Beatriz el Dante, ó el de Petrarca por Laura, que también era amor de lo más fino.

Nunca había sido Maximillano muy dado á la religión; pero en aquel instante [illegible] le entraron de [illegible] en el espíritu unas [illegible] tan particulares, unas ganas de [illegible] con Cristo, ó con la Santísima Trinidad y aún con [illegible] santo, que no sabía lo que le pasaba. El amor le conducía á la devoción, como le habría conducido á la impiedad, si las cosas fuesen por aquel camino. Tan bien le pareció el plan de su hermano, que el gozo le reprodujo el dolor de cabeza, aunque levemente. Comprimiéndose con dos dedos de la mano la ceja izquierda, habló á Fortunata de lo buenas que debían de ser aquellas monjas Micaelas, de lo bonito que sería el convento, y de las [illegible] y utilísimas cosas que allí aprendería, [illegible] como por ensalmo en señora, sí, en señora tan decente que habría otras [illegible] pero más, no... más, no.

A Fortunata se le comunicó entusiasmo. ¡La religión! Tampoco ella había caído en esto. Cuidado que no ocurrírsele una cosa tan sencilla. Lo particular era que veía [illegible] su purificación como se ve un milagro cuando se cree en ellos. La purificación y aquello de convertirse de perdida en honrada se realizaría por arte tan improbable todavía como el convertir el agua en vino, pero de que se realizaría no podía tener dudas.

que tenderse
rla y fresca
resplandeciente
y se revistió
de ideales
tan atributos.
oso
tal ó cual
tomarse confianzas
madres
la cáscara amarga
y trocándose
el tomismo
ó hacer de cuatro
peces cuarenta.

"Dime una cosa—preguntó á Maxi, acordándose de que era bella.—¿Y me pondrán tocas blancas?

—Puede que sí—replicó él con seriedad.—No puedo asegurártelo; pero es fácil que sí te las pongan.

Fortunata cogió una toalla y echándosela por la cabeza, se fué á mirar al espejo. Al lado de su amante, se acordó de una cosa esencial que en la nueva existencia, la hermosura no valía y que lo que importaba y tenía valor era la del alma. Observando la cara que tenía Maxi aquel día y lo pálido que estaba, consideró que las prendas morales del joven empezaban á transparentarse en su rostro haciéndole menos desagradable... Entrevió una mudanza radical en su manera de ver las cosas. "Quien sabe —se dijo,—lo que pasará después de estar allí tratando con las monjas, rezando y viendo á todas horas la Custodia. De seguro me volveré otra sin sentirlo. Entrarán en mi alma...„ (quería decir *nuevos elementos*, pero no acertaba con la palabra). Lo que ahora me parece imposible ó difícil, después será coser y cantar. Yo saco la cuenta de lo bueno que puede sucederme, por lo malo que me ha sucedido. Figúrome que esto es como cuando una teme llegar á la cosa más mala del mundo, y dice una: "jamás llegaré á eso.„ Y ¿qué pasa? que luégo llega una y se asombra de verse allí, y dice: "parecía mentira.„ Pues lo mismo será con lo bueno. Dice una: "jamás llegaré tan arriba,„ y sin saber cómo, arriba se encuentra.

Maximiliano se quedó á almorzar; pero la irritación de su estómago y la desgana, hubieron de contenerle en la más prudente frugalidad. Fortunata no tuvo que bajar á la calle á comprar nada para él, porque con unos huevos cocidos y un poco de café quedó despachado. Fortunata, en cambio, tenía buen apetito, porque había trabajado mucho aquella mañana y quizás porque estaba contenta y excitada. De aquí tomó pié para hablar de lo

mucho que comía su hermano Nicolás. Esto desilusionó un poco á Fortunata, que se quedó como lela, mirando á su amante, y deteniendo el tenedor á poca distancia de la boca. Creía ella que los curas de mucho saber y virtud, como su futuro cuñado, debían de conocerse en el poco uso que hacían del agua y jabón y también en que el alimento no podía ser otro que yerbas cocidas y sin sal. Después se rieron los dos de esto, y Maxi aseguró que su hermano era un santo; pero si algún día le convidaba á comer á su casa, había que preparar comestibles para una familia.

Toda la tarde estuvieron platicando acerca de la ida al convento y también sobre cosas relacionadas con la parte material de su existencia futura. "En la partición—dijo con cierto énfasis Maximiliano,—me tocan tierras de cultivo. Mi tía se enfadó porque deseaba para mí el dinero contante; pero yo no soy de su opinión, prefiero los inmuebles.„

Fortunata apoyó esta idea con un signo de cabeza; mas no estaba segura de lo que significaba la palabra inmueble, ni quería tampoco preguntarlo. Ello debía ser lo contrario de muebles. Maximiliano la sacó de dudas más tarde, hablando de sus olivares y viñas y de la buena cosecha que se anunciaba, de lo cual coligió Fortunata que inmuebles es lo mismo que decir árboles. También ella prefería las propiedades de campo á todas las demás clases de riqueza. Después que se retiró su amante, se quedó pensando en su fortuna, y todo aquel fárrago de olivos, pajales y carrascales que tenía metido en la cabeza, le impidió dormir hasta muy tarde, enderezando aún más sus propósitos por la vía de la honradez, predisponiéndola de un modo indirecto, ¡qué cosa tan rara! á mirar con menos interés la belleza física, de lo que había de resultar su aptitud para apreciar la del alma. Su ánimo estaba, pues, marcadamente inclinado, con todas aquellas cosas, á aceptar la posición y la dicha que se le ofrecía, y sus antipatías y repugnancias estaban en baja muy sensible.

M.C.D.2020

"Á ver, ¿qué tal?... ¿cómo es?... ¿es guapa? —había preguntado doña Lupe á Nicolás con vivísima curiosidad.

Aunque el insigne clérigo no tenía cierta clase de pasiones, sabía apreciar el género á la vista. Hizo con los dedos de su mano derecha un manojo y llevándolos á la boca, los apartó al instante ~~sonriendo y~~ diciendo:

"Es una mujer... hasta allí.

Doña Lupe se quedó desconcertada. A los peligros que ya existían debían unirse los que ofrece por sí misma toda belleza superior dentro de la máquina del matrimonio. "Las mujeres casadas no deben ser muy hermosas—dijo la señora promulgando la frase con acento de convicción profunda.

—Diga usted entonces—replicó el sobrino con sorna,—que las hermosas se deben quedar para vestir santos. Sin embargo, son las que más pronto pescan marido. Es ley de humanidad.

—Pues si yo fuera hombre, primero me casaba con un fantasma que con una de esas guapas que van llamando la atención. ¿Y de qué sirve la hermosura? vamos á ver. De nada, absolutamente de nada, como no sea de estorbo. Lo que vale es lo de dentro, hijo mío...

[illegible], si en eso estamos completamente de acuerdo—añadió Nicolás con cierta petulancia.

Hízole doña Lupe mil preguntas para aplacar su ardentísima curiosidad; cómo estaba vestida y peinada; qué tal se expresaba; cómo tenía arreglada la casa, y Nicolás respondía echándoselas de observador. Sus impresiones no habían sido malas, y aunque no tenía bastantes datos para formar juicio del verdadero carácter de [illegible], podía anticipar, fiado en su experiencia, en su buen ojo y en un cierto no sé qué, presunciones favorables. Con esto la curiosidad de doña Lupe se acaloraba más, y ya no podía tener sosiego hasta no [illegible] propios sentidos [illegible] problema en cuestión. Visitar á [illegible] no le parecía digno, habiendo hecho tantos aspavientos en contra suya; pero estar muchos días sin verla y averiguarle las faltas, si las tenía, era imposible. Hubiera deseado verla *por un agujerito*. Con [illegible] no quería [illegible] dar su brazo á torcer, y siempre se mostraba intolerante, aunque ya con menos fuego. Parecióle buena idea aquello de [illegible] purificar[illegible] en las Micaelas, y aunque á [illegible] lo dijo, para sí consideraba aquel camino como el único que podía conducir á una solución. [illegible] había vuelto á ser la misma con su sobrino menor, y el cariño, la solicitud, el esmero de sus cuidados no desmerecían de las mejores épocas. Rabiaba por [illegible], y como su sobrino no le decía que fuera á verla, este silencio hacíala rabiar más. Un día ya no pudo contenerse, y cogiendo descuidado á Maxi en su cuarto, le embocó esto de buenas á primeras: "No creas que voy yo á rebajarme á eso...

—¿Á qué, señora?

—Á visitar á tu... no puedo pronunciar ciertas palabras. Me parece que no es decoroso que yo vaya allá, á pesar de todos esos proyectos de legía religiosa que le vais á dar.

—Señora, si yo no he dicho á usted nada...

—Te digo que no iré... no iré.

—Pero tía...

—No hay tía que valga. No me la has dicho; pero lo deseas. Crees que no te leo yo los pensamientos. ¡Qué podrás tú disimular delante de mí! Pues no, no te sales con la tuya. Yo no voy allá, sino en el caso de que me lleveis atada de piés y manos.

—Pues la llevarémos atada de manos y piés —dijo Maxi, riendo.

—Hasta ahí podían llegar las bromas.

Siempre que había coyuntura, sacaba doña Lupe la conversación, y lo que verdaderamente la desconcertaba era que Maximiliano no parecía tener un empeño muy grande en que ella hiciera la visita. Lo deseaba, sí; pero como tenía su criterio formado y su invariable línea de conducta trazada, no daba un valor excesivo á ciertos detalles. Véase por dónde la fuerza de las circunstancias había puesto á doña Lupe en una situación subalterna, y el pobre chico, que meses antes no se atrevía á chistar delante de ella, miraba á su tía de igual á igual. La dignidad de su pasión había hecho del niño un hombre, y como plebeyo que se ennoblece, miraba á su antiguo autócrata con respeto; pero sin miedo.

Como Nicolás visitaba algunos días á Fortunata para enseñarle la doctrina cristiana, doña Lupe se ponía furiosa. Tantas idas y venidas, decía ella que le tenían revuelto el estómago. Pero el sentimiento que verdaderamente la hacía chillar era como envidia de que fuese Nicolás y no pudiera ir ella. Por este motivo andaban tía y sobrino algo desavenidos. Corría Marzo, y el día de San José dijo Nicolás en la mesa: "Tía, ya hay fresa.„ Pero la indirecta no hizo efecto en la económica

doña Lupa. Volvió á la viuda el clérigo en diferentes ocasiones: "¡Qué fresa más rica he visto hoy!... Tía, ¿á cómo estará ahora la fresa?

—No lo sé, ni me importa—replicó ésta,—porque como no la pienso traer hasta que no se ponga á tres reales...

Nicolás dió un suspiro, mientras doña Lupe decía para sí: "Como no comas más fresa que la que yo te traigo, grandísimo tragaldabas, aviado estás..,

Y como doña Lupe era algo golosa, trajo un día un cucurucho de fresa, bien escondido entre la mantilla, más no lo puso en la mesa. Concluída la comida, y mientras Nicolás leía *La Correspondencia* ó *El Papelito* en el comedor, doña Lupe se encerraba en su cuarto para comerse la fresa bien espolvoreada con azucar. En cuanto se echaba á la calle, salía doña Lupe de su escondite para ofrecer á Maximiliano un poco de aquella sabrosa fruta, y entraba en su cuarto con el platito y la cucharilla. Agradecía mucho estas finezas el chico, y se comía la golosina. Mirábale comer con expectante atención, y cuando quedaban en el plato no más que seis ó siete fresas, se lo quitaba de las manos diciendo: "Esto para Papitos que está con cada ojo como los de un besugo.

Papitos se comía las fresas y después, con los lengüetazos que le daba al plato lo dejaba como si lo hubiera lavado.

44

VII

Juan Pablo prestaba atención muy escasa al asunto de Maximiliano y á todos los demás asuntos de la familia, como no fuera el de la herencia. Su anhelo era cobrar pronto para pagar sus trampas. Entraba muy tarde, cuando no dormía fuera de casa; levantábase al medio día, almorzaba solo, porque su tía y hermanos lo habían hecho ya, y después se iba á la calle. Casi siempre comía fuera, lo que agradacía mucho doña Lupe, pues Nicolás con su puntualidad y su voracidad le desequilibraba el presupuesto de la casa. La misantropía que le entró á Juan Pablo desde su desairado regreso del Cuartel Real no se alteró en aquellos días que sucedieron á la herencia. Hablaba muy poco, y cuando doña Lupe le nombraba el casorio de Fortunata y Maxi, como cuando se le pega á uno un alfilerazo para que no se duerma, alzaba los hombros, decía palabras de desdén hacia su hermano y nada más. "Con su pan se lo coma... ¿Y á mí qué?„

De carlismo no se hablaba en la casa, porque doña Lupe no lo consentía. A ratos sorprendió á Juan Pablo y al cura cambiando algunas observaciones sobre la guerra y las cosas del dichoso Carlos VII; pero en cuanto la veían entrar, punto en boca. Una mañana se enfrascaron de tal modo en la conversación, más bien disputa, que no hicieron maldito caso de la señora. Juan Pablo estaba lavándose en su cuarto, entró Nicolás á decirle no sé qué, y por si el cura Santa Cruz era un bandido ó un loco, se le encendió el genio á Juan Pablo, que aquel día debía estar de malas.

"¿Quieres que te diga una cosa?—gritaba el [illegible], descomponiéndose.—Pues don Carlos no ha triunfado ya por causa de ustedes, por [illegible] de los curas. Hay que ir allí, como he ido yo, para hacerse cargo de las intrigas de la gentualla de sotana, que todo lo quiere para sí, y no va más que á desacreditar con calumnias y chismes á [illegible] los que verdaderamente trabajan. Yo no podía estar allí; me ahogaba. Le dije á Dorregaray: "mi general, no sé cómo usted aguanta esto,„ y él se alzaba de hombros, poniéndome una cara. No pasaba día sin que los sotanas le llevaran un cuento á don Carlos. Que Dorregaray andaba en tratos con Moriones para rendirse, que Moriones le había ofrecido diez millones de reales [illegible] mil [illegible] parruchas. Cuando llegó á mi noticia que me acusaban de haber ido al Cuartel General de Moriones á llevar recados de mi jefe, me volé, y aquella misma tarde, habiéndome encontrado á la camarilla en el atrio de la iglesia de

45

San Miguel,

San , me ~~despotriqué con ellos~~ en ~~tales términos, que~~ por poco se arma allí un Dos de Mayo. "Aquí no hay más traidores que ustedes. ~~No temen ustedes la traición~~ lo que tienen es envidia del traidor, si le hubiera, por el provecho que saque de su traición. No digo yo por diez millones; pero por diez mil ochavos venderían ustedes al Rey, á toda su descendencia; ladrones, infames. En fin, que si no acierta á pasar el coronel ~~[illegible]~~, que me quería mucho y me coge á la fuerza y me arranca de allí y me lleva á mi casa, aquel ~~día hago una barbaridad~~. Estuve tres días en cama con un amago de ataque cerebral. Cuando me levanté, pedí una audiencia á Su Magestad. Su contestación fué ponerme en la mano ~~[illegible]~~ y el pasaporte para la frontera. En fin, que los ~~infames curas~~ dieron conmigo en tierra, porque no me prestaba á ayudarles en sus maquinaciones contra los leales y valientes. Por los ~~curas~~ se perdió D. Carlos V, y al VII no le aprovechó la lección. Allá se las haya. ¿No querías ~~[illegible]~~ religión? pues ahí la tienes; atrácate de curas, indigéstate y revienta.

—Es una apreciación tuya—dijo Nicolás moderando su ira,—que no me parece muy fundada.

—¿Tú qué sabes lo que es el mundo y la realidad? Estás en babia.

—Y tú, me parece que estás algo ~~tocado~~, porque cuidado que has dicho disparates.

—Tú sí que no sabes de la misa la media.

—Gracias... Aquí estamos para que tú vengas á enmendarnos la plana.

—Si en mi mano estuviera, verías tú, ya verías á dónde iban á parar todos los que visten sotana.

—Cállate la boca, estúpido...—dijo Nicolás, ~~cuyo puntilloso amor propio se sublevaba desde el momento en que no se le acataba como á superior y á maestro.~~

—Sabes lo que te digo—gritó Juan Pablo, alzando arrogante la voz,—que á mí no se me manda callar, ¿estamos? He tenido el honor de decirle cuatro frescas al obispo de Persépolis, y quien no teme las sotanas moradas, ¿qué miedo ha de tener á las negras?...

—Pues yo te digo...—~~exclamó~~ Nicolás, descompuesto, trémulo y no sabiendo si amenazar con los puños ó simplemente con las palabras, —yo te digo que eres un chisgaravís.

—¿Qué alboroto es este?—~~exclamó~~ doña Lupe entrando á poner paz.—Vaya con los caballeros estos. Ya les dije otra vez á los señores ojalateros, que cuando quisieran disputar ~~á gritos~~ se fueran á hacerlo á la calle. En mi casa no quiero escándalos.

hé la manta á la cabeza, y

L

tios de Judas.

Goiri,

tarde sale el redaño de un cura á ver la puesta del sol.

la sotanas

ido,

Sulfurándose.

?

agregó

gritó

por alto

Ha

el canuto

engarza-rosarios

... esta es la cosa.

á

!

Sup.º

46

—Es que con este no se puede discutir...—dijo Nicolás, que casi no podía respirar de tan sofocado como estaba.

Juan Pablo no decía nada, y siguió vistiéndose, volviendo ~~desdeñosamente~~ la espalda á su hermano.

"¡Vaya un genio que has echado!—le dijo doña Lupe, sin que él la mirara.—Podías considerar que tu hermano es sacerdote... y sobre todo, no vengas echándotela de plancheta. Porque si te salió mal el pase á ~~los carcundas~~ y has tenido que volverte con las manos en la cabeza, ¿que culpa tenemos los demás?

Juan Pablo no se dignó contestar. Doña Lupe cogió por un brazo al cura y se lo llevó consigo temerosa de que se enzarzaran otra vez. ~~"Sí, vámonos de aquí—murmuró Nicolás en el pasillo, porque no tiene uno paciencia ya."~~

En el comedor estaba Maximiliano sentado ya para almorzar. Había oído la reyerta sin ~~alterarse en lo más mínimo~~. Allá ellos. A Nicolás no le quitó su excitación el apetito, pues ninguna turbación del ánimo, por grande que fuera, le podía privar de ~~la~~ más característica manifestación ~~de su personalidad~~. Los tres oyeron gritos en la calle, y doña Lupe puso atención, creyendo que era un *extraordinario* de periódico, anunciando triunfos del ejército liberal sobre los carlistas. En aquellos días del año 1874, menudeaban ~~en la calle~~ los suplementos de periódico, manteniendo al vecindario en continua ansiedad.

"Papitos—dijo ~~doña Lupe~~,—toma dos cuartos y bájate á comprar el *extraordinario de la Gaceta*. Vereis como habla de alguna buena tollina que ~~les~~ han dado á los ~~señores carcas~~.

Nicolás que tenía un oído sutilísimo, después de callar un rato y hacer callar á todos, dijo:

"Pero, tía, no sea usted chiflada. Si no hay tal pregón de *extraordinario*. Lo que dice la voz, claramente se oye... *El freseeeero... fresa.*

—Puede que sea ~~...~~—replicó doña Lupe, guardando su portamonedas más pronto que la vista.—Pero está tan verde, que ~~no hay quien la pase~~...

—Todo sea por Dios—se dejó decir Nicolás suspirando, ~~y luégo, para que se creyera que aludía á la reyerta con su hermano, añadió—se le ha puesto el genio tan vidrioso que no hay forma de entenderse con él.~~

bruto

la infame faccion,

seguido

dársele una higa de lo que resultara.

su

orgánica.

la señora

tersos.

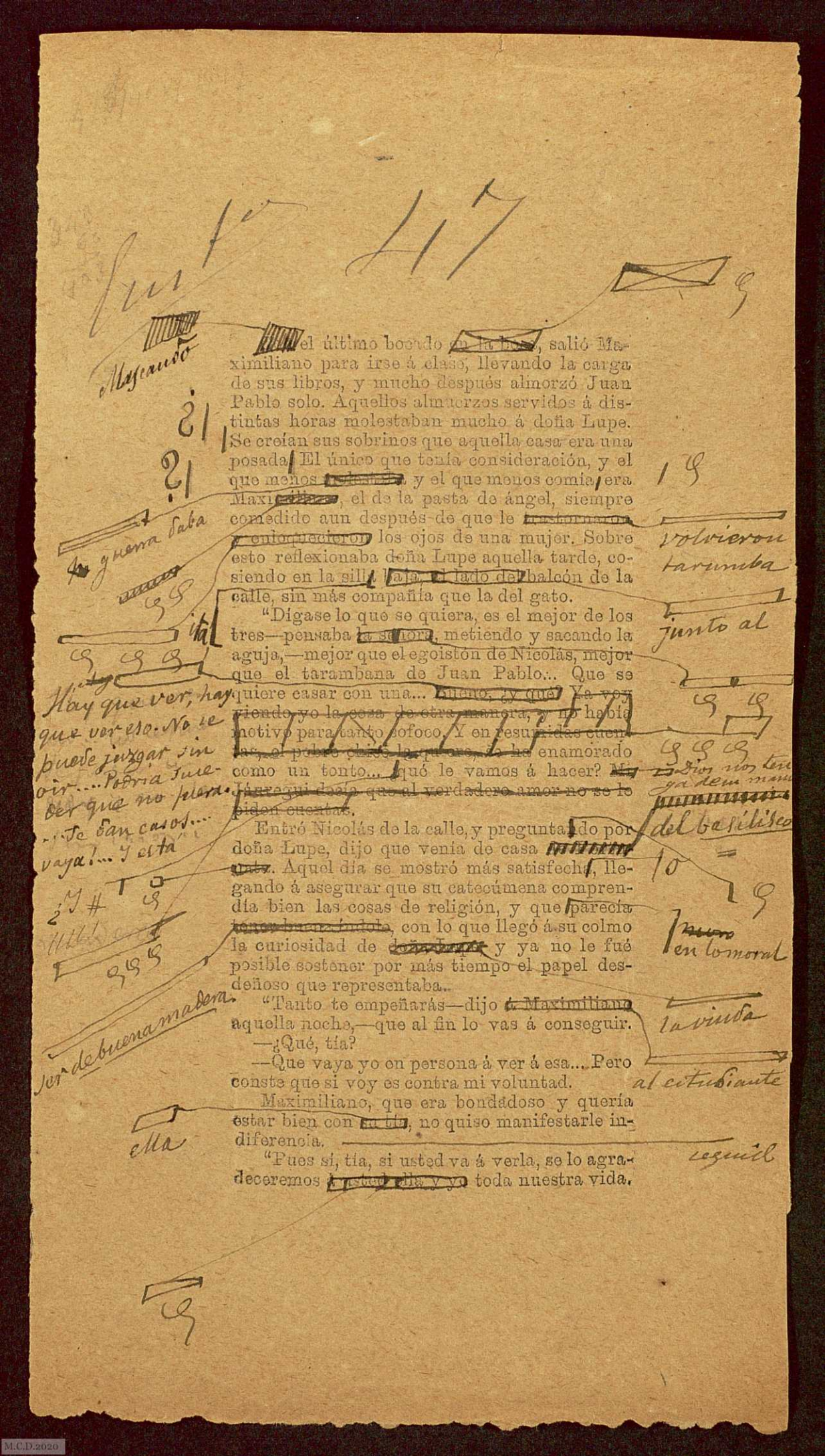
seguido

es un puro vinagre.

así

seguido

Peor la pasó Jesus, que pidió agua y le dieron hiel.



Cuf° 47

[redacted] el último bocado [redacted], salió Maximiliano para irse á clase, llevando la carga de sus libros, y mucho después almorzó Juan Pablo solo. Aquellos almuerzos servidos á distintas horas molestaban mucho á doña Lupe. Se creían sus sobrinos que aquella casa era una posada. El único que tenía consideración, y el que menos [redacted] y el que menos comía, era Maxi[redacted], el de la pasta de ángel, siempre comedido aun después de que le [redacted] los ojos de una mujer. Sobre esto reflexionaba doña Lupe aquella tarde, cosiendo en la sill[redacted] balcón de la calle, sin más compañía que la del gato.

"Dígase lo que se quiera, es el mejor de los tres—pensaba [redacted], metiendo y sacando la aguja,—mejor que el egoistón de Nicolás, mejor que el tarambana de Juan Pablo... Que se quiere casar con una... [redacted] Ya voy viendo yo la cosa de otra manera, y no había motivo para tanto sofoco. Y en resumidas cuentas, el pobre chico la quiere, se ha enamorado como un tonto... ¿qué le vamos á hacer? [redacted]

Entró Nicolás de la calle, y preguntando por doña Lupe, dijo que venía de casa [redacted]. Aquel día se mostró más satisfecha, llegando á asegurar que su catecúmena comprendía bien las cosas de religión, y que parecía [redacted], con lo que llegó á su colmo la curiosidad de [redacted] y ya no le fué posible sostener por más tiempo el papel desdeñoso que representaba.

"Tanto te empeñarás—dijo [redacted] aquella noche,—que al fin lo vas á conseguir.

—¿Qué, tía?

—Que vaya yo en persona á ver á esa... Pero conste que si voy es contra mi voluntad.

Maximiliano, que era bondadoso y quería estar bien con [redacted], no quiso manifestarle indiferencia.

"Pues sí, tía, si usted va á verla, se lo agradeceremos [redacted] toda nuestra vida.

Mascando

¿!

¿!

guerra daba

ita

Hay que ver, hay que ver eso. No se puede juzgar sin oir... Podría suceder que no fuera... Se dan casos... vaya!... Y está

¿Y #

ser de buena madera.

ella

volvieron tarumba

junto al

Dios nos tenga de su mano

del basilisco

en lo moral

la viuda

al estudiante

seguid

—Ninguna falta me hacen vuestros agradecimientos, si voy allá, si es que me decido á ir, que todavía no lo sé...

—Sí, tía.

—Que todavía no lo sé, ni voy allá digo, porque me lo agradezcais, sino por medir con mis propios ojos toda la extensión del abismo en que te quieres arrojar, y ver si hallo aún modo de apartarte de él.

—Mañana mismo, tía; yo la acompaño á usted—dijo el chico entusiasmado.—Verá usted mi abismo, y cuando lo vea, me empujará.

Y fué al día siguiente doña Lupe, [illegible] previamente una atención particular en su vestido. Quería dar golpe, y como tenía tanto dominio sobre sí y se expresaba con tanta soltura, [illegible] fácil darse mucho lustre en la visita. Así fué en efecto. Pocas veces en su vida, ni aun en los mejores días de Jáuregui, se dió doña Lupe tanto como en aquella [illegible] pues siendo Fortunata tan poco fuerte en artes sociales y hallándose tan cohibida por su situación y su mala fama, la otra se despachó á su gusto y se empingorotó hasta un extremo increíble. Trataba doña Lupe á su sobrina con urbanidad; pero guardando las distancias. Había de conocerse hasta en los menores detalles, que la visitada era una muchacha de malos antecedentes con recomendables pretensiones de [illegible], y la visitante una señora, y no una señora cualquiera, sino la señora de Jáuregui, el hombre más honrado y de más sanas costumbres que había existido en todo tiempo en Madrid ó por lo menos en Puerta Cerrada. Y su condición de señora probaba que después de haber hecho todo lo posible en la primera parte de la visita, por mostrar cierta severidad de principios, juzgó que venía bien mostrarse indulgente y bondadosa. El verdadero señorío jamás se complace en humillar á los inferiores. Doña Lupe se sintió con unas ganas tan vivas de protección con respecto á Fortunata, que no podría llevarse cuenta de los consejos que le dió y reglas de conducta que se sirvió trazarle. Es que doña Lupe se pirraba por proteger, dirigir, aconsejar y tener alguien sobre quien ejercer su dominio moral sin contemplarle.

M.C.D.2020

Una de las cosas que más gracia le hacían en Fortunata fué su timidéz para expresarse. Se le conocía en seguida que no sabía hablar como las personas finas, y tenía miedo y vergüenza de decir disparates. Esto la favorecía en opinión de doña Lupe, porque la despreocupación en el lenguaje habría sido señal de desvergüenza en la voluntad. "No se apure usted —le decía la señora, tocándole familiarmente la rodilla con su abanico— que no es posible aprender en un día á expresarse como nosotras. Eso vendrá con el tiempo y el uso y el trato. Pronunciar mal una palabra no es vergüenza para nadie, y la que no ha recibido una educación esmerada no tiene la culpa de ello... Paciencia; Maximiliano le enseñará á usted algo, y yo también lo poco que sé."

Fortunata estaba pasando las de Caín con aquella visita de *tantismo cumplimiento*, y un color se le iba y otro se le venía, y no sabía cómo contestar á las preguntas que doña Lupe le hacía, ni si reir ó ponerse seria. Lo que deseaba era que se largara pronto. Hablaron de la ida al convento, resolución que la tía de Maxi alabó mucho, esforzándose en sacar de su cabeza los conceptos más alambicados y las palabras más finas. A tal extremo llegó en esto, que Fortunata se quedó en ayunas de muchas cosas que le oyó, pero salía del apuro confirmando con movimientos de cabeza y monosílabos las admirables cosas que decía doña Lupe. Por fin llegó el instante de la despedida, que Fortunata deseaba con ansia y temía, considerándose incapáz para decir con claridad y sosiego todas aquellas fórmulas últimas y el ofrecimiento de la casa. Doña Lupe lo hizo como persona corrida en esto, y Fortunata tartamudeó y todo lo dijo al revés. Pero ya aprendería. Bien claramente se le habían fijado en la memoria las urbanidades de su presunta tía.

Maximiliano habló poco durante la visita. No hacía más que estar *al quite*, acudiendo con su palabra allí donde Fortunata se veía en peligro por la torpeza de la suya. Cuando salió doña Lupe, su sobrino creyó que debía acompañarla hasta la calle, y así lo hizo.

"Si es una bobona...—dijo doña Lupe á su sobrino;—tal para cual... Parece que la han cogido con lazo. En manos de una persona inteligente, esta mujer podría llegar á ser algo, porque no debe de tener mal fondo. Pero yo dudo que tú...

VIII

Doña Lupe era persona de buen gusto y apreció al instante la hermosura ~~de Fortunata~~, sin ponerle reparos, como es uso y costumbre en juicios de mujeres. Aun aquellas que no tienen pretensiones de belleza, se resisten á proclamar la ~~indiana~~ agena. ~~Doña Lupe no era así~~ y reconocía el mérito ~~donde quiera que se encontrase~~. "Es bonita de veras — decía para sí camino de su casa, —lo que se llama bonita. Pero es una salvaje que necesita que la domestiquen ~~y la pulimenten~~. Los deseos de aprender que Fortunata manifestaba agradaron ~~á doña Lupe, que~~ sintió se agitaban en su alma con pruritos de ejercitarse sus dotes de maestra, de consejera, de protectora y jefe de familia. Tenía doña Lupe la aptitud y la vanidad educativas, y para ella no había mayor gloria que tener alguien sobre quién ejercer autoridad ~~diligente y directora~~. Maxi y Papitos eran al mismo tiempo hijos y alumnos, porque ~~doña Lupe~~ se hacía siempre querer de los seres inferiores á quienes educaba. El mismo Jáuregui había sido también, al decir de la gente, tan discípulo como marido, porque doña Lupe había conseguido muchos triunfos sobre el carácter rudo y las maneras toscas del antiguo alabardero.

Volvió, pues, á su casa la tía de Maximiliano revolviendo en su mente planes soberbios. La pasión de domesticar se despertaba en ella delante de aquel magnífico animal que estaba pidiendo una mano hábil que lo ~~amansase~~. Y véase aquí cómo á impulsos de distintas pasiones, tía y sobrino vinieron á coincidir en sus ~~deseos~~; véase cómo ~~doña Lupe~~ concluyó por mirar con ojos benévolos á la misma persona de quien había dicho tantas perrerías. Mucho agradecía esto ~~Maximiliano~~, y juzgando por sí mismo, creía que la benevolencia de doña Lupe se derivaba de un afecto, cuando en ~~realidad~~ provenía de esa imperiosa necesidad que sienten los humanos de ejercitar y ~~desarrollar~~ toda facultad grande que poseen. Por esto ~~doña Lupe~~ no cesaba de pensar en el gran partido que podía sacar de Fortunata, desbastándola y puliéndola hasta tallarla en señora, ó imaginaba una victoria semejante á la que Maximiliano pretendía alcanzar. La cosa no ~~debía ser~~ fácil, porque el animal debía de tener muchos resabios; pero mientras más grande fueran las dificultades, más se luciría la maestra. De repente le entraban á la señora de Jáuregui recelos, y decía: "Si no puede ser, si es mucha mujer para ~~Maximiliano~~. Si ~~Maximiliano~~ fuera ~~un~~ hombre, él ~~con~~ cariño, y yo con lo mucho que sé, domaríamos á la fiera; pero esta moza se nos tuerce el mejor día, no hay duda de que se nos tuerce."

Media semana estuvo en esta lucha, ya queriendo ceder para ejercer de maestra, ya perseverando en sus primitivos temores é inclinándose á no intervenir para nada. [illegible] en su conciencia y apenas lo dejaba traslucir en lo que hablaba con su soltera; pero con las amigas tenía que representar otros papeles que el decoro de la familia exigía. Doña Lupe era vanidosa fuera de casa, y no gustaba nunca de aparecer en [illegible] situación desairada ó ridícula. Cuidaba mucho de ponerse siempre muy alta, para lo cual tenía que exagerar y embellecer todo lo que la rodeaba. Era de esas personas que siempre alaban desmedidamente las cosas propias. Todo lo suyo era siempre bueno. Su casa era la mejor de la calle, su calle la mejor del barrio, y su barrio el mejor de la villa. Cuando se mudaba de domicilio, esta supremacía domiciliaria iba con ella á donde quiera que fuese. Si algo desairado ó ridículo le ocurría, lo guardaba en secreto; pero si era cosa lisonjera, la publicaba poco menos que con repiques. Por esto cuando se corrió entre las familias amigas que [illegible] se quería casar con una [illegible], no sabía doña Lupe cómo arreglarse para quedar bien. Dificilillo de componer era aquello, y no bastaba todo su talento á convertir en [illegible], como otras veces había hecho.

Varias noches estuvo en la tertulia de las de la Caña completamente [illegible], y sin saber por dónde tirar [illegible]. Pero desde el día en que vió á Fortunata, se [illegible] creyendo haber encontrado un punto de apoyo para levantar de nuevo el mundo abatido de su optimismo. ¿En qué creeréis que se fundó para [illegible] de nuevo volver á tomar aquellos aires de persona superior á todos los sucesos? Pues en la hermosura de Fortunata. Por mucho que se figuraran de la belleza de aquella mujer, no tendrían idea de la realidad. En fin, que [illegible] había visto mujeres guapas, pero como aquélla ninguna. Era una divinidad en toda la extensión de la palabra.

Pasmadas estaban las amigas oyéndola, y aprovechó doña Lupe este asombro para acudir con el siguiente [illegible] estratégico: "Y en cuanto á lo de su mala vida, hay mucho que hablar... No es tanto como se ha dicho. Yo no atrevo á asegurar que es muchísimo menos,

Preguntada por las condiciones morales y de carácter de la divinidad, hizo muchas salvedades, distingos y componendas, todo con intención de lucirse como conocedora de las flaquezas humanas. "Eso no lo puedo decir... No he hablado con ella más que una vez. Me ha parecido humilde, de un carácter apocado, de esos que son fáciles de dominar, por quien pueda y sepa hacerlo.„ Hablando luégo de que la metían en las Micaelas, todas las presentes aplaudieron esta resolución, y doña Lupe se fortaleció más en su vanidad, diciendo que había sido idea suya, y condición que puso para transigir, pues después de una larga cuarentena y expurgación religiosa, podía ser admitida en la familia, porque las cosas no se podían llevar á punto de lanza, y eso de romper con Maximiliano y cerrarle la puerta, muy pronto se dice; pero hacerlo ya es otra cosa.

Sobre este particular hubo distintos pareceres. Doña Dafne defendía la tesis de intolerancia, y doña Lupe la de la necesidad de transigir en todos los asuntos de familia, quedando ésta victoriosa (al decir de D. Basilio Andrés de la Caña, que presente estaba) por la viveza de los argumentos y la energía de la decisión. Pocas mujeres había que le alzaran el gallo á doña Lupe en [illegible] contiendas sobre problemas de la vida. Y si no convencer á sus contrincantes, lograba lo que principalmente pretendía, que era rodearse otra vez de su aureola [illegible] y tomar la actitud [illegible] de persona á quien no le pasa ni le puede pasar nada malo.

Entre tanto, acercábase el día designado para llevar [illegible] á las Micaelas. Nicolás Rubín había hablado al capellán, su compañero de Seminario, el cual habló á la superiora, que era una dama ilustre, amiga íntima y pariente lejana de Guillermina Pacheco. Acordada la admisión en los términos que marca el reglamento de la casa, sólo se esperaba para realizarla á que pasasen los días de Semana Santa. El Jueves salieron Fortunata y Maxi á andar algunas estaciones, y el Viernes muy tempranito fueron á la Cara de Dios, dándose después un largo paseo por San Bernardino. Fortunata estaba muy entusiasmada con la religión, y quería que su amante le explicase lo que significa el Jueves Santo y el Monu-

mento, las Tinieblas, el Cirio Pascual y demás símbolos. Maxi salía del paso con dificultad por no estar muy fuerte en estas teologías; pero allá se las arreglaba de cualquier modo, poniendo á los huecos de su ignorancia los remiendos de su inventiva. La religión que él sentía en aquella crisis de su alma era demasiado alta y no podía inspirarle verdadero interés por ningún culto; pero bien se le alcanzaba que la inteligencia de Fortunata no podía remontarse más arriba del punto á donde alcanzan las torres de las iglesias católicas. Él sí; él iba lejos, muy lejos, llevado, [illegible] sentimiento más que de la reflexión, y aunque no tenía base de estudios en qué apoyarse, pensaba en las causas que ordenan todas las cosas ó imprimen al mundo físico como al mundo moral movimiento solemne, regular y matemático. "Todo lo que debe pasar, pasa—decía él,—y todo lo que debe ser, es.„ Le había entrado fe ciega en la acción directa de la Providencia sobre el mecanismo funcionante de la vida [illegible]. La Providencia hacía, no sólo la historia pública, sino también la privada. Por debajo de esto, ¿qué significaban los símbolos? Nada. Pero no quería quitarle á Fortunata su ilusión de las imágenes, del *gori gori* y de las teatrales que se ven en las iglesias, porque ya se ve... la pobrecilla no tenía su inteligencia cultivada para comprender ciertas cosas, y convenía conservarla durante cierto tiempo á fuer de [illegible] sujeta á observación en aquel orden de ideas relativamente bajo, que viene á ser algo así como sanitarismo moral ó de policía religiosa.

Procuró Maximiliano satisfacer todas las dudas de ella. Y le gustaba que se explayase con las cosas de convento. El entusiasmo que sentía era como los encantos de una moda que empieza. Iban, pues, los dos amantes, como he dicho, por aquellos altozanos de Vallehermoso, ya entre tejares, ya por veredas trazadas en un campo de cebada, y al fin se cansaron de tanto paliqui religioso. A Rubín se le acabó su saber de liturgia, y á Fortunata le empezaba á molestar un pié, á causa de la apretura de una bota. El calzado estrecho es un gran suplicio, y toda la molestia física corta los vuelos de la mente. Habían pasado por junto á los cementerios del Norte, luégo hicieron alto en los depósitos de agua, y Fortunata se sentó en un sillar y se quitó la bota. Maximiliano le hizo notar lo bien que lucía desde allí el apretado caserío de Madrid con tanta cúpula y detrás un horizonte que parecía el mar. Fortunata, á quien no le dolía el pié después de descalzado, dijo que en efecto era aquello muy bonito. Después, hacia el lado del Septentrión una masa de ladrillo rojo, parte en construcción, y le dijo que aquel era el convento de las Micaelas donde ella iba á entrar. Pareciéronle á Fortunata bonitos el edificio y su situación, y expresó el deseo de entrar pronto, aquel mismo día si era posible. Asaltó entonces el pensamiento de Rubín una idea triste. Bueno era lo bueno, pero no lo desahuciado. Tanta piedad podía llegar á ser una desgracia para él, porque si Fortunata se entusiasmaba mucho con la religión y se volvía santa de veras, y no quería más cuentas con el mundo, sino quedarse allí encerradita adorando la Custodia durante todo el resto de sus días... ¡Oh! la idea sofocó tanto al enamorado joven, que se puso rojo. Y bien podía suceder, porque muchas que entraban allí cargadas de pecados, se corregían de tal modo y se daban con tanta gana á la penitencia, que no querían salir más, y hablarles de casarse era como hablarles del demonio... Pero no, Fortunata no sería así; no tenía ella cara de volverse santa *en toda la extensión de la palabra*, como diría doña Lupe. Si lo fuera, Maximiliano se moriría de pena, se volvería entonces ateo, para protestar con el lenguaje de la impiedad contra tan gran desafuero.

No manifestó estos temores á Fortunata, que estaba con un pié calzado y otro descalzo, mirando atentamente las idas y venidas de una procesión de hormigas. Unicamente dijo Maximiliano á su futura esposa: "Tiempo tienes de entrar...

No conviene tampoco que te dé muy fuerte.

Era preciso seguir. Volvió á ponerse la bota y... ¡ay! ¡qué dolor! lo malo era que aquel día, Viernes Santo, no había coches, y no era posible volver á la casa de otra manera que á pié.

"Nos hemos alejado mucho—dijo Maximiliano ofreciéndole su brazo.—Apóyate y así no cojearás tanto... ¿Sabes lo que pareces así, llevada á remolque?... pues una embarazada fuera de cuenta, que ya no puede dar un paso y yo parezco el marido que pronto va á ser padre." No pudo menos de hacerla reir esta idea, y recordando que la noche anterior Maximiliano en las efusiones de su cariño, había hablado algo de sucesión, dijo para sí: "De eso sí que estás tú libre."

Atravesaron varias calles de Chamberí, pasaron por la de Raimundo Lulio, donde él vivía, y Fortunata vió la casa por fuera, pasmándose de lo silenciosos que son aquellos barrios. Dijo Maximiliano que en Chamberí habían de vivir después de casados, y Fortunata opinó que aquello era lo mismo que un pueblo. Descansando á trechos, siempre que encontraba donde sentarse, y andando por etapas, del brazo y con movimientos tan uniformes, que él parecía ser el que cojeaba, llegaron á la calle de Pelayo.

El lunes siguiente fué conducida Fortunata á las Micaelas.

V

Las Micaelas por fuera.

I

Hay en Madrid tres conventos destinados á la corrección de mujeres. Dos de ellos están en la población antigua, uno en la ampliación del Norte, que es la zona predilecta de los nuevos institutos religiosos, y de las comunidades expulsadas del centro por la incautación revolucionaria de sus históricas casas. En esta faja Norte son tantos los edificios religiosos que casi no se aciertan á contar. Los hay para monjas reclusas y para las religiosas que viven en comunicación con el mundo y en batalla abierta con la miseria humana; en estas órdenes modernas derivadas de la de San Vicente de Paul, y cuya austeridad consiste en recoger ancianos, asistir enfermos ó educar niños. Como por encanto hemos visto levantarse en aquella zona grandes moles de ladrillo, de dudoso valer arquitectónico, que manifiestan cuán positiva es aún la

propaganda religiosa, y qué resultados tan [illegible] se obtienen del ahorro espiritual, ó sea de la limosna, bien cultivada y dirigida. Las *Hermanitas de los Pobres*, las *Siervas de María* y otras, tan apreciadas en Madrid por los positivos auxilios que prestan al vecindario, han labrado en esta zona sus casas con la prontitud de las obras de contrata. De institutos para clérigos sólo hay uno, por cierto muy grande. Las Salesas Reales, expulsadas del convento que les hizo doña Bárbara, tienen también domicilio nuevo, y otras monjas históricas, las que recogieron y guardaron los huesos de D. Pedro el Cruel, acampan allá sobre las alturas del Norte del barrio de Salamanca.

La planicie de Chamberí desde los Pozos y Santa Bárbara hasta más allá de los Cuatro Caminos, el sitio preferido de las ordenes nuevas. Allí hemos visto levantarse el asilo de Guillermina Pacheco, la mujer constante y extraordinaria, y allí también el de las Micaelas, que se fundó en una casa particular, siendo después ampliado considerablemente. Todos estos edificios tienen cierto carácter de improvisación, y en todos combinación la baratura con la prisa, se ha empleado al descubierto, con ciertos aires mudéjares y pegotes de gótica á la francesa. Las iglesias afectan en las frágiles escayolas que las decoran interiormente, el estilo adoptado con pretensiones de elegante de la basílica de Lourdes. Hay, pues, en todos estos templos una impresión de aseo y arreglo que encanta la vista, y un deplorable gusto arquitectónico. La irrupción francesa de los [illegible] religiosos, imperando el culto del Sagrado Corazón, y esas manadas de curas de sabero salidos de Francia por la expulsión, nos han traído una cosa buena: el aseo de los lugares destinados á la piedad, y una cosa mala: la inversión del gusto en la decoración del culto. Verdad que Madrid apenas tenía elementos de defensa contra esta invasión, porque las iglesias de esta villa, además de muy sucias, son verdaderos adefesios como arte. Así es que no podemos alzar mucho el gallo. El barroquismo sin gracia de nuestras parroquias, los canceles llenos de mugre, las capillas cubiertas de horribles escayolas empolvadas y todo lo demás que constituye la vulgaridad indecorosa de los templos madrileños, no tiene que echar nada en cara á las cursilerías de esta novísima monumentalidad, también armada en yesos deleznables y con profusión de oro y pinturas al temple, recién [illegible] pero que al menos despide olor de aseo, y tiene el decoro de los sitios en que anda mucho la santidad de la escoba, del agua y el jabón.

El ~~distrito~~ que llamamos *Las Micaelas* estaba situado más arriba del de Guillermina, allá donde las rarificaciones de la población aumentan en términos de que es mucho más extenso el ~~terreno~~ baldío que el edificado. Por algunos huecos del caserío se ven horizontes ~~hermosísimos~~, tapias de cementerios coronadas de cipreses, ~~delgadas~~ chimeneas de fábricas como palmeras sin ramas, grandes extensiones de terreno mal sembrado para pasto de las burras de leche y de las cabras. Las casas son bajas, como las de los pueblos, y hay algunas de corredor, con habitaciones numeradas, que se ven por la medianería, ostentando el letrero que dice: *Se alquilan cuartos*. El edificio, una casa particular, á la que se le ha agregado un ala interior costeando dos lados de la huerta, en forma de medio cláustro, y á la sazón se le estaba agregando por el lado opuesto la iglesia, que era amplia, del estilo de moda, ladrillo sin revoco ~~claro~~ á lo mudéjar y ~~zolpes~~ de cantería de Novelda labrados en ojival constructivo. Tenía su pórtico de haces de columnitas románicas, su rosetón calado y su poco de torre para campanas, terminada en chapitel de pizarra. Como la iglesia ~~no~~ estaba aún ~~concluida~~, el culto se celebraba en la capilla provisional, que era una gran crujía baja, á la izquierda de la puerta ~~principal~~.

En el arreglo de esta crujía para convertirla en templo interino, manifestábase el buen deseo, la ~~limpieza~~ y la ingenuidad de las excelentes señoras que componían la comunidad. Las paredes estaban estucadas, como las de nuestras alcobas, porque este es un género de decoración barato en Madrid y sumamente favorable á la limpieza. En el fondo estaba el altar, que era, ya se sabe, blanco y oro, de un estilo tan visto y tan determinado, que parece que viene en los figurines. A derecha é izquierda, en cromos chillones de gran tamaño, los dos Sagrados Corazones, y sobre ellos se abrían dos ventanas enjutísimas, terminadas por arriba en forma ojival, con vidrios blancos, rojos y azules, combinados en rombo, como se usan en las escaleras de las casas modernas. Todo el metal del culto era de esa aleación que quiere imitar el bronce, y la abundancia de flores artificiales ó naturales, según el tiempo, daba al altar un ~~cierto~~ viso de devoción candorosa y primitiva que hacía olvidar los desafueros de la moda.

Cerca de la puerta había una reja de madera que separaba el público de las monjas, los días en que el público entraba, que eran los jueves y domingos. De la reja para adentro el piso estaba cubierto de hule, ~~como los que se usan en los comedores vulgares~~, y á los costados de lo que bien podremos llamar nave había dos

filas de sillas reclinatorias. A la derecha de la nave dos puertas, no muy grandes: la una conducía á la sacristía, la otra á la habitación que hacía de coro. De allí venían los flauteados de un harmonium tañido candorosamente en los acordes de la tónica y la dominante, y con las modulaciones más elementales; de allí venían también los exaltados acentos de las dos ó tres monjas cantoras. La música era digna de la arquitectura, y sonaba á zarzuela sentimental, á canción de las que se reparten como regalo á las suscritoras en los periódicos de modas. En esto ha venido á parar el grandioso canto eclesiástico, por el abandono de los que mandan en estas cosas y la latitud con que se vienen permitiendo novedades en culto tan severo y grandioso como el católico. En fin, la iglesia de las Micaelas y su adorno y su música enervelaban, como toda la casa, [illegible] devoción sincera, mucha fe, un gusto detestable y poco dinero.

Fortunata fué llevada á las Micaelas pocos días después de la Páscua de Resurrección. Aquel día, desde que despertó, se le puso á Maxi la obstrucción en el pecho y á más una pena debajo, como si tuviera entre pecho y espalda atravesado un palo. Molestia semejante sentía en los días de exámenes, pero no con tanta intensidad. Fortunata parecía contenta y deseaba que la hora llegase pronto para abreviar aquella espectación y perplejidad en que los dos amantes estaban, sin saber qué decirse. A ella por lo menos no se le ocurría nada que decirle, y aunque á él se le pasaban por el magín muchas cosas, tenía cierta aversión innata á lo teatral, y no gustaba de hablar gordo en ciertas ocasiones. Fortunata experimentaba también un deseo muy vivo, mezclado de curiosidad, de verse dentro del recinto en que se había de consumar su regeneración. Si ha de decirse verdad, Natividad inspiraba aquel día un sentimiento de cariño dulce y sosegado, con su poquillo de lástima. Y él buscaba pretextos para dar á la conversación un tono familiar y ordinario, hablando del tiempo ó recomendando á su amiga que tuviese cuidado de no olvidar alguna importante prenda de ropa. Nicolás, que estaba presente, no habría permitido tampoco ternezas ni boberías de amor, y ayudaba á recoger y agrupar todas las cosas que habían de llevarse, añadiendo observaciones tan prácticas como esta: "Ya sabe usted que ni perfumes ni joyas ni ringorrangos de ninguna clase entran en aquella casa. Todo el bagaje mundano se arroja á la puerta." Esto no era más que ganas de hablar, porque bien se veía que Fortunata no llevaba nada de aquellas cosas vistosas.

58 1/2

Maximiliano fué en busca del mozo que debía llevar el baul, y cuando éste vino, Fortunata estaba ya dispuesta, con su mantón y su velo, vestida con la mayor sencilléz. Parecía que iban á la estación á tomar el tren. Maximiliano miró diferentes veces su reloj sin enterarse de la hora. Nicolás, que estaba más sereno, miró el suyo y dijo que era tarde. Bajaron los tres, y fueron pausadamente y sin hablar hacia la calle de Hortaleza á tomar un coche simón. Maximiliano se instaló con no poco trabajo en la bigotera, porque las faldas de su futura esposa y los hábitos del cura estorbaban lo que no es decible la entrada y la salida; y si el trayecto fuera más largo, el martirio de aquellas seis piernas que no sabían cómo colocarse habría sido muy grande. Fortunata miraba por la ventanilla, atraída vagamente y sin interés su atención por la gente que pasaba. Parecía que miraba hacia fuera por no mirar hacia dentro, y Maximiliano la miraba á ella sin pestañear, mientras el clérigo procuraba en vano animar la conversación con algunas cuchufletas bien poco ingeniosas acerca de una riña de mujeres que presenciaron más allá del Saladero.

Llegaron por fin al convento. Maximiliano había mirado diferentes veces su reloj; pero sin enterarse de la hora. Por el reloj de Nicolás se supo que eran las nueve. En la puerta había dos ó tres mendigas viejas, que pidieron limosna, y á Maximiliano le faltó tiempo para dársela. Le amargaba extraordinariamente la boca, y cuando hablaba, la voz atribulada salía con interrupciones y pausas como la de un asmático. Su turbación le obligaba á refugiarse en los temas vulgares... "¡Vaya que son pesados estos pobres!... Parece que hay misa, porque se oye la campanilla de alzar... Es bonita la casa, y alegre, sí señor, alegre."

Entraron en una sala que hay á la derecha, en el lado opuesto á la capilla. En dicha sala recibían las visitas las monjas y las mitades que podían ver á las personas de su familia los jueves por la tarde, durante hora y media, y en

Cuando vino el

Instalose el joven

la ropa talar

clérigo

La neófita

Creeríase

se la comía con los ojos

presbítero

de la garganta

hi

Su

Síncopas

recogidas

á quienes se permitía ver á

6

presencia de dos madres. Adornada con sencillez rayana en pobreza, la tal sala no tenía más que algunas estampas de santos y un cuadro, uno de San José, al óleo, que parecía hecho por la misma mano que pintó el Jáuregui de la casa de doña Lupe. El piso era de baldosín, bien lavado y frotado, sin más defensa contra el frío que dos esteras de junco delante de los dos bancos que ocupaban los testeros principales. Los dichos bancos, y las sillas y un sofá de patas curvas, eran piezas diferentes, y bien se conocía que todo aquel pobre menaje provenía de donativos y limosnas de esta y la otra casa. Ni cinco minutos tuvieron que esperar, porque al punto entraron dos hermanas, que ya estaban avisadas, y casi pisándoles los talones entró el capellán, un hombrón muy campechano y que de todo se reía. Llamábase D. León Pintado, y en nada correspondía la persona al nombre. Nicolás Rubín y el pasmarote tan grande y tan jovial, se abrazaron y se saludaron tuteándose. Las dos monjas dijeron á Fortunata cuatro palabras pronunciadas con dulzura. Una de ellas era joven, coloradita, cinegra, de boca agraciada y ojos que habrían sido lindísimos si no tuvieran el defecto de un marcado estrabismo. La otra era seca y de edad madura, con gafas, y daba bien claramente á entender que tenía en la casa más autoridad que su compañera. A las palabras que dijeron, impregnadas de esa cortesía dulzona que informa el estilo y el metal de voz de las comunidades modernas, iba Fortunata á contestar alguna cosa apropiada al caso; pero se cortó de tal modo que no salió de sus labios más que un *ju ju*, que las otras no entendieron ni hicieron caso de lo que pudiera significar. La sesión fué breve. Sin duda las madres Micaelas no gustaban de perder el tiempo. "Despídase usted—le dijo la seca, tomándola por un brazo. Fortunata estrechó la mano de Maximiliano y de Nicolás, sin distinguir entre los dos, y dejóse llevar. Maximiliano dió un paso, dejando solos á los dos curas que hablaban cogiéndose recíprocamente las borlas de sus man-

Rubinius vulgaris

teos, y vió desaparecer á su amada por la puerta aquella, pintada de blanco, que comunicaba la sala con el resto de la mansión. Era una puerta como otra cualquiera; pero cuando se cerró otra vez, parecióle á Maximiliano cosa diferente de todo lo que contiene el mundo en el vastísimo reino de las puertas.

II

Echó á andar hacia Madrid por el polvoriento camino del antiguo Campo de Guardias, y volviendo á mirar el reloj por un movimiento maquinal, tampoco entonces se hizo cargo de la hora que era. No se dió cuenta de que su hermano y D. León Pintado, enfrascados en una conversación interesante y parándose cada diez palabras, se habían quedado atrás. Hablaban de las oposiciones á la lectoral de Sigüenza y de los lances que habían ocurrido en ella. El capellán, como candidato derrotado, ponía de oro y azul al obispo de la diócesis y á todo el cabildo. Maximiliano, sin advertir las paradas, siguió andando hasta que se encontró en su casa. Abrióle doña Lupe la puerta y le hizo varias preguntas: "Y qué tal, ¿iba contenta? Revelaban estas interrogaciones tanto interés como curiosidad, y el joven, animado por la benevolencia que en su tía observaba, departió con ella, arrancándose á confiarle algo de las amorosas ansias que le oprimían el corazón. Tenía un presentimiento vago de no volverla á ver, no porque ella se muriese, sino porque dentro del convento y contagiada de la piedad de las monjas, se podía aficionar demasiado á las cosas divinas y enamorarse de la vida espiritual hasta el punto de no querer ya marido de carne y hueso, sino á Jesucristo, que es el esposo que á las monjas da verdadera santidad les cuadra. Esto lo expresó Maximiliano con medias palabras; pero doña Lupe sacó toda la sustancia á los conceptos, entendiendo bien lo que su sobrino pensaba. "Bien podría suceder eso—le dijo con acento de convicción, que turbó más á Maximiliano,—y no sería el primer caso de mujeres malas... quiero decir ligeras... que se han convertido en un abrir y cerrar de ojos, volviéndose tan del revés, que luégo no han tenido más remedio que canonizarlas.

Maximiliano sintió frío en el corazón. ¡Fortunata canonizada! Esta idea, y por lo muy absurda que era, le atormentó toda la mañana. "Francamente—dijo al fin, después de muchas meditaciones,—tanto como canonizar, no; pero bien podría darle por el misticismo y no querer salir más de allí, y quedarme yo. Vamos, que semejante idea le aterraba. En tal caso no tenía más remedio que volverse él místico también, dedicarse á la Iglesia y hacerse cura... ¡Jesús qué disparate! ¡Cura! ¿y para qué? De vuelta en vuelta, su mente llegó á un torbellino doloroso en el cual no tuvo ya más remedio que ahogar las ideas, para librarse del tormento que le ocasionaban. Intentó estudiar... Imposible. Ocurrióle escribir á Fortunata, diciéndole que no hiciera caso alguno de lo que le dijesen los [illegible] la vida espiritual, á la gracia y demás cosas místicas... Otro disparate. Por fin se fué calmando, y la razón se fué clareando un poco tras aquellas nieblas.

Las once serían ya, cuando desde su cuarto sintió un grande altercado entre doña Lupe y Papitos. El motivo de aquella doméstica trifulca fué que á Nicolás Rubín se le ocurrió la idea [illegible] de convidar á almorzar á su amigo el padre Pintado, y no fué lo peor que se le ocurriera, sino que se apresuró á ejecutarla con aquella frescura clerical que en tan alto grado tenía, metiendo á su camarada por las puertas de la casa sin ocuparse para nada de si en ésta había los bastimentos necesarios para dos bocas de tal naturaleza.

Doña Lupe que tal vió y oyó, no pudo decir nada por estar el otro clérigo delante; pero tenía la sangre requemada. Su orgullo no le permitía desprestigiar la casa, poniéndoles un [illegible]; y [illegible] decía para su sayo cosas que habrían hecho saltar á toda la curia eclesiástica. "No sé lo que se figura este [illegible]... cree que mi casa es la posada del Peine. Después que él me come un codo, trae á un amigazo para que me coma el otro. Y por las trazas, debe tener buen diente y un estómago como las galerías del Depósito de Aguas. ¡Ay, Dios mío! ¡qué egoistas son estos curas...! Lo que yo debía hacer era ponerle la cuentecita, y entonces... ¡ah! entonces sí que no se volvía á descolgar con convidados, porque es *Alejandro en mano* y no le gusta ser rumboso sino con dinero ageno.

El volcán que rugía en el pecho de la señora de Jáuregui no podía arrojar su lava sino sobre la infelíz Papitos, que para esto [illegible]

mente estaba. Había empezado la chiquilla aquel día por hacer muy bien las cosas; pero la riñó doña Lupe tan sin razón, que... ¡demonio de chica! bien fuera por aturdimiento, bien por el despecho que la injusticia le causaba, todo lo hacía al revés; si le mandaban quitar agua de un puchero, echaba más. En vez de picar cebolla, machacaba ajos; la mandaron á la tienda por una lata de sardinas, y trajo la vinientos; rompió una escudilla, y tantos disparates hizo, que doña Lupe por poco le aporrea el cráneo con la mano del almiréz. "De esto tengo la culpa yo, grandísima bestia, por empeñarme en domar acémilas y en hacer de ellas personas... Hoy te vas á tu casa, á la choza del muladar de Cuatro Caminos donde estabas, entre cerdos y gallinas, que es la sociedad que te cuadra...„ Y por aquí seguía la retahila... ¡Pobre Papitos! Suspiraba y le rodaban las lágrimas por la cara abajo. Había llegado ya á tal punto de azoramiento, que no daba pié con bola.

Entre tanto los dos curas estaban en la sala, fumando cigarrillos, las canalejas sobre sillas, cómodamente espatarrados ambos en los dos sillones principales, y hablando sin cesar del mismo tema de las oposiciones de Sigüenza. La culpa de todo la tenía el deán, que era un trasto y quería la lectoral á todo trance para su sobrinito. ¡Valientes estaban tío y sobrino! Este había hecho discursos racionalistas, y cuando la *Gloriosa* daba dados vivas á Topete y á Prim en una reunión de progresistones. Doña Lupe entró allí haciendo violentísimas contorsiones con los músculos de su cara para poder brindarles con una sonrisa en el momento de decir que ya podían pasar... que tendrían que dispensar muchas faltas, y que iban á hacer penitencia.

Y mientras se sentaban, miraba con terror al amigo de su sobrino, que era lo mismo que un buey puesto en dos pies, y pensaba que si el apetito correspondía al volumen, todo lo que en la mesa había no bastaría para llenar aquella inmensa tripa. Felizmente, Maximiliano estaba sin gana, que apenas probó bocado, y doña Lupe se declaró también inapetente, y de este modo se fué resolviendo el problema y no hubo conflicto que lamentar. El padre Pintado, á pesar de ser tan proceroso, no era hombre de mucho comer y amenizó la reunión contando otra vez... las oposiciones de Sigüenza. Doña Lupe, por cortesía, afirmaba que era una barbaridad que no le hubieran dado á él la lectoral. Maximiliano, estaba ya hasta la corona de lectoral, del deán y del zagalote de su hermano.

La ira de la señora de Jáuregui no se calmó con el feliz éxito del almuerzo... y siguió machacando sobre la falta Papitos. Esta, que también tenía su genio, hervía interiormente en despecho y deseos de venganza. "Miren la tía bruja—decía para sí, bebiéndose las lágrimas,—con su teta menos... mejor tuviera vergüenza de ponerse la teta de trapo para que vea la gente que tiene las dos de verdad." Por la tarde, cuando la señora salió encargándole que limpiara su ropa, ocurrióle á Papitos tomar de su ama una venganza terrible; pero una de esas venganzas que dejan eterna memoria. Se le ocurrió poner, colgado en el balcón, el cuerpo de vestido que pegado tenía aquel aditamento con que doña Lupe engañaba al público. La malicia de Papitos imaginaba que puesto en el balcón el testimonio de la mutilación de su señora, la gente que pasase lo había de ver y se había de reir mucho. Pero no pasaron de esta manera las cosas, porque ningún transeunte se fijó en el pecho postizo, que era lo mismo que una vejiga de manteca; y al fin Papitos se apresuró á quitarlo, porque discurrió con buen acuerdo que si doña Lupe al entrar veía colgado del balcón aquel acusador de su falta, se había de poner hecha una fiera y se lo comería seguramente.

III

A la mañana siguiente Maximiliano encaminó sus pasos al convento, no por entrar, que esto era imposible, sino por ver aquellas paredes tras de las cuales moraba lo que más quería. La mañana estaba deliciosa, el cielo despejadísimo, los árboles del paseo de Santa Engracia empezaban á echar la hoja. De los Cuatro Caminos venían en bandadas los albañiles para dirigirse á las obras de tanta y tanta casa como en Madrid se construía por entonces, porque el dinero, asustado de las especulaciones bursátiles, buscaba renta segura, aunque pequeña, en la propiedad urbana. Maximiliano se detuvo gran rato frente á las Micaelas, mirando la obra de la nueva iglesia que llegaba ya á la mitad de las ojivas de la nave principal. Alejándose hasta más allá de la acera de enfrente, y subiendo á unos montones de tierra endurecida, se veía, por encima de la iglesia en construcción, un largo corredor del convento, y aun se podían distinguir las cabezas de las monjas ó

M.C.D.2020

64

recogidas que por él andaban. Pero como la obra avanzaba rápidamente, cada día se veía menos. Maximiliano observó en los días siguientes que cada hilada de ladrillos iba tapando discretamente aquella interesante parte de la interioridad monjil, como la ropa que se extiende para velar las carnes descubiertas. Llegó un día en que sólo se veían las zapatas de los maderos que sostenían el techo del corredor, y al fin la masa de ladrillos lo cubrió todo, no quedando fuera más que las chimeneas, y aun para columbrar éstas era preciso tomar la visual desde muy lejos.

Recorrió el joven las inmediaciones del edificio, mas por ninguna parte se veía nada. Por la parte del Norte había un terreno mal sembrado de cebada. Hacia aquel egido, en el cual había un poste con letrero anunciando venta de solares, caían las tapias de la huerta del convento, que eran muy altas. Por encima de ellas asomaban las copas de dos ó tres sóforas y de un castaño de Indias. Pero lo más visible y lo que más cautivaba la atención del desconsolado muchacho era un motor de viento, sistema Parson, para noria, que se destacaba sobre altísimo aparato á mayor altura que los tejados del convento y de las casas próximas. El inmenso disco, parecido á una sombrilla japonesa á la cual se hubiera quitado la convexidad, daba vueltas sobre su eje pausada ó rápidamente, según la fuerza del viento. La primera vez que Maximiliano lo observó, moviase el disco con majestuosa lentitud, y era tan hermoso de ver con su coraza de tablitas blancas y rojas, parecida á un plumaje, que tuvo fijos en él los ojos un buen cuarto de hora. Poniéndose cerca de la tapia, oíase á ciertas horas rumor como de voces de mujeres, pero sin distinguir claramente ningún vocablo. Por el Sur la huerta lindaba con la medianería de una fábrica de tintas de imprimir, y por el Este con una tejavana perteneciente al inmediato taller de cantería, donde se trabajaba bastante. Así como los ojos de Maximiliano miraban con inexplicable simpatía el disco de la noria, su oído estaba preso, por decirlo así, en la continua y siempre igual música de los canteros, golpeando con sus escoplos la dura piedra. Detrás de esta tocata reinaba el augusto silencio del campo, como la inmensidad del cielo detrás de un grupo de estrellas.

meter esto

berroqueña. Creeríase que grababan en lápidas la leyenda que el corazón de un inconsolable poeta les iba dictando

65

Unique

~~Maximiliano~~ se paseaba por aquellos andurriales, sin perder de vista el convento; iba y venía por las veredas que el paso traza en los ~~mal surcados y peor sembrados~~ terrenos y á ratos ~~se sentaba~~ al sol, cuando éste no picaba mucho. Montones de estiércol y paja rompían la uniformidad del suelo; aquí y allí ~~edificios de rojo ladrillo~~, casas que intentaban rodearse de un jardinillo sin poderlo conseguir; ~~á lo lejos~~ tejares y las casetas plomizas de los vigilantes de consumos, y en todo lo que la vista abarcaba un sentimiento profundísimo de soledad. ~~Precisamente lo que más le gustaba al triste joven era esta soledad muda, sólo turbada por~~ algún perro ~~filósofo que á lo mejor aparecía por allí, y pasaba~~ sin quitar la vista del suelo ~~siguiendo su camino~~. A veces el joven volvía al camino real y se dejaba ir un buen trecho hacia el Norte; pero no tenía ~~mucho gusto en~~ ver gente y se echaba fuera, metiéndose otra vez por el campo hasta divisar las arcadas del acueducto del Lozoya. La vista de la sierra lejana sorprendía su atención y le encantaba un momento, pero muy luégo volvía los ojos al Sur y buscaba los andamiajes y la mole de las Micaelas que se confundía con las casas más excéntricas de Chamberí ~~y con otras construcciones rojas circunvecinas~~.

Todas las mañanas antes de ir á clase, hacía Rubín esta excursión al campo de sus ilusiones. Era como ir á misa para el hombre devoto, ó como visitar el cementerio donde yacen los restos de la persona querida. Desde que pasaba de la iglesia de Chamberí veía el disco ~~del motor de viento~~, y ya no le quitaba los ojos hasta llegar próximo á él. Cuando el motor daba sus vueltas con celeridad, el enamorado, sin saber por qué y obedeciendo á un impulso de su sangre, avivaba el paso. No sabía explicarse por qué oculta relación de las cosas la velocidad ~~del disco~~ le decía: "apresúrate, ven, que hay novedades." Pero luégo llegaba y no había novedad ninguna, como no fuera que aquel día soplaba el viento con más fuerza. Desde la tapia de la huerta oíase el rumor blando del volteo del disco como ~~el de un inmenso abanico~~, y se sentía el crugir del mecanismo que transmite la energía del viento al vástago de la bomba. Otros días ~~miraba Rubín al disco y lo veía~~ quieto, amodorrado en brazos del aire. Sin saber por qué, ~~Maximiliano~~ se detenía un momento; pero luégo seguía andando despacio. Hubiera él lanzado al aire ~~un gran~~ soplo de sus pulmones para hacer andar la máquina. Era una tontería; pero no lo podía remediar. El estar parado el motor parecíale señal de desventura ~~ó anuncio de malas noticias. Cuando andaba parecía un rostro en cuyas facciones se imprime la ale-~~

También

matando la yerba,

á lo lejos

sentábase

tapias de ladrillo ~~[illegible]~~ de color de polvo, letreros industriales sobre taja de yeso;

espectante. Turbábala sólo

más allá

de los que, huyendo de la estricnina municipal, se pasean por allí

sabio

de

us

con aquellos brocharos de azul intensísimo y los toques de nieve;

anas

de

de la

la noria

máquina

el que hacen las cometas,

el joven

posible

el mayor

66 (May 66 1/2)

Pero lo que más preocupado traía á Maxiliano era la impresión que sacaba todos los jueves de la visita que á su futura esposa hacía. Iba siempre acompañado de Nicolás, y como además no se apartaban de la recogida las dos monjas, no había medio de expresarse con la confianza de dos personas que van á contraer matrimonio. El primer jueves, encontró á Fortunata muy contenta; el segundo, estaba pálida y algo triste. Como apenas se sonreía, faltábale aquel encanto seductor de la contracción de los labios que enloquecía á su amante. La conversación era sobre cosas de la casa, que Fortunata elogiaba mucho, encomiando los progresos que hacía en la lectura y escritura, así como el cariño que le habían tomado las señoras. Como en uno de los sucesivos jueves dijera ella algo acerca de lo que le había gustado la fiesta de Pentecostés, que era la principal del año en la comunidad, y después recayera la conversación sobre cosas de iglesia y de culto, hablando Fortunata de todo ello con bastante calor, Maximiliano volvió á sentirse atormentado por la idea aquella de que su querida se iba á volver mística y á enamorarse real y verdaderamente de un rival tan temible como Jesucristo. Se le ocurrían cosas tan extravagantes como aprovechar los pocos momentos de distracción de las madres, para secretearse con su amada y decirle que no creyera en aquello de la Pentecostés [illegible] figuración alegórica, nada más, porque no hubo ni podía haber tales lenguas de fuego ni Cristo que lo fundó, añadiendo, si podía, que la vida mística es la vida más esteril que se puede imaginar, aun como preparación para la inmortalidad, porque las luchas del mundo y los deberes de la sociedad bien cumplidos son lo que más purifica las almas y lo que mejores títulos les da para que sean bien recibidas allá, siempre y cuando sea verdad que se las recibe de alguna manera. Ocioso es añadir que nunca dijo á Fortunata ninguna de estas [illegible], no sólo porque era difícil deslizar en aquella sala, delante de las madres doctrinas tan escandalosas, sino porque al si-

distinta

tormento daba

rasgo hechicero

fué

asuntos

y jactándose del

temas

expresándose la neófita

perdida

contemplativa

ales

se guardó para sí

doctrinas escandalosas

y ennoblece

decirlas

guiente jueves encontraba á Fortunata en otra cuerda, es decir, hablando muy poco y con frialdad de cosas místicas, y haciendo tales preguntas acerca de sucesos mundanos, que bien se la podía suponer deseosa de volver al siglo.

VI

Las Micaelas por dentro

I

Cuando las dos madres aquellas, la vizca y la seca, la llevaron adentro, Fortunata estaba muy conmovida. Era aquella sensación primera de miedo y vergüenza de que se siente poseído el escolar cuando le ponen delante de sus compañeros que han de ser pronto sus amigos, pero que al verle entrar le dirigen miradas de curiosidad, hostil y burlona. Las recogidas que encontró al paso, mirábanla con tanta impertinencia, que Fortunata se puso muy colorada, y no sabía qué expresión dar á su cara. Las madres, que tantos y tan diversos rostros de pecadoras habían visto entrar allí, no parecían dar importancia á la belleza lozana de la nueva recogida. Eran como los médicos que no se espantan ya por lo mucho que han visto, de ningún horror patológico que vean entrar en las clínicas. Hubo de pasar un buen rato antes de que la joven se serenase y pudiera cambiar algunas palabras con sus compañeras de lazareto. Pero entre mujeres se rompe más pronto aún que entre colegiales ese hielo de las primeras horas de cortedad y encogimiento. Palabra tras palabra, fueron brotando las simpatías, echando el cimiento de futuras amistades.

Como ella esperaba y deseaba, pusiéronle una toca blanca; mas no había en el convento espejos en qué mirar si caía bien ó mal. Luégo le hicieron poner un vestido de lana burda y negra muy sencillo; pero ~~la toca y el hábito~~ aquellas prendas sólo eran de indispensable uso al bajar á la capilla y en las horas de rezo, y podía quitárselo en las horas de trabajo, poniéndose entonces una falda vieja de las de su propio ajuar y un cuerpo de lana también, muy honesto que ~~[illegible]~~ recibían para tales casos. ~~Desde el primer día pudo enterarse de algunas costumbres~~ de la casa, de que las comidas no eran de su gusto, sin que esto quiera decir que fuesen malas, y de otras particularidades. Las recogidas se dividían en dos clases, una llamada las *Filomenas* y otra las *Josefinas*. Constituían la primera las mujeres sujetas á corrección; la segunda componíase de niñas puestas allí por sus padres para que las educaran, y más comunmente por madrastras que no querían tenerlas á su lado. Estos dos grupos ó familias no se comunicaban en ninguna ocasión. Dicho se está que Fortunata pertenecía á la clase de las Filomenas. Observó que buena parte del tiempo se dedicaba á ejercicios religiosos, rezos por la mañana, doctrina por la tarde. Enteróse luégo de que los jueves y domingos había adoración del Sacramento, con larguísimas y entretenidas devociones, acompañadas de música. En este ejercicio y en la misa matutina, las recogidas, como las madres, entraban en la iglesia con un gran velo por la cabeza, el cual era casi tan grande como una sábana. Lo tomaban en la habitación próxima á la entrada, y al salir lo volvían á dejar después de doblarlo.

Acostumbrada la monja á levantarse á las nueve ó las diez del día, éranle penosos aquellos madrugones que en el convento se usaban. A las cinco de la mañana ya entraba Sor Antonia en los dormitorios tocando una campana que les desgarraba los oídos á las pobres durmientes. Fortunata solía estar entonces en el primer sueño, porque aún no había adquirido la costumbre de dormirse temprano. El madrugar era uno de los mejores medios de disciplina y educación empleados por las madres, y el velar á altas horas de la noche una mala costumbre que combatían con ahinco, como cosa igualmente nociva para el alma y para el cuerpo. Por esto, la monja que estaba de guardia pasaba revista á los dormitorios á diferentes horas de la noche, y como sorprendiese [illegible] de conversación ó secreteo, imponía [illegible] severos castigos.

Los trabajos eran diversos y en ocasiones rudos. Ponían las maestras especial cuidado en desbastar aquellas naturalezas enviciadas ó [illegible], mortificando las carnes y ennobleciendo los espíritus con el cansancio. Las labores delicadas, como costura y bordados, de que había taller en la casa, eran las que menos agradaban á Fortunata, que tenía poca afición á los primores de aguja y los dedos muy torpes. Más le agradaba que la mandaran lavar, brochar los pisos de baldosín, limpiar las vidrieras y otros menesteres propios de criadas de escalera abajo, porque la hacía musculosa, la excitaba y no conocía la fatiga. En cambio, como la [illegible] sentaran en una silla á trabajos de marca de ropa se aburría [illegible] bostezaba de lo lindo. También era muy de su gusto que la pusieran en la cocina á las órdenes de la hermana cocinera, y era de ver cómo fregaba ella sola todo el material de cobre y loza, mejor y más pronto que dos ó tres de las más diligentes. Tenía mucha fuerza, y su vigorosa naturaleza se templaba con el trabajo físico, adquiriendo el espíritu jovialidad y disposiciones para el bien.

Mucho vigor y vigilancia desplegaban las madres en lo tocante á relaciones entre las acogidas, ya fuesen Filomenas ya Josefinas. Eran centinelas sagaces de las amistades que se pudieran entablar y de las parejas que se formaran atraídas por la simpatía ó por la con-

~~inhibición para cualquier travesura~~. A las antiguas y ya conocidas y probadas por su sumisión, se las mandaba acompañar á las nuevas y sospechosas. Había algunas á quienes no se permitía hablar con sus compañeras sino en el corro principal. Las clases de instrucción primaria ocupaban toda la mañana, siempre con independencia de clases, y Fortunata ponía bastante aplicación en la lectura y escritura, más que por el natural gusto del saber, por la idea de que su ingreso en la sociedad decente le exigía aprender lo elemental de la cultura humana.

A pesar del rigor que las madres empleaban para impedir que las recogidas formaran parejas íntimas ó grupos, siempre había alguna infracción disimulada de esta observancia. Era imposible evitar que entre cuarenta ó cincuenta mujeres hubiese dos ó tres que se pusieran al habla, aprovechando cualquier coyuntura oportuna en los varios trabajos y ocupaciones de la casa. Un sábado por la mañana Sor Natividad, que era la superiora, por más señas la madrecita seca que recibió á Fortunata el día de su entrada, mandó á ésta que brochase los baldosines de la sala de recibir. ~~Otra recogida recibió la misma orden~~. Era Sor Natividad vizcaína, y tan celosa por el aseo del convento, que lo tenía siempre como un oro de limpio, y ~~donde veía~~ una mota, un poco de polvo ó cualquier suciedad, ya estaba desatinada y fuera de sí, y ponía el grito en el Cielo como si se tratara de una gran calamidad caída sobre el mundo, otro pecado original ó cosa así. Era un apostol ardiente de la limpieza, á la que seguía sus doctrinas la agasajaba y mimaba mucho, arrojando tremendos anatemas sobre las que prevaricaban, aunque sólo fuera venialmente, en aquel dogma cerrado del aseo. Cierto día armó un escándalo porque no habían limpiado... ¿qué creereis? las cabezas doradas de los clavos que sostenían las estampas de la sala. En cuanto á los cuadros, había que descolgarlos y limpiarlos por detrás lo mismo que por delante. "Si no teneis alma, ni un adarme de gracia de Dios—les decía,—y no os habeis de condenar por malas, sino por puercas." El sábado aquel mandó, como digo, dar cera y brochado al piso de la sala á uso vizcaíno y encargó á Fortunata y á otra compañera que se lo habían de dejar

70

lo mismo que la cara del Sol.

Era para Fortunata este trabajo no sólo fácil, sino divertido. Gustábale calzarse en el pié derecho el grueso escobillón, y arrastrando el paño con el izquierdo, andar de un lado para otro en la vasta pieza, con paso de baile ó de patinación, puesta la mano en la cintura y ejercitando ~~saludable y~~ grata gimnasia todos los músculos, hasta sudar copiosamente ~~y~~ ponerse la cara como un pavo y sentir unos dulcísimos retozos de ~~risa y~~ alegría por todo el cuerpo. La compañera que Sor Natividad dió ~~á Fortunata~~ en aquella faena era una *filomena* en cuyo rostro se había fijado ~~muchas~~ veces creyendo reconocerlo. Indudablemente había visto aquella cara en alguna parte, pero no recordaba dónde ni cuándo. Ambas se habían mirado ~~atentamente~~ ~~novidas del mismo pensamiento~~, y deseando tener una explicación; pero no se habían dirigido nunca la palabra. Lo que sí sabía Fortunata es que aquella mujer ~~era de las que más~~ daban ~~que hacer~~ á las madres, por su carácter alborotado y ~~levantisco~~. ~~Pero los arrebatos se pasaban como se pasa una borrachera ó un ataque nervioso, y después la furibunda se trocaba en la más mansa de todas.~~

en

le

la neófita,

no pocas

mucho,

como

ra

mucha guerra

desigual.

4

Desde que ~~Sor Natividad~~ las dejó solas, la otra rompió á patinar y á hablar al mismo tiempo. Parándose después ante Fortunata, le dijo: "Porque nosotras nos conocemos. A mí me llaman *Mauricia la Dura*. ¿No te acuerdas de haberme visto en casa de la Paca?

"¡Ah... sí!...—~~dijo~~ Fortunata, y cargando sobre el pié derecho, tiró para otro lado frotando el suelo con amazónica fuerza.

Mauricia la Dura representaba treinta años. ~~Fortunata se había dicho: "Yo he visto esta cara en alguna parte; y todo el que una vez la veía, decía lo mismo.~~ El rostro de Mauricia la Dura era un rostro conocido para todo el que entendiera algo de iconografía histórica, pues era el mismo, exactamente el mismo ~~que ciertas estampas nos representan a~~ Napoleón Bonaparte antes de ser primer Cónsul. Aquella mujer singularísima, bella y varonil, tenía el pelo corto, y lo llevaba siempre mal peinado y peor sujeto. Cuando se agitaba mucho trabajando, las melenas se le soltaban, y entonces la semejanza con el precóz caudillo de Italia y Egipto era perfecta. No inspiraba simpatías ~~aquella cara~~ á todos los que la veían; pero el que la veía una vez, no la olvidaba y sentía deseos de volverla á mirar. Porque ejercían ~~singularísima atracción~~ sobre el observador aquellas cejas rectas y salientes, los ojos grandes y ~~calenturientos~~, escondidos como en acecho bajo la concavidad frontal, ~~fuertemente tensada~~, mucho hueso en los pómulos, poca carne en las mejillas, la quijada robusta, la naríz romana, la boca acentuada terminando en flexiones enérgicas, y la expresión, en fin, soñadora y ~~caviloza~~. Pero en cuanto Mauricia hablaba, ~~desaparecía la~~ ilusión. Su voz era bronca, más de hombre que de mujer, y su lenguaje vulgarísimo, revelando una naturaleza desordenada, con alternativas misteriosas de depravación y ~~bondad~~.

II

Después que se reconocieron ~~estuvieron~~ un rato ~~calladas~~ trabajando ~~las dos~~ con igual ahinco. Un tanto fatigadas, se sentaron ~~un momento~~ en el suelo, y entonces Mauricia, arrastrándose hasta llegar junto á su compañera, le dijo:

"Aquel día... ¿sabes? acabadita de marchartе tú, estuvo en casa de la Paca Juanito Santa Cruz,

Fortunata la miró aterrada.

"¿Qué día?—fué lo único que dijo.

—¿No te acuerdas? El día que estuviste tú, el día en que te conocí... *Paices* boba. Yo me lié con la Visitación, que me robó un pañuelo, la muy ladrona sinvergüenza, le metí mano, y... ¡ras! le trinqué la oreja y me quedé con el pendiente en la mano partiéndole la oreja... por poco me traigo media cara. Ella me mordió un brazo, mira... todavía está aquí la señal; pero yo le dejé bien sellaito un ojo... todavía no lo ha abierto, y le saqué una tira de pellejo ¡ras! desde semejante parte, aquí por la sién... hasta la barba. Si no nos apartan, si no me coges tú á mí por la cintura, y Paca á ella, me la fumo... creételo.

—Ya me acuerdo de aquel escándalo—dijo Fortunata mirando á su compañera con miedo.

—A mí, la que me la hace, me la paga. No sé si sabes que á la Matilde, aquella silfidona rubia...

—No sé, no la conozco.

—Pues allá se me vino con unos chismes, porque yo *hablaba* entonces con el chico de Tellería, y... Pues la cogí un día, la tiré al suelo, me estuve paseando sobre ella todo el tiempo que me dió gana... y luégo, cogí una badila y del primer golpe le hice un ojal en la cabeza, del tamaño de un duro... La llevaron al hospital... dicen que por el boquete que le hice se le veían los sesos... Buen repaso le dí. Pues otro día, estando en el Modelo... verás... me dijo una tía muy pindongona y muy facha que si yo era, no sé qué, y de la primer bofetada que le alumbré fué rodando por el suelo... Nada, que tuvieron que atarme... Pues volviendo á lo que decía. Aquel día que tuve la peletera con Visitación...

Sintieron venir á Sor Natividad, y rápidamente se pusieron á brochar otra vez. La monja miró el piso, ladeando la cara como los pájaros cuando miran al suelo, y se retiró. Un rato después, las dos recogidas volvieron á reanudar su palique.

"No parecisteis más por allí. Yo le pregunté mucho después á la Paca si había vuelto por allí Santa Cruz, y me contestó: "Calla hija, si han dicho anoche aquí que está con *plumonía*..." Pobrecito, por poco no le cuenta. Estuvo si se las lía, si no se las lía... Por tí pregunté á la Feliciana un día que fuí á enseñar-

le los mantones de Manila que yo estaba corriendo, y me dijo que te ibas á casar con un boticario, sobrino de doña Lupe *la de los Pavos*... ¡Ah! chica, si doña Lupe *la de los Pavos* es lo que más conozco... Pregúntale por mí. Le he vendido más alhajas que pelos tengo en la cabeza. ¡Ah! entonces sí que estaba yo bien; pero de repente me trastorné, y caí enferma del estómago, que no podía pasar nada, y lo mismo era entrarme bocado en él ó gota de agua, que parecía que me encendían lumbre; y mi hermana Severiana, que vive en la calle de Mira el Río, me llevó á su casa, y allí me entraron unos calambres que creí que me moría, y una noche viendo que aquello no se me quitaba con nada, salí de estampía, y en la taberna me tomé tres copas de aguardiente, que era lo que me calmaba, y salí, y en medio á medio de la calle me caí al suelo, y los chiquillos se me ajuntaron á la redonda, y luégo vinieron los guindillas y me soplaron en la prevención. Severiana quiso llevarme otra vez á su casa; pero entonces una señora que conocemos, una tal doña Guillermina... la habrás oído nombrar... me cogió por su cuenta y me trajo á este *establecimiento*. La doña Guillermina es una que se ha echado mismamente á pobre, ¿sabes? y pide limosna y está haciendo un palación ahí abajo para los *huérfanos*. Mi hermana y yo nos criamos en su casa, ¡gran casa la de los señores de Pacheco! Personas muy ricas, no te creas, y mi madre era la planchadora de la casa. Por eso nos tiene tanta ley doña Guillermina, que siempre que me ve con miseria me socorre, y dice que mientras más mala sea más me ha de socorrer. Pues que quise que no, aquí me metieron... Ya me habían metido antes; pero no estuve más que una semana, porque me escapé subiéndome por la tapia de la huerta como los gatos.

Está historia, contada con tan aterradora sinceridad, impresionó mucho á la otra ~~infeliz~~ filomena. Siguieron ambas bailando á lo largo de la sala, deslizándose sobre el ya pulimentado piso, como los patinadores sobre el hielo, y Fortunata, á quien le escarbaba en el interior lo que referente á ella había dicho Mauricia la Dura, quiso aclarar un punto importante, diciéndole:

"Yo no fuí más que dos veces á casa de la Paca, y por mi gusto no hubiera ido ninguna. La necesidad, hija... Después no volví más porque me salieron relaciones con ~~una persona decente, con un hombre~~ el chico con quien me voy á casar.

Después de una pausa, durante la cual viniéronle al pensamiento muchas cosas pasadas, creyó oportuno decir algo, ~~inspirado en~~ conforme á las ideas que aquella casa imponía: "¿Y para qué me buscaba á mí ese hombre? ¿Para qué? Para perderme otra vez. Con una basta ~~y ahora que se limpien...~~

—Los hombres son muy caprichosos—dijo en tono de filosofía Mauricia la Dura,—y cuando la tienen á una á su disposición, no le hacen más caso que á un trasto viejo; pero si una habla con otro, ya el de antes quiere arrimarse ~~otra vez~~, por el aquel de la golosina que otro se lleva. Pues digo... si una se pone á ser verbigracia honrada, ~~ellos~~ no pasan por eso, y si una se mete mucho á rezar y á confesar y comulgar, se les encienden más á ellos las querencias, y se ~~vuelven locos~~ por nosotras desde que nos convertimos por lo eclesiástico. Pues, ¿qué crees tú que Juanito ~~Santa Cruz~~ no viene á rondar este convento desde que sabe que estás aquí? Tenlo por cierto, y alguno de los coches que se sienten por ahí, ~~seguramente~~ es el suyo. ¡Ay, qué hombres!

—~~De veras que son malos~~—expresó Fortunata,—~~pero~~ yo estoy escarmentada, y á mí que no me busquen.

El ruido de un coche que pasaba por la calle las hizo enmudecer á las dos.

—Ahí le tienes—dijo Mauricia á su amiga, rompiendo á reir.

—No seas tonta... no digas burradas—replicó la otra palideciendo.—No puede ser... Porque mira tú, él cayó con la pulmonía en Enero...

—Bien enterada estás.

—Lo sé por Feliciana, á quien se lo contó, *días atrás*, un señor que es amigo de Villalonga. Pues verás, él cayó con la pulmonía en Enero, cuando yo conocí al chico con quien hablo... Estuvo dos meses muy malito... si se va si no se va. Por fin salió, y en Marzo se fué con su mujer á Valencia.

—¿Y qué?

—Que todavía no habrá vuelto.

—*Paices* boba... Esto es un decir. Y si no ha vuelto, volverá... Quiere decirse que te rondará cuando venga y se entere de que ahora vas para santa.

—Tú sí que eres boba... déjame en paz. Y suponiendo que venga y me ronde... ¿Á mí qué?

Sor Natividad examinó el brochado y vió "que era bueno.„ La satisfacción de artista resplandecía en su carita seca. Miró al techo á ver si por casa se descubría mota producida por las moscas; pero no había nada, y hasta las cabezas de los clavos de la pared, limpiados el día antes, resplandecían como si fueran de oro. La Superiora volvía las gafas á todas partes buscando algo que reprender; pero nada encontró que mereciese su crítica estrecha. Dispuso que antes de entrar los muebles los limpiasen y frotasen bien para que todo el polvo quedase fuera; pero encargó mucho que aquella operación se hiciese *al hilo* de la madera, y como las dos trabajadoras no entendiesen bien lo que esto significaba, cogió ella misma un trapo y prácticamente les hizo ver con la mayor seriedad cuál era su sistema. Cuando se quedaron solas otra vez, Mauricia dijo á su compañera: "Hay que tener contenta á esta *tía chiflada*, que es buena señora, y como le froten *al hilo*, hace de ella lo que se quiere.

Mauricia tenía días. Las monjas la consideraban lunática, porque si las más de las veces la sometían fácilmente á la obediencia, haciéndola trabajar, de repente entraba como una locura y rompía á decir y á hacer los mayores desatinos. La primera vez que esto pasó, las religiosas se alarmaron; mas domada la fiera sin que fuese preciso apelar á la fuerza, cuando se repetían los accesos de indisciplina y procacidad no le daban gran importancia. Era un espectáculo imponente y aun divertido para las *Filomenas* y aun para las *Josefinas* el que de tiempo en tiempo, comunmente cada quince ó veinte días, daba Mauricia á todo el personal del convento. La primera vez que lo presenció Fortunata, sintió verdadero terror.

Empezaba aquel trastorno como entran las enfermedades, con síntomas leves pero infalibles, los cuales se van acentuando y recorren después todo el proceso morboso. El período prodrómico solía ser una cuestión con cualquier recogida por el chocolate del desayuno, ó por si al salir le tropezaron y la otra lo hizo con mala intención. Las madres intervenían, y Mauricia callaba al fin, quedándose durante dos ó tres horas taciturna, rebelde al trabajo, haciéndolo todo al revés de como se le mandaba. Su diligencia pasmosa trocábase en dejadéz; y como las madres la reprendieran, no les respondía nada cara á cara; pero en cuanto volvían la espalda, dejaba oir gruñidos, mascullando entre ellos palabras soeces. A este período seguía por lo común una travesura ruidosa y carnavalesca, hecha de improviso para provocar la risa de algunas *Filomenas* y la indignación de las monjas. Mauricia aprovechaba el silencio de la sala de labores para lanzar en medio de ella un gato con una chocolatera amarrada á la cola, ó hacer cualquier otro disparate más propio de chiquillos que mujeres formales. Sor Antonia, que era la bondad misma, miraba á Mauricia con toda la severidad que cabía en su angélico carácter, y Mauricia le devolvía la mirada con insolente dureza, diciendo: "Si no he sido *yió*... *amos*, si no he sido *yió*... ¿Para qué me mira usted tantooo?...

Aquel día, Sor Antonia llamó á la Superiora que era mujer de muchísimo carácter. Esta dijo al entrar: "¿Ya está otra vez desatado el enemigo?...„ Y decretó que Mauricia fuese encerrada en el cuarto que servía de prisión cuando alguna recogida se insubordinaba. Aquí fué el estallar la fiereza de aquella maldita mujer. "¡Encerrarme á mí!... ¿De veee...ras? No me lo diga usted... prenda.

—Mauricia—dijo con varonil entereza la Superiora—déjese usted de tonterías y obedezca. Ya sabe usted que no nos asusta con sus bravatas. Aquí no tenemos miedo á ninguna tarasca. Por compasión y caridad no la echamos á la calle, ya lo sabe usted... pero si se empeña en ello, saldrá de la casa. Vamos, hija, pocas palabras y á hacer lo que se le manda.

A Mauricia le temblaba la quijada, y los ojos tomaban esa opacidad siniestra de los ojos de los gatos cuando van á atacar. Las recogidas la miraban con miedo, y dos ó tres monjas se agrupaban junto á la Superiora para hacerla respetar.

"Vaya con lo que sale ahora la tía ... ¡Encerrarme á mí! A donde voy es á mi casa, hala... á mi casa, de donde me sacaron engañada estas indecentonas, sí señor, engañada, porque yo era honrada y aquí no se aprenden más que diabluras... ¡Já, já, já!... Vaya con las señoras virtuosas y *santifiquísimas*. ¡Já, já, já! ..

Estos monosílabos guturales los emitía con todo el grueso de su gruesísima voz, y con tal acento de sarcasmo infame y de grosería, que habrían sacado de quicio á personas de menos paciencia y flema que Sor Natividad y sus compañeras. Estaban tan hechas á ser tratadas de aquella manera y habían domado fieras tan espantables, que no daban importancia á los denuestos de Mauricia. "Vamos—dijo la Superiora frunciendo el ceño;—callando, y baje usted al patio.

—Pues me gusta la santidad de estas traviatonas de iglesia... ¡Já, já, já!...—gritó la infame puesta en jarras y mirando en redondo á todo el concurso de recogidas, como si quisiera ponerlas de su parte.—Se encierran aquí á retozar á sus anchas con los curánganos de babero... ¡Já, já, já!... y con los que no son de babero.

Muchas recogidas se tapaban los oídos. Otras, suspendían la mano sobre el bastidor, miraban á las monjas y se pasmaban de su se-

Enrique 78

renidad. En aquel instante apareció en la sala una figura extraña. Era Sor Marcela, una monja vieja, coja y casi enana, la más desdichada estampa de mujer que puede imaginarse. Su cara, que parecía de cartón, era morena, dura, muy peluda, feísima, los ojos expresivos y dulces como los de algunas bestias de la raza cuadrumana. Su cuerpo no tenía forma de mujer, y al andar parecía desbaratarse y hundirse del lado izquierdo, imprimiendo en el suelo un golpe seco que no se sabía si era de pierna de palo ó del propio muñón del hueso roto. Su fealdad sólo era igualada por la serenidad impávida y por el desdén compasivo con que miró á Mauricia.

Sor Marcela traía en la mano derecha una gran llave, y apuntando con ella al esternón de la delincuente, mientras la cogía por un brazo, no dijo más que esto: "Andando."

Mauricia se soltó del brazo de la coja, quitóse con rápido movimiento su toca, sacudió las melenas y salió al corredor, echando por aquella boca insolencias terribles. La coja volvió á indicarle el camino, y Mauricia empezó á mover los brazos como las aspas de un molino de viento, gritando:

"Grandísimas trastos... ¿Pues no me quieren deshonrar y encerrarme como si yo fuera una *criminala*? ¡Tunantas!... Cuando si quisiera de tres bofetadas las tumbaba todas patas arriba...

A pesar de estas fierezas, la coja la llevaba por delante con la misma calma con que se conduce á un perro que ladra mucho, pero que se sabe no ha de morder. A mitad de la escalera se volvió Mauricia, y mirando con inflamados ojos á las demás monjas que en el corredor quedaban, les decía en un grito estridente: "¡Ladronas, más que ladronas!... ¡Grandísimas puas!...

Dicho esto, la coja, que iba mascullando un rezo, le ponía suavemente la mano en la espalda, empujándola hacia adelante. En el patio tuvo que cogerla por un brazo, porque quería subir de nuevo.

"Si no te hacen caso de lo que hablas, hija —le dijo,—si no eres tú la que hablas sino el Demonio que te anda dentro de la boca. Cállate ya, por amor de Dios, y no nos marees más.

—El demonio eres tú—replicó la fiera, que parecía ya, por lo muy exaltada, irresponsable de los disparates que decía.—Facha, mamarracho, esperpento...

chata

de tipo mongólico

afables

ta

ez

hizo un castañeteo de lengua

La fiera se

iendo

se puso á

Peines y peinetas!.....

ar:

yo

á

la harpía,

estupida

—Echa, echa más veneno—murmuraba Sor Marcela con tranquilidad, abriendo la puerta del cuarto que servía de prisión,—Así te pasará más pronto. Vaya, adentro, y mañana como un guante. A la noche te traeré de comer. Paciencia, hija...

Mauricia se desperezó un poco más; pero con tanto furor de palabras no hacía resistencia de modo que aquella pobre vieja inválida la manejaba como á un niño. Bastó que ésta la cogiese por un brazo y la metiese dentro del encierro, para que la prisión se efectuase sin ningún inconveniente, después de tanta bulla. Sor Marcela echó la llave, dando dos vueltas y la guardó en su bolsillo. Cuando atravesaba el patio en dirección hacia la escalera, oyó el *já, já, já* de Mauricia, que estaba asomada por uno de los dos tragaluces con barras de hierro que la puerta tenía en su parte posterior. La monja no se detuvo á oir las injurias que la vieja le decía.

"¡Eh!... coja... galápago, vuelve acá y verás que morrazo te doy... ¡Qué facha! cañamón, pata y media...

III

La faz napoleónica, pálida y con la melena suelta volvió á asomar en la reja á la caída de la tarde. Y Sor Marcela pasó repetidas veces por delante de la prisión, volviendo de registrar los nidos de las gallinas, por ver si tenían huevos, ó de regar unos pensamientos y francesillas que tenía para su recreo en un rincón de la huerta. El patio, que era pequeño y se comunicaba con la huerta por una reja de madera casi siempre abierta, estaba muy mal empedrado, y sobre el desigual piso el paso de la coja era tan irregular que los balanceos de su cuerpo semejaban los de una pequeña embarcación en un mar muy agitado. Y era muy frecuente que Sor Marcela anduviese por allí, pues tenía la llave de la leñera y carbonera, la del cuarto que de prisión servía y la de otro en que se guardaban trastos de la casa y de la Iglesia. Estaba además á su cargo el gallinero, que le absorbía mucho tiempo y le hacía dar muchos tumbos sobre los mal puestos guijarros del patio.

Ya cerca de la noche, como he dicho, Mauricia no se quitaba de la reja para hablar á la monja cuando pasaba. Su acento había perdido

la aspereza iracunda de por la mañana, aunque estaba más ronca y tenía tonos de dolor y de miseria, implorando caridad. La fiera estaba domada. Las manos fuertemente asidas á los hierros, la cara pegada á éstos, alargando la boca para ser mejor oída, Mauricia la Dura decía con voz [illegible] plañidera:

"Cojita mía... cañomoncito de mi alma, ¡cuánto te quiero!... Allá va el patito con sus meneos; una, dos, tres... Lucero del convento, ven, y escucha, que te quiero decir una cosita.

A estas expresiones de ternura, mezcladas de burla cariñosa, la monja no contestaba ni siquiera con una mirada. Y [illegible] Mauricia

"¡Ay, mi galapaguito de mi alma, qué enfadadito está conmigo, que le quiero tanto!... Sor Marcela, una palabrita, nada más que una palabrita. Yo no quiero que me saque de aquí, porque me merezco la encerrona. Pero ¡ay cojita de mi alma, si vieras qué mala me he puesto! Parece que me están arrancando el estómago con unas tenazas de fuego... Es de la tremolina de esta mañana. Me dan tentaciones de ahorcarme colgándome de esta reja con un cordón hecho con tiras del delantal. Y lo voy á hacer, sí, lo hago y me cuelgo si no me miras y me dices algo... Cojita graciosa, enanita de mis entrañas, mira, oye; si quieres que te quiera más que á mi vida y te obedezca como un perro, hazme un favor que voy á pedirte; tráeme nada más que una [illegible] de aquella gloria divina que tú tienes, de aquello que te recetó el médico para tu mal de barriga... Anda, ángel, mira que te lo pido con toda mi alma, porque esta penita que tengo aquí no se me quiere quitar y parece que me voy á morir. Anda, rica, cañamón de los ángeles, tráeme lo que te pido, y Dios te dé la vida celestial que te tienes ganada, y [illegible] y así te coronen los serafines cuando entres en el Cielo con tu patita coja...,,

La monja pasaba... trun, trun... hiriendo los guijarros con aquel pié duro que debía ser como la pata de una silla; y no concedía á la prisionera ni respuesta ni mirada. [illegible] bajó con la cena para la [illegible] y abriendo la puerta penetró en el lóbrego aposento. Por el pronto no vió á Mauricia, que estaba acurrucada sobre unas tablas, con las rodillas junto al pecho, las manos cruzadas sobre las rodillas,

y en las manos apoyada la barba.

"Mauricia ¿dónde estás?—dijo la coja sentándose sobre otro rimero de tablas.

Contestó Mauricia con un gruñido, como el de una fiera á quien dan con el pié para que despierte. Sor Marcela puso junto á sí un plato con menestra y un pan. "La Superiora—dijo,—no quería que te trajera más que pan y agua; pero intercedí por tí... No te lo mereces. Aunque me proponga no tener caridad, no lo puedo conseguir. A esta la manejo yo á mi modo—dije á la Superiora,—y sé que mientras peor se la trate, más cariñosa se pone... Y para que veas, hija, hasta dónde llevo mi condescendencia...—añadió sacando de debajo del manto un objeto...

Pareció que Mauricia lo habia olido, porque de improviso alzó la cabeza y adquirió tal animación y vida su cara, que habríala tenido por otra quien la hubiera visto. La cárcel estaba oscura, mas por la puerta abierta entraba la última claridad del día, y las dos mujeres allí encerradas, se podían ver y se veían, aunque más bien como bultos que como personas. Mauricia alargó las manos ansiosamente hasta tocar la botella, pronunciando palabras incompletas y balbucientes para expresar su gratitud; pero la monja apartó el codiciado objeto diciendo:

"¡Eh!... las manos quietas. Si no tenemos formalidad, me voy. Ya ves que no soy tirana, que llevo la caridad hasta un límite que quizás sea ~~inconveniente~~. Pero yo digo: "dándole un poquito, nada más que una miajita, la consuelo, y aquí no puede haber vicio. Porque yo sé lo que es la debilidad de estómago y cuánto hace sufrir. Negar y negar siempre al preso pecador todo lo que pide, no es bueno. El Señor no puede querer esto. Tengamos misericordia y consolemos al triste/ ~~porque esto que te doy es un consuelo, una golosina y no un vicio.~~"

Diciendo esto sacó un cortadillo y se preparó á escanciar una corta porción del precioso licor, que era un coñac muy bueno que solía usar para combatir sus rebeldes dispepsias. Luégo cayó en la cuenta de que antes debía comerse Mauricia el plato de menestra. La presa lo comprendió así, apresurándose á devorar la cena/ ~~lo que hizo con presteza~~ para abreviar/ ~~el tiempo que la separaba del dulce instante en que había de catar el coñac.~~

"Esto que te doy—añadió la monja,—es una reparación de los nervios/ y un puntal del ánimo desmayado. No creas que lo hago á escondidas de la Superiora, pues acaba de autorizarme para darte esta ~~consuelito~~, siempre que sea en la medida que separa la necesidad del apetito y el remedio del ~~vicio~~. Yo sé que este te entona y te da la alegría ~~que es~~ necesaria para cumplir bien los deberes. Mira tú por dónde lo que algunos podrían tener por malo, es bueno en medida razonable.

Mauricia estaba tan agradecida, que no acertaba á expresar su gratitud. Sor Marcela echó en el cortadillo una cantidad así como un dedo, inclinando la botella con extraordinario pulso para que no saliera de ella más de lo conveniente, y al dárselo á Mauricia, volvió á echarle otro sermón. ¡Y cómo se relamía la otra después de beber, y qué bien le había sabido! Conocía muy bien á Sor Marcela para atreverse á pedir más. Sabía, por experiencia de casos análogos, que la cosa no traspasaba jamás el límite que su bondad y su caridad le imponían. Era buena como un ángel para conceder, y firme como una roca para detenerse en el punto que debía.

"Ya sé—dijo tapando cuidadosamente la botella,—que con este alivio de tus nervios desmayados, estarás mas dispuesta, y la reparación del cuerpo ayuda la del alma.

En efecto, Mauricia empezó á sentirse alegre, y con la alegría vínole una viva disposición del ánimo para la obediencia para el trabajo, y tantas ganas le entraron de todo lo bueno, que hasta tuvo deseos de rezar, de confesarse y de hacer devociones exajeradas como las que hacía Sor Marcela, que, al decir de las recogidas, llevaba silicio.

"Dígale por Dios á la Superiora que estoy arrepentida, que yo cuando me pongo á despotricar no sé lo que digo... que me saque pronto de aquí, y trabajaré como nunca, y que me manden fregar toda la casa de arriba á abajo y la fregaré. Echenme penitencias y las cumpliré en un abrir y cerrar de ojos.

M.C.D.2020

—Me gusta verte tan entrada en razón—le dijo la madre, recogiendo el plato;—pero por esta noche no saldrás de aquí. Medita, medita en tus pecados, reza mucho y pídele al Señor y á la Virgen que te iluminen.

Mauricia, no obstante, creía que estaba ya iluminada, porque la excitación encendía sus ideas dándole un cierto entusiasmo, y después de hacer un poco de ejercicio corporal colgándose de la reja, porque su cuerpo le pedía movimiento, se puso á rezar con toda la devoción de que era capáz, luchando con las varias distracciones que llevaban su mente de un lado para otro, y por fin se quedó dormida sobre el duro lecho de tablas. Sacáronla del encierro al día siguiente temprano, y al punto se puso á trabajar en la cocina, sumisa, callada y desplegando maravillosas actividades. Después de cumplir una condena, lo que ocurría infaliblemente una vez cada treinta ó cuarenta días, Mauricia estaba cohibida y como avergonzada entre las demás recogidas, apenas hablaba y ponía toda su atención en las obligaciones, demostrando un celo y una inteligencia que encantaba á las madres. Durante tres ó cuatro días desempeñaba sin embarazo ni vacilación alguna la tarea de tres mujeres. Pasadas dos semanas, advertían que se iba cansando; ya no había en su trabajo aquella corrección y diligencia admirables; empezaban las omisiones, los olvidos, los descuidillos, y todo esto iba en aumento hasta que la repetición de las faltas anunciaba la proximidad de otro estallido. En estos intermedios, que Sor Marcela con sus alternadas medicinas de rigor y tolerancia, quería que fuesen cada vez más largos, Mauricia tenía desigual humor la mayor parte de los días. Con Fortunata volvió á intimar, después de la escena violenta que he descripto, y juntas echaron largos párrafos en la cocina, mientras pelaban patatas ó fregaban los peroles y cazuelas. Allí gozaba de cierta libertad, y estaban en traje de *mecánica* como las criadas de cualquier casa.

"Yo tengo una niña—dijo Mauricia en una de sus confidencias.—La puse por nombre Adoración. Es más mona... Mi hermana Severiana la tiene, porque yo, como gasto este genio, le doy malos ejemplos sin querer, ¿tú sabes? y mejor está el pobre ángel con Severiana que conmigo. Esa doña Jacinta, esposa de tu señor, quiere mucho á mi niña, y le compra ropa y hasta tiene el antojo de llevársela consigo, porque está rabiando por tener chiquillos y el Señor no se los quiere dar. Mal hecho, ¿verdad? Pues los hijos deben ser para los ricos y no

para los pobres, que no los pueden mantener, en lo que yo digo.

Fortunata se manifestó conforme con estas ideas. Algo había oído ella contar del desmedido afán de aquella señora por tener hijos; pero Mauricia le dijo algo más, contándole también el caso del *Pituso*, á quien Jacinta quiso recoger creyéndolo hijo de su marido y de la propia Fortunata. Tal efecto hizo en ésta la historia de aquel extraño caso de delirio maternal y de pasión no satisfecha, que estuvo tres días sin poder apartarla del pensamiento.

IV

Desde el corredor alto se veía parte del Campo de Guardias, el Depósito de aguas del Lozoya, el cementerio de San Martín y el caserío de Cuatro Caminos, y detrás de esto los torreones del paisaje de la Moncloa y el admirable horizonte que parece el mar, líneas ligeramente onduladas, en cuya aparente inquietud parecen balancearse, como la vela de un barco, la torre de Aravaca ó de Húmera. Al ponerse el sol, aquel magnífico cielo de Occidente se llena de espléndidas llamas, y después de puesto, palidece con gracia infinita, quedándose como el ópalo más puro. Las recortadas nubes oscuras atravesadas por rayos de oro, hacían figuras extrañas, acomodándose al pensamiento ó á la melancolía de los que las miraban, y cuando en las calles y en las casas era ya de noche, permanecía en aquella parte del cielo la claridad, cola del día fugitivo, la cual lentamente también se iba.

Estas hermosuras se ocultarían completamente á la vista de Filomenas y Josefinas cuando estuviera concluída la iglesia en que se trabajaba constantemente. Cada día, la creciente masa de ladrillos tapaba una línea de paisaje. Parecía que los albañiles al poner cada hilada, no construían, sino que borraban. De abajo arriba, el panorama iba desapareciendo como un mundo que se hunde. Alargáronse las casas del paseo de Santa Engracia, el Depósito de Aguas, después el cementerio. Cuando los ladrillos rozaban ya la bellísima línea del horizonte, aún sobresalían las lejanas torres de Aravaca y las puntas de los cipreses del cementerio. Hubo un día en que las recogidas se alzaban sobre las puntas de los piés ó daban saltos para ver algo más y despedirse de aquellos amigos que se iban para siempre. Por fin la techumbre de la iglesia se lo tragó todo, y sólo se pudo ver la claridad del crepúsculo, la cola del día arrastrada por el cielo.

Pero si ya no se veía se oía [illegible] ruidos del mundo no podían ser interceptados. Todo el día el tin tin del taller de cantería parecía formar parte de la atmósfera del convento. Era ya un fenómeno familiar, y los domingos, cuando cesaba, la falta de aquella música era para todas las habitantes del convento la mejor apreciación de día de fiesta. Los domingos, desde las dos empezaba á oirse el tambor del Tío Vivo y de los balancines que están junto al Depósito de Aguas, y el bullicio de la muchedumbre que concurre á los merenderos de los Cuatro Caminos y de Tetuán. Ambos ruidos duraban hasta muy entrada la noche. Mucho molestó en los primeros tiempos á algunas monjas el tal tamboril, no sólo por la monotonía y pesadéz de su toque, sino por la consideración de lo mucho que se pecaba al son de aquel mundano instrumento. Pero se fueron acostumbrando, y por fin lo mismo oían el rumor del guitarreo y del Tío Vivo los domingos, que el de los picapedreros los días de labor. Algunas tardes de día de fiesta, cuando las recogidas se paseaban por la huerta y el patio, la tolerancia de las madres llegaba hasta el extremo de permitirles bailar un poquitín, con decencia se entiende, al son de las músicas populares que divertían á las criadas en el Depósito de Hozes. ¡Cuántas memorias evocadas, cuántas sensaciones resucitadas en aquellos poquitos compases y vueltas de las pobres reclusas! ¡Qué recuerdo tan vivo de las polkas bailadas con horteras en el salón de la Alhambra, de tarde, levantando mucho polvo del piso, las manos muy sudadas y chupando caramelos revenidos! Y lo peor de todo, y lo que en definitiva las había perdido era que aquellos benditos horteras iban todos con buen fin. El buen fin precisamente, disculpando los malos medios, era precisamente lo malo. Porque después, ni fin ni principio ni nada más que vergüenza y miseria.

La monja que más calurosamente abogaba porque se las dejase bailar un ratito era Sor Marcela, que por su cojera y su facha parecía incapáz de apreciar ni aun remotamente el sentimiento estético de la danza. Pero la [illegible] aquella sabía mucho del mundo y de las pasiones humanas, tenía el corazón rebosando de tolerancia y caridad, y sostenía la tesis de que la privación absoluta de los apetitos alimentados

Enrique

8.7

por la costumbre más ó menos viciosa era el peor de los remedios, por engendrar la rebeldía y la desesperación, y que para curar añejos defectos es conveniente permitirlos de vez en cuando con mucha medida.

La persona á quien Mauricia la Dura respetaba más era Sor Marcela, aunque la coja no se libraba de sus insultos en aquellas crisis de rabia y demencia. Un día Sor Marcela la sorprendió en la carbonera fumándose un cigarrillo, cosa ciertamente fea é impropia de una mujer, y más dentro de aquella casa. La coja no se apresuró á quitarle el cigarro de la boca, como parecía natural. Sólo le dijo: "¡Qué cochina eres! No sé cómo te puede gustar eso. ¿No te mareas?„ Mauricia se reía, y cerrando fuertemente un ojo porque el humo se le había metido en él, miró á Sor Marcela con el otro, y le alargó el cigarro y le dijo: "Pruebe usted.„ ¡Cosa inaudita! Sor Marcela dió una chupada y después arrojó el cigarro, haciendo ascos y escupiendo mucho. Mauricia lo recogió y siguió chupando, alternando un ojo con otro en el cerrarse y en el mirar. Después hablaron de la procedencia del pitillo. Mauricia no quería confesarlo; pero Sor Marcela, que sabía tanto, le dijo: "Los albañiles te lo han tirado desde la obra. No lo niegues. Ya te ví haciéndoles señas. Si la Superiora sabe que andas en telégrafos con los albañiles, buena te la arma... y con razón. Tira ya el tabacazo, cochina... ¡Ay, qué asco! Me ha dejado la boca perdida. No comprendo cómo os puede gustar ese ardor, ese picor de mil demonios. Los hombres, como si no tuvieran bastantes vicios, los inventan cada día. Tira ese cigarro, te digo, ó se lo canto á Sor Natividad.„ Mauricia lo tiró y apagólo con el pié.

Fortunata á la semana de estar allí, tuvo otra amiga con quien intimó bastante por ser persona al parecer decente, y ella, como candidata á la significación de persona honrada, miraba mucho á las formas. Doña Manolita era una *señora* en regla, puesto que era casada, y aunque Fortunata no la encontraba enteramente simpática, la admitió en su confianza. Doña Manolita ayudaba á las monjas en las clases de lectura y escritura, y ponía un empeño particular en enseñar á Fortunata, de lo que principalmente vino su amistad. Permitían las

á Mauricia

ándole

la monja

señora.

La otra

la madrecita

garatusas.

indecente...

el cigarro y

al mes

y poniendo una cara tan fea como la de esos fetiches monstruosos de las idolatrías malayas.

Para mayor claridad

y poniendo una cara tan fea como la de esos fetiches monstruosos de las idolatrías malayas.

madres á aquella recogida cierta latitud en la observancia de las reglas; se la dejaba sola con una ó dos *Filomenas* durante largo rato, bien en la sala de estudio, bien en la huerta; se la permitía ir al departamento de *Josefinas*, y como tenía habitación aparte y pagaba pensión, gozaba de más comodidad y libertad que sus compañeras de encierro. Fortunata y ella no tardaron, una vez que se conocieron, en referirse sus respectivas historias. Fortunata dijo la suya descarnada; pero Manolita adornó la suya tanto y de tal modo la quiso hacer interesante, que no la conocería nadie. Según su relato, no había pecado, todo había sido pura equivocación; pero su marido, que era muy bruto y tenía la culpa, sí, él tenía la culpa, de las equivocaciones, ó si se quiere, malas tentaciones de ella, la había metido allí sin andarse con rodeos. Como Manolita había ocupado una regular posición, embelesaba á Fortunata contándole cosas del mundo y sus pompas, de los saraos á que asistía, de los muchos y buenos vestidos que usaba. Porque su marido era comerciante de novedades, hombre inferior á la esposa por el nacimiento, como que el padre de ella era oficial primero de la Dirección de la Deuda. Fortunata, oyendo las ponderaciones orgullosas de doña Manolita, se echaba á pensar qué cosa tan rara sería aquel destino del papá de su amiga.

Pero lo mejor fué que en la conversación salió de repente una cosa interesantísima. Manolita conocía á los de Santa Cruz. ¡Vaya! si su marido, Pepe Reoyos, era íntimo, pero íntimo, de D. Baldomero. Y ella, la propia doña Manolita, visitaba mucho á Barbarita. De aquí saltó la conversación á hablar de Jacinta. ¡Ah! Jacinta

era una mujer delante de la cual era preciso ponerse de rodillas, porque lo tenía todo, bondad, belleza, talento y virtud. El danzante de Juanito no merecía tal joya, porque era muy dado á picos pardos. Con una amiga íntima de doña Manolita, con la esposa de Moreno Vallejo, tuvo amores durante más de un año el tal Santa Cruz. Era un escándalo, y toda la vecindad se había enterado. ¿Quién sino él le había costeado aquellos estrepitosos lujos que la muy tonta gastaba?... Lo peor fué que después le hizo monos á la institutríz del marqués de Casa Muñóz, y se dijo si había ó no había algo. Manolita no ponía su mano en el fuego por afirmarlo, pero algo podía decir que corroboraba la voz pública. Pero fuera de esto, Juanito era una excelente persona, y muy simpático, pero mucho.

"Ya sabrá usted—dijo luégo doña Manolita—, que cayó malo con pulmonía en Enero de este año. Por poco se muere. En esta casa, que debe mucha protección á los señores de Santa Cruz, pusieron al Señor de Manifiesto, y después que estuvo fuera de peligro, Jacinta costeó unas funciones solemnes. Como que vino el obispo auxiliar á decirnos la misa...

—¿De veras?

—Como usted lo oye. ¡Lo que usted se perdió! Jacinta es una de las señoras que más han ayudado á sostener esta casa. Ya se ve, como no tiene hijos... no sabe en qué gastar el dinero. ¿Se ha fijado usted en aquellos grandes ramos de flores finísimas, con flores de tisú de oro y hojas de plata?

—Sí—replicó Fortunata que atendía con toda su alma.—¡Los que se pusieron en el altar el día de Pentecostés!

—Los mismos. Pues los regaló Jacinta. Y el manto de la Virgen, el manto de brocado con ramos... también lo regaló en acción de gracias por haberse puesto bueno su marido.

Fortunata lanzó una exclamación de pasmo y maravilla. ¡Cosa más rara! ¡Y ella había tenido en su mano, días antes, para limpiarle unas gotas de cera, aquel mismo manto que había servido para pagar, digámoslo así, la salud de Juanito Santa Cruz! Y no obstante, todo era muy natural, sólo que á ella se le revolvían los pensamientos y le daba qué pensar, no el hecho en sí, sino la casualidad, eso es, la casualidad, el haber tenido en su mano objetos tan

esta tarde, á eso
de las 4 ó 4 1/2, creo que pasaré
por ahí un momento.
A ver si no tiene
el 1/.

relacionados, por medio de una curva social, con ella misma, sin que ella misma lo advirtiera.

—Pues no sabe usted lo mejor—añadió Manolita, gozándose en el asombro de Fortunata, que tenía algo de espanto.—La custodia, sabe usted, la custodia en que se pone al propio Dios, también vino de allá. Fué regalo de Barbarita, que hizo promesa de regalarla á estas monjas si se ponía bueno. No vaya usted á creer que es de oro; es de plata sobredorada; pero muy *mona*, ¿verdad?

Fortunata tenía sus pensamientos tan en lo hondo, que no paró mientes en aquella singular manera de calificar una custodia.

V

Y no pudo en muchos días apartar de su pensamiento las cosas que le refirió doña Manolita, y lo que más metida en reflexiones la traía no era precisamente que aquellos hechos de regalar la custodia y el manto se hubieran verificado, sino la casualidad... Fortunata no acababa de asombrarse de la casualidad de que tales cosas estuviesen tan cerca de ella. Si hubiera ella ido al convento algunos días antes, habría asistido á la solemne misa, con obispo y todo, que se dijo en acción de gracias por haberse puesto bueno el tal. Y por su parte, Fortunata, que sabía perdonar las ofensas, no habría tenido inconveniente en unir sus votos á los de todo el personal de la casa en aquel acto de oración y piedad.

Pero lo que produjo en su alma inmenso trastorno fué el ver á la propia Jacinta, viva, de carne y hueso. No la conocía ni había visto nunca su retrato; pero de tanto pensar en ella había llegado á formarse una imagen que, ante la realidad, resultó completamente mentirosa. Las señoras que protegían la casa sosteniéndola con cuotas periódicas ó donativos, eran admitidas á visitar el interior del convento cuando quisieren, y en ciertos días solemnes se hacía limpieza general y se ponía toda la casa como una plata, sin desfigurarla ni ocultar las necesidades de ella, para que las protectoras vieran bien á qué orden de cosas debían aplicar sus futuras generosidades. La Pentecostés era la fiesta principal de la comunidad, y aquel día las señoras entraban y pasaban revista á todo, desde las cocinas hasta los dormitorios. Después de misa mayor empezaron las visitas que duraron casi toda la tarde. Marquesas y duque-

sas que habían venido en coches blasonados, y otras que no tenían título pero sí mucho dinero, desfilaron por aquellas salas y pasillos, en los cuales la dirección fanática de Sor Natividad y las manos rudas de las recogidas habían hecho tales prodigios de limpieza que, según frase vulgar, se podía comer en el suelo sin necesidad de manteles. Las labores de bordado de las *Filomenas*, las planas de las *Josefinas* y otros primores de ambas estaban expuestos en una sala, y todo era plácemes y felicitaciones. Las señoras entraban y salían, dejando en el ambiente de la casa un perfume mundano que algunas narices reclusas recogían con avidéz. Eran muy de admirar, y no pocos comentarios se hacían sobre ellos en los grupos de muchachas los vestidos y sombreros de toda aquella muchedumbre elegante, libre, en la cual, justo es decirlo, había algunas que habían pecado mucho más, pero muchísimo más que la peor de las que allí estaban encerradas. Manolita no dejó de hacer al oído de Fortunata esta observación picante, recalcándola y adornándola con pintorescas frases. En medio de aquel desfile vió Fortunata á Jacinta, y la compañera cuidó de hacerle notar la gracia de su rostro, la elegancia y sencilléz de su traje, y aquel aire de modestia y bondad que se ganaba todos los corazones. Y la inmunidad de Jacinta contra la maledicencia la probaba, más que nada, que el aguijón crítico de doña Manolita, implacable en todas partes, no se atrevía no, á clavarse en aquella delicada é intachable epidermis. Oyendo este panegírico, Fortunata, desde que Jacinta apareció al extremo del corredor, no quitó de ella sus ojos, examinándole con atención ansiosa el rostro y el andar, los modales y la expresión. Confundida con otras compañeras en un grupo que estaba á la puerta del comedor, la siguió con las miradas, y se puso en acecho junto á la escalera para verla de cerca cuando bajase, y se le quedó, por fin, aquella gallarda imagen con tal viveza estampada en la memoria, que más parecía conocimiento antiguo, que reciente y rápida conquista del pensamiento y la observación.

La impresión moral que recibió Fortunata era tan confusa y compleja, que ella misma no se daba cuenta de lo que sentía. Indudablemente su natural rudo la llevó en el primer momento á la envidia. Aquella mujer le había quitado lo suyo, lo que, á su parecer, le pertenecía de derecho. Pero á este sentimiento se mezclaba con extraña amalgama otro muy distinto y mucho más acentuado. Era un deseo vivísimo de parecerse á Jacinta, de ser como ella, de tener su aire, su *aquel* de dulzura y señorío. Porque de cuantas damas vió aquel día, ninguna le pareció á Fortunata tan señora como la de Santa Cruz, ninguna tenía tan impreso en el rostro y reflejado en los ademanes la decencia. Hasta si le propusieran á Fortunata en aquel momento transmigrar al cuerpo de otra persona, sin vacilar y á ojos cerrados habría dicho que quería ser Jacinta.

Aquel resentimiento contra Jacinta que se inició en su alma iba trocándose poco á poco en lástima, porque doña Manolita le repitió hasta la saciedad que sufría desdenes y horribles desaires de su marido. Castigo del cielo, mejor dicho, justicia. Tal fué el comentario que las dos recogidas hicieron. Doña Manolita extremando su depravada filosofía llegó á sentar como principio general que todos los maridos querían más á sus mujeres ajenas que á las propias, aunque había excepciones. De modo que Jacinta, al fin y al cabo y á pesar del Sacramento, era tan víctima como Fortunata. Cuando esta idea se cruzó entre una y otra, el resentimiento de Fortunata fué más débil y el deseo de parecerse á aquella otra víctima más intenso.

En los días sucesivos figurábase que seguía viéndola ó que se iba á aparecer por cualquier puerta cuando menos pensase... El mucho pensar en ella la llevó, al amparo de la soledad del convento, á tener por las noches sueños ensueños en que Jacinta aparecía en su cerebro con el relieve de las cosas reales. Ya soñaba que Jacinta se le presentaba á llorarle sus cuitas y á contarle las infidelidades de su marido, ya que las dos cuestionaban sobre cuál era más víctima; ya, en fin, que transmigraban recíprocamente, tomando Jacinta el exterior de Fortunata y Fortunata el exterior de Jacinta. Estos disparates acaloraban el cerebro de la reclusa

de tal modo, que despierta seguía imaginando desvaríos del mismo si no de mayor calibre.

Cortaban estas cavilaciones las visitas de Maximiliano todos los jueves y domingos, entre cuatro y seis de la tarde. Veía con gusto llegar la ocasión de aquellas visitas, las deseaba y las esperaba, porque Maximiliano era el único lazo efectivo que con el mundo tenía, y el sentimiento religioso, aunque algo conquistara en ella, no había desligado su alma de los intereses y afectos del mundo. Por esta parte bien podía estar tranquilo el bueno de Rubín, porque ni una sola vez, en los momentos de mayor entusiasmo piadoso, le pasó á Fortunata por la mente la idea de perpetuar su encierro en aquella casa. Veía, pues, á Maximiliano con gusto, y aun se le hacían cortas las horas que en su compañía pasaba hablando de doña Lupe y de Papitos, ó haciendo cálculos honestos sobre sucesos que habían de venir. Cierto que físicamente el [illegible] le desagradaba; pero también es verdad que se iba acostumbrando á él, que sus defectos no le parecían ya tan grandes, que la gratitud podía mucho en el alma de la joven, que al propio tiempo iba apreciando mejor cada día la hermosura moral de que tanto hablaba Nicolás. La reclusión, las ideas que en Fortunata infiltraban diariamente los ejercicios, las prácticas y hasta las coplas que cantaban las monjas en el coro, favorecían esto. Si hacía examen de corazón, Fortunata encontraba que en cuestión de amor á Maximiliano había ganado muy poco; pero el aprecio y estimación habían crecido seguramente, y sobre todo, lo que había crecido y fortalecídose en su pensamiento era la idea de la conveniencia de casarse para ocupar un lugar honroso en la sociedad. A ratos pensaba ella en esto, preguntándose con sinceridad de dónde y cómo le había venido el fortalecimiento de aquella idea; mas no acertaba á darse respuesta. ¿Era quizás que el silencio y la paz de aquella vida habían hecho nacer y desarrollarse en ella la facultad del sentido común? Si era así, no se daba cuenta de semejante fenómeno, y lo único que su rudeza sabía formular era esto: "Es que de tanto pensar me ha entrado talento, como á Maximiliano le entró de tanto quererme, y este talento es el que me dice que me debo casar, que seré tonta de remate si no me caso."

Feliz entre todos los mortales se creía el buen estudiante de Farmacia, viendo que su querida no rechazaba la idea de dar por concluída la cuarentena y apresurar el casamiento y más feliz, cuando Fortunata se mostró deseosa de poner término al período de purificación. Sin duda estaba ya su alma más limpia que una patena. Lo malo era que el tonto de Nicolás, á los cinco meses de estar en el convento, decía que no era bastante y que por lo menos debían esperar al año. Maximiliano se ponía furioso, y doña Lupe, consultada sobre el particular, dió su dictamen favorable á la salida. Aunque dos ó tres veces, llevada por su sobrino, había visitado á Fortunata, no había podido averiguar si ya estaba bien limpia ó no de las máculas de marras; pero ella quería ejercitar, como he dicho antes, sus facultades educatrices, y todo lo que se tardase en tener á Fortunata bajo su jurisdicción, se detenía el crecimiento de doña Lupe en la admirable empresa de labrar en aquel canto la estatua de una persona decente. Desconfiaba algo la buena señora de la eficacia de los institutos religiosos para enderezar á la gente torcida. Lo que allí aprendían, decía, era el arte de disimular sus defectos con formas aparentes. En el mundo, en el mundo, en medio de las circunstancias es donde se corrigen los defectos, bajo una dirección inteligente. Muy santo y muy bueno que al raquitismo se apliquen los reconstituyentes; pero doña Lupe opinaba que de nada valen éstos si no van acompañados del ejercicio al aire libre y de la gimnasia, y esto era lo que ella quería aplicar, el mundo, la vida y al mismo tiempo principios, todo ello bajo la férula de un maestro. El maestro era ella.

VI

Con las *Josefinas* no tenía Fortunata relación alguna. Eran todas niñas de cinco á once ó doce años, que vivían aparte ocupando las habitaciones de la fachada. Comían antes que las otras en el mismo comedor, y bajaban á la huerta á hora distinta que las *Filomenas*. Toda la mañana estaban las niñas diciendo á coro sus lecciones, con un chillar cadencioso y plañidero que se oía en toda la casa. Por la tarde cantaban también la doctrina. Para ir á la iglesia, salían de su departamento procesionalmen-

te, de dos en dos, con su toca negra á la cabeza, y se ponian todas juntas á los lados del presbiterio capitaneadas por las dos monjas maestras.

Como Fortunata hacía cada día nuevas relaciones de amistad entre las *Filomenas*, debo mencionar aquí á dos de éstas, quizás las más jóvenes, que se distinguían por la exageración de sus manifestaciones religiosas. Una de ellas era casi una niña, de tipo finísimo, rubia, y tenía muy bonita voz. Cantaba en el coro las coplas, pues no merecen otro nombre, con que se celebraba y alababa la presencia del Sacramento. Ya he dicho que en cuestión de arte musical religioso, las Micaelas se tenían bien ganada una corrección severa de la autoridad eclesiástica, aunque ésta, por la relajación á que ha llegado la severidad del culto, no se cuide de intervenir en los coritos zarzuelescos de las monjas de Madrid, como no interviene tampoco en los remedos teatrales que algunas iglesias se permiten por Semana Santa, presentando ciertos episodios de la Pasión convertidos en melodrama de mal gusto. La rubia cantora se llamaba Belén, y en el tiempo que allí había pasado dió pruebas inequívocas de su deseo de enmienda. Sus pecados no debían de ser muchos, pues era muy joven; pero fueran como se quiera, Belén parecía dispuesta á no dejar en su alma ni rastro de ellos, según la vida rígida que llevaba, las penitencias que hacía y el mucho tiempo que consagraba á obras de piedad y devoción. Deciase que había sido corista de zarzuela, pasando de allí á peor vida, hasta que una mano caritativa la sacó del cieno para ponerla en aquel seguro lugar. Inseparable de ésta era Felisa, de alguna más edad, también de tipo fino y como de señorita, sin serlo. Ambas se juntaban siempre que podían, trabajaban en el mismo bastidor y comían en el propio plato, y formaban pareja indisoluble en las horas de recreo. La procedencia de Felisa era muy distinta de la de su amiguita. No había pertenecido al teatro más que de una manera indirecta, por ser doncella de una actriz famosa, y en el teatro tuvo también su perdición. Llevóla á las Micaelas doña Guillermina Pacheco, que la cazó, puede decirse, en las calles de Madrid, echándole detrás una pareja de Orden público, y sin más razón que su voluntad, se apoderó de ella y la hizo prisionera. Guillermina las gastaba así, y lo que hizo con Felisa habíalo hecho con otras muchas, sin dar explicaciones á nadie de aquel atentado contra los derechos individuales.

se apoderó de ella.

Como he dicho, Felisa y Belén habían tomado cariño á aquella vida, demostrando así la sinceridad de su corrección. Si querían verlas incomodadas, no había más que hablarles de volver al mundo. ¡De buena se habían librado! Allí estaban tan ricamente, y no se acordaban de lo que dejaron atrás más que para compadecer á las infelices que aún seguían entre las uñas del demonio. No había en toda la casa, salvo las monjas, otras más rezonas. Si las dejaran, no saldrían de la capilla en todo el día. Los largos ejercicios piadosos de las distintas épocas del año, como octava de Corpus, sermones de Cuaresma, flores de María, les salían á poco. Belén ponía con tanto entusiasmo sus facultades musicales al servicio de Dios, que cantaba coplas hasta quedarse ronca, y cantaría hasta morir. Ambas confesaban á menudo y hacían preguntas al capellán sobre puntos delicados de la conciencia, pareciéndose en esto á los estudiantes aplicaditos que acorralan al profesor á la salida de clase para que les aclare un punto difícil. Las monjas estaban contentas de ellas, y aunque las agradaba ver tanta piedad, como personas expertas que eran y conocedoras de la juventud, vigilaban mucho á la pareja, cuidando de que ni de noche ni de día estuviese sola. Felisa y Belén, juntas todo el día, se separaban por las noches, pues sus dormitorios eran distintos. Las madres desplegaban un celo muy grande en separar durante las horas de descanso á las que en las de trabajo propendían á juntarse, obedeciendo las naturales atracciones de la simpatía y de la congenialidad.

Los lazos de afecto que unían á Fortunata con Mauricia eran muy extraños, porque á Fortunata le inspiraba terror su compañera cuando estaba con el arranque, enojábanla sus [illegible], y sin embargo, algún poder diabólico debía de tener la Dura para conquistar corazones, pues la otra simpatizaba con ella más que con las demás y gustaba extraordinariamente de su conversación íntima. Cautivábale sin duda la franqueza y aquella prontitud de su entendimiento para encontrar razones que explicaran todas las cosas. La fisonomía de Mauricia, con su expresión de tristeza y gravedad, aquella palidéz hermosa, aquel mirar profundo y acechador, la fascinaban, y de esto procedía que

tuviese por autoridad en cuestiones de amores y en la definición de la moral extraña que ambas profesaban.

Un día las pusieron á lavar en la huerta. Estaban en traje de *mecánica*, de trapillo, sin tocas, sintiendo con gusto el picor del sol y el fresco del aire sobre sus cuellos robustos. Fortunata hizo á su amiga algunas confidencias acerca de su próxima salida y de la persona con quien iba á casarse.

"No me digas más, chica... te conviene, te conviene. A doña Lupe la conozco como si la hubiera parido. Cuando vengo á visitarte, pregúntale por Mauricia la Dura, y verás cómo me pone en las nubes. ¡Ah! ¡cuánto dinero le he llevado! A mí me llaman la *Dura*; pero á ella debieran llamarla la apretada. Chica, es así... (diciendo esto mostraba á su amiga el puño fuertemente cerrado). Pero es mujer de mucho pesquis y que se sabe gobernar. ¿Qué te crees tú? Tiene millones guardados en el Banco y en el Monte. ¡Digo! Si sabe más que Cánovas esa mujer. Al sobrino le he visto algunas veces. Oí que es tonto y que no sirve para nada. Mejor para tí; ni de encargo, chica. No podías pedir á Dios que te cayera mejor breva. Tú bien puedes hacer caso de lo que yo te diga, pues tengo yo mucha linterna... amos, que sí mucho. Créelo, porque yo te lo digo: si tu marido es un bendito, quiere decirse, si se deja gobernar por tí y te pones tú los pantalones, puedes cantar el aleluya, porque eso y estar en la gloria es lo mismo. Hasta para ser honrada te conviene.

En el vivo interés que este diálogo tenía para las dos mujeres, á veces los cuatro vigorosos brazos metidos en el agua se detenían, y las manos enrojecidas dejaban en paz por un momento el envoltorio de ropa anegada, que chillaba con los hervores del jabón. Puestas una frente á otra á los dos lados de la artesa, se miraban cara á cara en aquellos breves intervalos de descanso, y después volvían con furor al trabajo sin parar por eso la lengua.

"Hasta para ser honrada—repitió Fortunata, echando todo el peso de su cuerpo sobre las manos, para estrujar el rollo de tela como si lo amasara.—De eso no se hable, porque yo, una vez que me case, honrada lo de ser. No quiero más belenes.

—Sí, es lo mejor para vivir una... tan ancha

—dijo Mauricia.—Pero á saber cómo vienen las cosas... porque una dice: "esto ~~quiero~~,„ y después se pone á hacerlo y lo que una quería que saliera pez sale rana. Tú estás en grande, chica, y ~~ahora no habrá quién te tosa~~. Puedes hacer rabiar á ~~Juanito~~ Santa Cruz, porque en cuanto te vea hecha una persona decente se ha de ir á tí como el gato á la carne. Créetelo, porque te lo digo yo.

—Quita, quita; si él no se acuerda ya ni del santo de mi nombre.

—Vamos, ¿qué apuestas á que en cuanto te echen el Sacramento, ~~[illegible]~~ pierde pié...? No conoces tú á los hombres.

—Verás cómo no!

—¿Qué apuestas? Sí, porque creerás que ahora mismo no te anda rondando. Como si lo viera. Y me harás creer tú á mí que no piensas en él. Cuando una está encerrada entre tanta cosa de religión y misa va y misa viene, sermón por arriba y sermón por abajo, mirando siempre á la custodia y respirando tufo de monjas, y ~~[illegible]~~ y ~~[illegible]~~ incienso, parece que le salen á una ~~dentro del alma~~ todas las cosas malas ó buenas que ha pasado en el mundo, como las hormigas salen del agujero cuando se pone el Sol, y la religión lo que hace es refrescarle á una ~~todo lo que ha gozado y padecido en este~~ indino mundo.

Alentada por esta declaración arrancóse Fortunata á revelar que en efecto, pensaba algo, y que algunas noches, ~~después de las cosas que le contaron, doña Manolita y Mauricia~~, tenía sueños extravagantes. A lo mejor soñaba que iba por los portales de la calle de la Fresa y ¡plán! se ~~encontraba~~ de manos á boca ~~con Juanito Santa Cruz~~. Otras veces ~~se lo encontraba~~ saliendo del Ministerio de Hacienda. Ninguno de estos sitios tenía significación en sus recuerdos. Después soñaba que era ella la esposa y Jacinta la querida ~~de Juanito Santa Cruz~~, unas veces abandonada, otras no. ~~Jacinta~~ era la que deseaba los chiquillos y ~~Fortunata~~ la que los tenía. "Hasta que un día... me daba tanta lástima que le dije, digo: "Bueno, pues ~~tome~~ usted una criatura para que no llore más.

—¡Ay, qué salado!—exclamó Mauricia.—Es buen golpe. Lo que una sueña tiene su aquel.

—¡Vaya unos disparates! Como te lo digo, me parecía que lo estaba viendo. Yo era la señora por delante de la iglesia, ~~doña Jacinta~~ por detrás, y lo más particular es que yo no le tenía tirria, sino lástima, porque yo paría un chiquillo todos los años y ella... ni esto... A la noche siguiente volvía á soñar lo mismo, y por el día á pensarlo. ¡Vaya unas pupas! ¿Qué ~~tengo yo que ver con esos señores, ni qué~~ me importa que *la* Jacinta beba los vientos por tener un chiquillo sin poderlo conseguir, mientras que yo...?

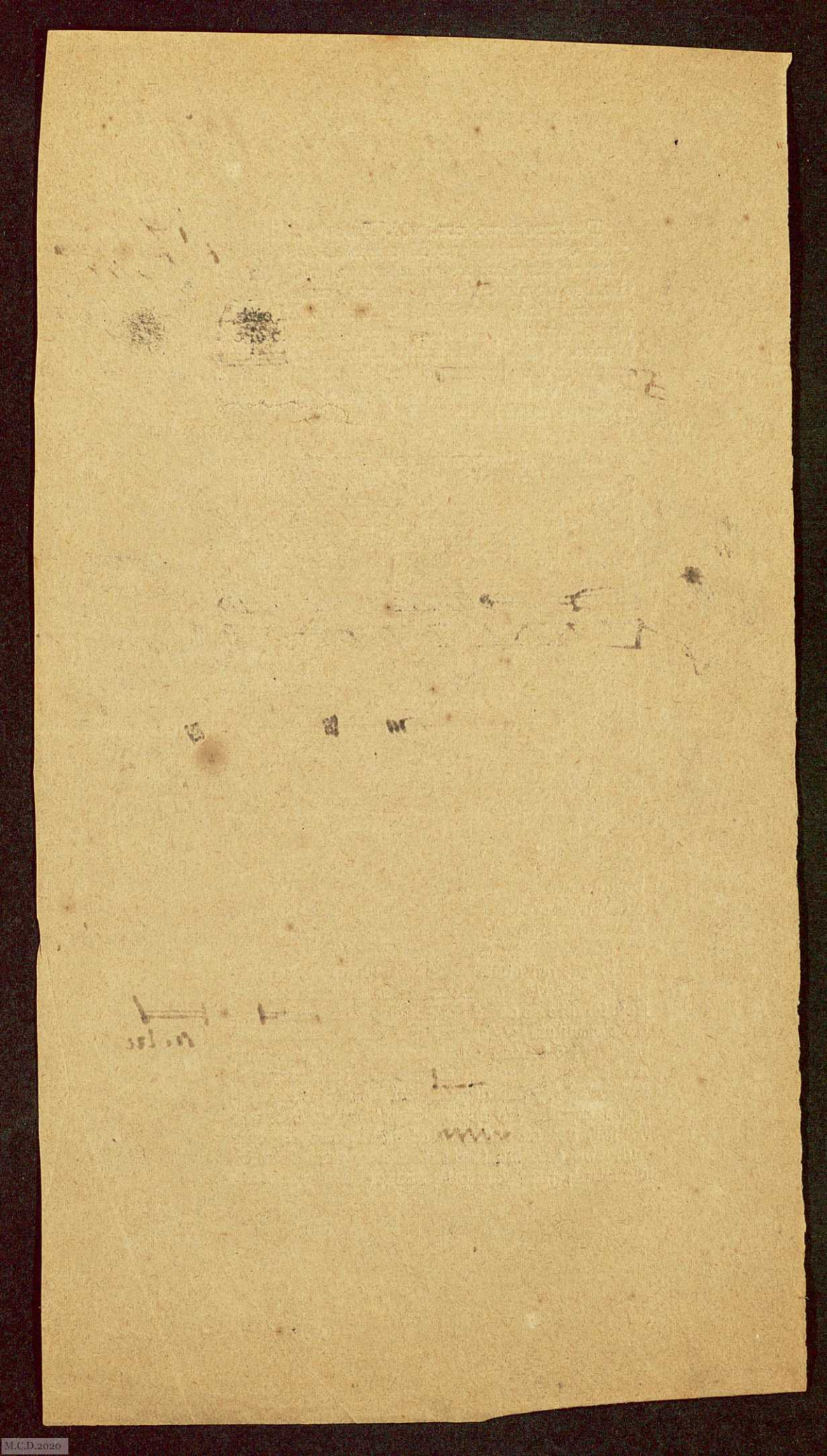
—Mientras que tú los tienes ~~el día que~~ te da la gana, dilo tonta, y no te acobardes.

—Quiero decir que ya lo he tenido y bien podría volverlo á tener.

—¡Claro! Y que no rabiará poco la otra cuando vea que lo que ella no puede, ~~aunque se vuelva tarumba~~ para tí es coser y cantar... Chica, no seas tonta, no te ~~amilanes~~ no le tengas lástima, que ella no la tuvo de tí cuando te ~~quitó~~ lo que era tuyo y muy tuyo... Pero á la que nace pobre no se la respeta, y así anda el mundo. ~~Y como~~ puedas darle un disgusto, dáselo, ~~no seas tonta~~... Que no se rían de tí, porque naciste pobre. Quítale lo que ella te ha quitado, y ~~tan fresca~~.

Fortunata no contestó. Estas palabras y otras semejantes que Mauricia le solía decir despertaban siempre en la señora de Rubín estímulos de amor y resentimiento que dormitaban en lo más escondido de su alma. Al oirlas, un relámpago glacial le corría por todo el espinazo, y sentía que las insinuaciones aquellas mezcladas de lisonja concordaban con sentimientos que ella tenía muy guardados, como se guardan las armas peligrosas.

VII

Sorprendidas por una monja en esta sabrosa conversación que las hacía desmayar en el trabajo, tuvieron que callarse. Mauricia dió salida al agua sucia, y Fortunata abrió el grifo para que se llenara la artesa con el agua limpia del depósito de palastro. Creeríase que aquello simbolizaba la necesidad de llevar pensamientos puros y honrados á la conversación peligrosa en la cual una de las dos amigas ponía sus [illegible] y la otra su depravación. La artesa tardaba mucho en llenarse, porque el depósito tenía poca agua. Y el gran disco que transmitía á la bomba la fuerza del viento, estaba aquel día muy perezoso, y movía tan sólo á ratos con indolente majestad y el aparato, después de gemir un instante como si trabajara de mala gana, quedaba inactivo en medio del silencio del campo. Ganas tenían las dos recogidas de seguir charlando; pero la monja no las dejaba y quería ver cómo aclaraban la ropa. Después las amigas tuvieron que separarse, porque era jueves y Fortunata había de vestirse para recibir la visita de Maximiliano. Mauricia se quedó sola tendiendo la ropa.

Maximiliano dijo categóricamente aquella tarde que por acuerdo de la familia y con asentimiento de la Superiora, en el próximo mes de Septiembre se daría por concluída la corrección de Fortunata, y ésta saldría para casarse. Las madres no tenían queja de ella y alababan su humildad y obediencia. Creíanla sinceramente reformada y en disposición de ser una excelente esposa. No se distinguía, como Belén y Felisa, por su ardiente celo religioso, lo que indicaba que no tenía vocación para la vida claustral; pero cumplía sus deberes puntual-